

CCIÓN

DC270  
.A7  
1851  
c.1

9(44)

José Angel Benavides.



1080043332

E#7 C#152

300



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO



VISCONDE DE ARLINCOURT

*Le Vicomte d'Arincourt*

Rafael y Vilá, Editores

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR.

# DIOS LO QUIERE.

POR EL

Vizconde de Arlincourt,

PRECEDIDO

DE LA RELACION DE SU PROCESO EN LA COUR D'ASSISES  
Y DE SU DISCURSO ANTE EL JURADO.



Patiens quia aeternus.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

54654

MEXICO.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13

1851

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

16930

DC270

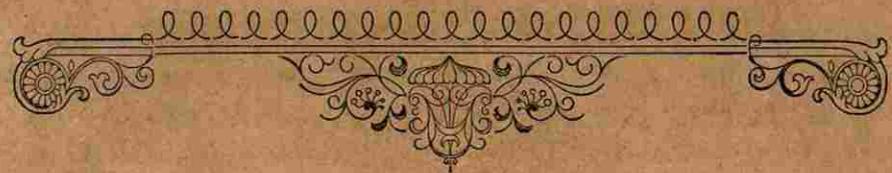
A7

1851

c. 1



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



## EL AUTOR.

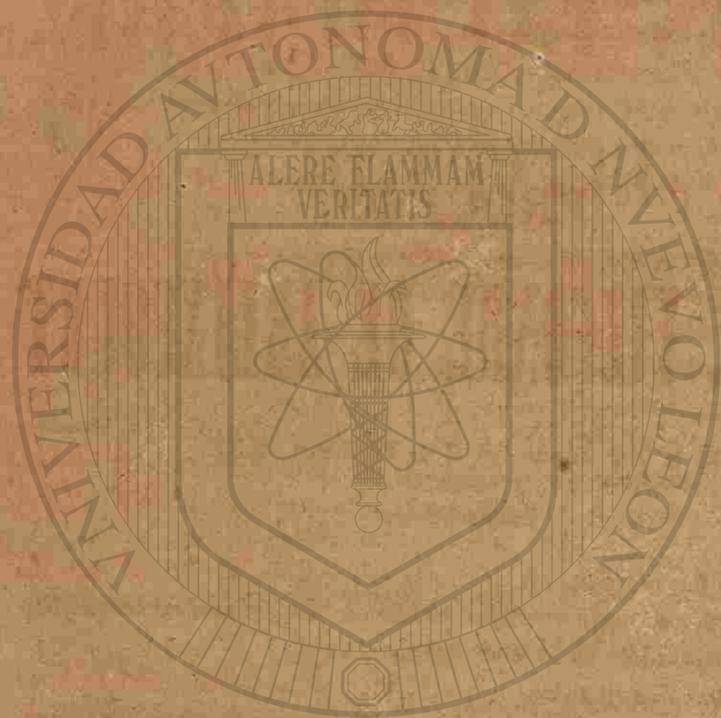
EN el momento en que grandes calamidades hieren á un pueblo, el grito de resignacion que se escapa de todas las almas cristianas es el de: DIOS LO QUIERE!

Despues, en este mismo pueblo, pasados los dias de prueba, en el momento en que la esperanza renace en los corazones, y cuando un rayo de salud comienza á iluminar el horizonte, el grito del reconocimiento público es aún el de: DIOS LO QUIERE!

Estas palabras, tomadas en uno ú otro sentido, servirán de título á este libro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PROCESO

# DEL SR. VIZCONDE DE ARLINCOURT

En la Cour d'Assises el 23 de Noviembre de 1848.

ESTA obrita fué recojida, en su cuarta edicion, en el último mes de Agosto. El señor de Arlincourt fué procesado por el ministerio público y llamado á comparecer en la *cour d'Assises*.

Un gran triunfo le esperaba.

Este proceso que escitaba hasta el mas alto punto el interés público, habia atraido una afluencia nada comun; señoras elegantemente vestidas ocupaban las tribunas reservadas; toda la abogacia de Paris habia acudido. Un crecido número de guardias nacionales y oficiales de linea llenaban el interior de la sala, mezclados con una multitud inmensa de curiosos; tambien un gran número de gente de blusa aparecia en el fondo del recinto.

A las diez y media queda abierta la sesion, y toma la palabra el abogado general.

Acrimina la obrita toda entera, que, segun él, tiende á armar los ciudadanos unos contra otros y provoca la guerra civil; cita variõs pasages que le parecen un atentado contra las instituciones republicanas; acusa al autor de haber comparado *la república á la peste*; le ve el fin confesado y el completo deseo de cambiar la forma de gobierno, notoriamente en este párrafo: "La República habrá sido la transicion por necesidad de una

“tempestad revolucionaria á una regeneracion. . . . En el movimiento general de los espíritus está escrita la feliz aparicion de un elegido de la Providencia. . . . Se acerca, llegará.”

La cercanía y la llegada del elegido de la Providencia, parecen asustar mucho al señor abogado general; pero por qué? . . . . No lo ha dicho.

En seguida afirma que el señor de Arlincourt ha cometido un atentado contra la soberanía del pueblo, atreviéndose á escribir estas palabras:

“Cuando la soberanía del pueblo no es una sangrienta verdad, no es mas que una burla ridícula.”

Esto le parece inexcusable.

M. Fontaine de Orleans, defensor del señor vizconde de Arlincourt toma luego la palabra. Empieza por analizar la vida del escritor acusado; y, entre varios hechos notables, hace resaltar este:

“El señor de Arlincourt era intendente general en España, y supo merecer la confianza y la estimacion general. Impidió que se hiciera mucho mal y se le es deudor de mucho bien. Qué resultó de ello? En el momento en que la fortuna se volvió contraria á las armas francesas, hubiera podido correr grandes peligros. Lejos de ello, una diputacion de la suprema junta superior de España fué á entregarle de parte de los pueblos por ella representados, una medalla de oro, llevando esculpidas en un lado las armas del pais y en el otro esta inscripcion:

CATALUÑA RECONOCIDA, AL INTENDENTE VICTOR DE ARLINCOURT.”

A esta medalla iba unida una carta firmada por todos los miembros de la suprema junta, carta que terminaba por estas palabras:

*Esta medalla ha sido acuñada para transmitir dignamente á los siglos mas remotos la impresion sublime que en las almas verdaderamente españolas causan las virtudes francesas.*

Pasando en seguida á la obrita acriminada, el señor Fontaine de Orleans combate uno á uno los argumentos del señor abogado general, con tanta elocuencia como lógica. Traza con hermosas pinceladas el retrato de ese elegido de la Providencia que tanto inquieta al señor abogado general; y los mas lisonjeros murmullos acojen sus nobles palabras.

En cuanto á la famosa frase sobre la soberanía del pueblo: “sangrienta verdad, ó burla ridícula,” el señor Fontaine, con una elocuencia conmovedora, prueba que no es culpable. ¿La soberanía del pueblo, dice, no ha sido una sangrienta verdad cuando la carnicería de 93 y durante las funestas jornadas de Junio? Y luego, ¿no se recuerda que el 24 de Febrero el gobierno provisional, al proclamar la República, declaraba que seria

sometida á la sancion del pueblo? ¿Lo ha sido? . . . . no por cierto. El pueblo ha sido burlado, sus derechos han sido escamoteados, y su soberanía, como ha dicho el señor de Arlincourt, no ha sido una ridícula burla.

Una de las páginas acriminadas del libro, contenia versos del señor Victor Hugo y del señor de Lamartine, dirigidos al elegido de la Providencia. “Haced pues comparecer tambien ante este tribunal, ha exclamado el elocuente orador, á los señores Hugo y Lamartine!!! . . . .”

El admirable discurso del señor Fontaine produjo la mas viva sensacion.

El señor Augusto Johanet tenia que defender á los señores Garnier y Jeanne, editores y depositarios. Su discurso elegante, incisivo y comedido, ganó de antemano su causa.

El señor de Chaix d’Est Ange estaba encargado de la última réplica: cedió la palabra al señor de Arlincourt, y este se levantó.

Tuvo lugar en la sala un silencio religioso, y todas las miradas se volvieron con ávido interés hácia él.

Habló con voz firme y sonora.

He aquí entero su discurso:

#### SEÑORES JURADOS,

“Pocas palabras añadiré á la elocuente defensa de mi abogado.

“Lo declaro aquí y en alta voz; lejos de mí la idea de haber querido en mi obrita escitar los ciudadanos á la revolucion y lanzar á mi pais en el sendero de la guerra civil! Nadie es mas adicto que yo á los grandes principios de orden y de estabilidad que son los únicos que hacen vivir la industria, el comercio y las artes. Puedo, es verdad, tener sentimientos, recuerdos, simpatías, pero no estamos, me complazco así en creerlo, en el tiempo funesto en que las esperanzas secretas y las afecciones íntimas eran consideradas como delitos, y hasta perseguidas como crímenes. Lo he dicho y lo repito: *Respeto todo lo que haga la gloria, la riqueza y la dicha de la Francia.* ¿Nos dá el poder actual esa dicha, esa gloria, esa riqueza? Esta cuestion no ha sido juzgada por mí. He contado, he discutido; es el derecho de todo escritor. Yo me decia: *¿todo buen ciudadano, cuando su pais sufre, no tiene derecho de probar á dar un consejo?* ¡y se ha encontrado culpable esta frase! . . . .

“¿He hecho acaso un libro anárquico; un libro de odio y de venganza? Oh! no, señores, no; mi horror hácia las rebeliones y la anarquía brota en todas las páginas de mi obra. En cuanto á ideas de odio y de venganza, nunca he odiado á nadie: mi libro predica el perdón.

“En él no hallareis ni una sola línea contra los deberes sagrados del pue-

blo, de la religion, de la familia y de la propiedad; ni una sola espresion que preconice la revolucion!... Porque mi existencia toda ha sido una adhesion continua á mis amigos, á mi prójimo, á mis hermanos, á mi pais.

“Treinta años de una vida irreprochable, son de algun peso, no solo en la balanza de Dios, sino tambien en la de los hombres. Señores, nada hay verdaderamente estable, sólido y duradero, mas que lo que reposa en los grandes principios de la moral eterna: fuera de ello no existe mas que desórden y confusion. En cuanto á los crímenes y virtudes políticas, son cosas variables, contestadas, dudosas, que, al viento de las revoluciones y de la fortuna, cambian de aspecto, de forma y de carácter. ¡Se ha visto execrar tantas veces la vispera lo que debia adorarse al dia siguiente! Solo es inmutable el honor, eterna la verdad, inatacable el amor de la patria.”

Al llegar aquí, á pesar de la prohibicion del tribunal, los aplausos mas vivos estallan de todas partes; el presidente amenaza con hacer evacuar la sala si semejantes aclamaciones se repiten, y á pesar de esto, apenas puede restablecer el silencio. El Sr. de Arlincourt continúa:

“Penetrados de este último sentimiento, el amor de la patria, señores, es como todos queremos que sea la libertad, el mayor de los bienes de la tierra. ¡Ay! y sin embargo, cuanto mas amontonamos las revoluciones una encima de otra, nos llega menos la libertad. La nueva constitucion acaba aun de consagrar solemnemente la libertad del pensamiento, los derechos sagrados del escritor; y... héme aquí ante un tribunal de justicia!

“Si en mi obrita, señores, he retratado las escenas de Junio, que nunca dejarán de ser lamentables; si he dejado traslucir algunas simpatías por ilustres infortunados; si he rechazado las figuras sanguinarias que en todo tiempo ha invocado la República, no como un fin, sino como un medio; si, en fin, tomando la defensa de los principios conservadores de la sociedad, he arriesgado algunos consejos políticos, lo he hecho á lo menos con intenciones puras y convicciones leales; he creído que, bajo la República, lo mismo que bajo la Monarquía, todos los sentimientos, siendo patrióticos, debian ser libres como la conciencia.

“Si así no fuera, señores, si no se pudiera ser novelista, historiador, publicista, poeta, sin participar, de buen ó mal grado, de los pensamientos de cada gobierno que se sucediera, ¿qué sería de la literatura francesa? Muda, ahogada, amordazada, ¿á dónde iría á parar nuestra hermosa patria!... ella que, despues de haber llevado á los campos de la guerra todas las coronas de la gloria, háse apoderado en el campo de las letras de todos los cetros de la inteligencia!

“La República honrada y moderada, tal como la conciben las almas

generosas, ha tenido en todos tiempos calorosos defensores y no he tomado por cierto la pluma en contra de ella; pero la República del 93, la República democrática y social, la República de crímenes y de pillaje, hé ahí lo que me espanta y la que he atacado!

“¡Y cómo podría no estremecerme ante ella! Apenas acababa de entrar en el mundo, cuando la cabeza de mi padre y la de mi abuelo rodaban juntas sobre el cadalso; mi familia entera, desbandada por la tormenta revolucionaria, estaba ó decapitada ó proscrita; mi madre, retirada al campo, medio loca de terror, huía de su habitacion que acababa de ser entregada á las llamas... y cuando mi razon empezó á formarse, los primeros cuadros que hirieron mi imaginacion fueron escenas de carnicería y de incendio, de ruina y de muerte.

Habia allí con qué impresionar toda una vida... Perdon, señores, por estos pormenores, mas para juzgar bien al escritor es preciso conocer al hombre.

Veinte años tenia cuando el gigante de los tiempos modernos dejó caer en mí su mirada. Me envió á hacer mis primeras campañas á España, y, lo confieso, me adherí con entusiasmo al héroe inmortal que cubria con el manto de su gloria todas las heridas de la Francia; á ese poderoso genio que, levantando el edificio social, venia á apoderarse de las revoluciones para tenerlas, domeniadas, bajo su mano.

Muchos tiempos han trascurrido desde el dia en que ganaba, en los campos de batalla, mis primeras cruces. Lo he visto cambiar todo, tanto en el interior como en el exterior de mi existencia; nada ha quedado inmóvil ni invariable en mí mas que el amor por la patria. Inespugnable en mis creencias, no he saludado cada sol naciente. Amaba el bien; he huido el mal. Sin reproche como sin miedo, he seguido mi carrera combatida por una continuacion de huracanes, y tan pronto he servido como cantado á mi pais. Si han despertado mis escritos algun ruido, ese ruido, á lo menos, no ha sido debido al escándalo; porque nunca ninguno de mis libros ha ultrajado la moral pública. Tan pronto he sido soldado como magistrado, tan pronto historiador como poeta; pero, ante todo, he sido hombre de bien, lo que quiere decir tambien buen ciudadano; y de todos mis títulos, señores, aun cuando este último parezca el mas sencillo, es á mis ojos el mas grande, el mas bello, y es asimismo el de que mas orgulloso estoy.

He concluido, señores jurados. Ahora juzgad al mismo tiempo al hombre y al escritor; los dos se os han mostrado. Tengo que ser juzgado por nobles corazones, lo sé; mi conciencia cuenta con la vuestra.”

La impresion causada por el anterior discurso es inesplicable. El tribunal no podia contener las aclamaciones que partian del fondo de la sa-

la; las gentes de blusa tenían los ojos llenos de lágrimas, y nunca el Sr. de Arlincourt obtuvo un triunfo mas brillante.

Retiráronse entonces los jurados: su deliberacion duró cosa de una hora; la ansiedad era general. El tribunal volvió á constituirse en sesion pública, la emocion de la concurrencia habia llegado á su colmo; hízose un profundo silencio:

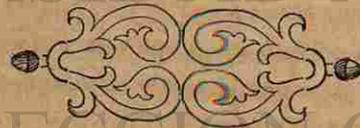
“¡POR UNANIMIDAD! *no, los acusados no son culpables en ningún punto.*”

Este juicio es saludado por tres salvas de aplausos, á despecho de las prohibiciones del tribunal. Esa tempestad de aclamaciones llega á estremecer la sala. El señor de Arlincourt es rodeado, estrechado, felicitado, abrazado. La alegría pública participaba del delirio. Los obreros gritaban con entusiasmo: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* y la mayor parte de los periódicos cuentan con las siguientes palabras ese último hecho, tan significativo como ruidoso: *el ilustre escritor es conducido en triunfo á su casa por una numerosa y simpática multitud.*

Al dia siguiente, comisiones de señoras del arrabal y obreros de diversos oficios han ido á presentarle magníficos ramilletes para complimentarle sobre se inmenso triunfo.

Los Sres. Jeanne y Garnier, el primero sobre todo cuyas simpatías y adhesion son bien conocidas, han recibido tambien las mismas felicitaciones públicas.

Este admirable asunto tendrá largo eco en el pais. Es no solamente el triunfo del Sr. vizconde de Arlincourt, sino tambien el de los grandes principios del órden social.



# DIOS LO QUIERE.

## PRIMERA PARTE.

### República.

Paris debe, en todo tiempo, tener el privilegio de la insurreccion.

GARAT.

La generacion que ha visto el antiguo régimen, lo echará siempre de menos. Así es que todo individuo que tenga mas de quince años debe ser decapitado.

ROBESPIERRE.

### I.

En 1833 escribia:

“La providencia hará salir la espacion del principio mismo que ha hecho el escándalo.

“La demolicion querrá construir; pero cuando se ha predicado la desorganizacion general, poca gracia tiene el sentarse sobre las ruinas para ensalzar el órden público...

“La revolucion empujada hácia adelante será siempre batida en brecha por la revolucion que camina detrás.

“Cuando un pais se ha arrojado una vez en la carrera de las revoluciones:—*Anda*, le grita el genio de las venganzas, *tú eres quien lo ha querido; anda, anda.* Y el desgraciado pais, precipitado de abismo en abismo, sin poder detener su carrera, se retuerce convulsivamente bajo esta palabra de sentencia infernal, palabra ardiente de anatema: ¡ANDA!...

la; las gentes de blusa tenían los ojos llenos de lágrimas, y nunca el Sr. de Arlincourt obtuvo un triunfo mas brillante.

Retiráronse entonces los jurados: su deliberacion duró cosa de una hora; la ansiedad era general. El tribunal volvió á constituirse en sesion pública, la emocion de la concurrencia habia llegado á su colmo; hízose un profundo silencio:

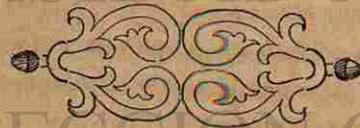
“¡POR UNANIMIDAD! *no, los acusados no son culpables en ningún punto.*”

Este juicio es saludado por tres salvas de aplausos, á despecho de las prohibiciones del tribunal. Esa tempestad de aclamaciones llega á estremecer la sala. El señor de Arlincourt es rodeado, estrechado, felicitado, abrazado. La alegría pública participaba del delirio. Los obreros gritaban con entusiasmo: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* y la mayor parte de los periódicos cuentan con las siguientes palabras ese último hecho, tan significativo como ruidoso: *el ilustre escritor es conducido en triunfo á su casa por una numerosa y simpática multitud.*

Al dia siguiente, comisiones de señoras del arrabal y obreros de diversos oficios han ido á presentarle magníficos ramilletes para complimentarle sobre se inmenso triunfo.

Los Sres. Jeanne y Garnier, el primero sobre todo cuyas simpatías y adhesion son bien conocidas, han recibido tambien las mismas felicitaciones públicas.

Este admirable asunto tendrá largo eco en el pais. Es no solamente el triunfo del Sr. vizconde de Arlincourt, sino tambien el de los grandes principios del órden social.



# DIOS LO QUIERE.

## PRIMERA PARTE.

### República.

Paris debe, en todo tiempo, tener el privilegio de la insurreccion.

GARAT.

La generacion que ha visto el antiguo régimen, lo echará siempre de menos. Así es que todo individuo que tenga mas de quince años debe ser decapitado.

ROBESPIERRE.

### I.

En 1833 escribia:

“La providencia hará salir la espacion del principio mismo que ha hecho el escándalo.

“La demolicion querrá construir; pero cuando se ha predicado la desorganizacion general, poca gracia tiene el sentarse sobre las ruinas para ensalzar el órden público...

“La revolucion empujada hácia adelante será siempre batida en brecha por la revolucion que camina detrás.

“Cuando un pais se ha arrojado una vez en la carrera de las revoluciones:—*Anda*, le grita el genio de las venganzas, *tú eres quien lo ha querido; anda, anda.* Y el desgraciado pais, precipitado de abismo en abismo, sin poder detener su carrera, se retuerce convulsivamente bajo esta palabra de sentencia infernal, palabra ardiente de anatema: ¡ANDA!...

“Fácil le es á la rebelion y á la perfidia conducir al crimen los discípulos del desórden y de la traicion; pero disciplinar en seguida semejantes legiones, obligarlas á la obediencia y al órden, hé ahí lo que no está en su poder. . . .

“La suerte de la revolucion, sea cual fuere la resistencia que se haga, es beber en todos los cálices de la humillacion. Nada abastarda, nada corrompe, nada envilece tanto el carácter moral de un pueblo como una série de trastornos políticos; el pueblo en medio de las tempestades intestinas, pierde honor, virtudes, tradiciones y piedad; cree en todos los monstruos y no tiene fé en Dios; adopta todos los caminos, escepto el que conduce al bien; con una vasta coleccion de leyes, —porque cada partido vencedor ha hecho la suya al pasar— no distingue ya las verdaderas de las falsas; se prosterna, decaido, ante millares de voluntades y de máximas, sin distinguir cuáles son las buenas y sin saber á qué altura se halla; su mayor azote es él mismo; la fortuna pública, presa de los dilapidadores, es en cierto modo jugada á los dados por el poder; y, encorvada bajo el peso de los oprobios, la nacion cae y perece (1).”

¡Ay! esas líneas no eran mas que demasiado proféticas. Escritas despues de las *gloriosas* de Julio, señalaban de lejos las *heróicas* de Febrero, las cuales debian ser seguidas de las *fulminantes* de Junio, que acaso no serán aun las últimas *jornadas* de Paris, á menos que el principio revolucionario no se destruya por sí mismo en medio de las catástrofes públicas.

No se ha cesado en diez y ocho años de acariciar las pasiones populares; se han arrodillado ante la fuerza brutal como ante un dogma sagrado. Cuando la sedicion fermentaba, el insulto era para la charretera y el incienso para la blusa. Las lisonjas turbaban las ideas de los reyes, ¿por qué, pues, no habian de turbar las de los pueblos?

—La insurreccion es el mas santo de los deberes, repetian los discípulos de Lafayette á los admirables pueblos que arrojaban sus principes y se burlaban de todas las leyes.

“—Y bien, decian á su vez los hombres de la anarquía, puesto que tenemos el derecho de destruir en Julio y en Febrero, ¿por qué no usaremos lo mismo en Mayo y en Junio de nuestras sagradas prerogativas? Siendo de aquí en adelante la soberanía del pueblo la ley fundamental, el ciudadano llamado á hacer ó deshacer á su gusto las instituciones del pais, abdicaria su parte de soberanía renunciando á cambiar de opinion sobre el gobierno establecido; ayer, estábamos fatigados del trono, hoy estamos fastidiados de la República. . . .”

Y los héroes de Julio y los héroes de Febrero, declarados sublimes en

(1) El Cervecero Rey, 1833 y 1834.

otro tiempo, festejados, decorados, coronados, han violado, en Mayo, el recinto de la Asamblea Nacional, y, en Junio, han puesto á Paris á fuego y sangre.

Ya que se ha plantado la semilla, preciso es recoger la cosecha.

¡Apóstoles de la revolucion! ¿Quiénes son aquí los mas culpables? Vosotros decís: “ELLOS,” la Europa dice: “Vosotros.”

Cuando la soberanía del pueblo no es una sangrienta verdad, no es mas que una burla ridicula. Vosotros habeis indignamente abusado de la buena fé de las masas; éstas habian ingénuamente creído que era por sus intereses por los que obrábais. Cruelmente desengañadas, sorprendidas por la miseria y la deshonra en que les habian sumerjido sus levantamientos llamados *libertadores*, han tornado su rabia contra vosotros; y la soberanía del pueblo ha llegado á ser, en todo su horror, una *sangrienta verdad*.

El órden ha triunfado, dirán; la nacion se ha pronunciado. ¡Ah! si realmente se la dejase manifestar su opinion con toda libertad, la paz y la dicha serian bien pronto devueltas á la Francia. ¿Por qué no poder consultarla! Pero ¡ah! las comisarias y las circulares á lo Ledru Rollin se pondrian luego en marcha: las corrupciones y las intimidaciones á lo Guizot volverian á empezar de nuevo. . . .

—Acaso no sabemos, decian á Santiago Artewellt sus amigos de Gante lo que significa, ordinariamente tras cortina, la bufonada politica que se llama *Voto de la nacion*? Acaso una nacion ha tenido nunca un voto libremente espresado? Se le hace saber lo que ha destrozado, lo que ha reedificado, lo que ha destruido, lo que ha fundado; se le declara con énfasis que ha estado *gloriosa* en sus ruinas, y *sublime* en sus reedificaciones. Elije lo que se le impone. El hormiguero removido se cree montaña creadora; le hinchan para aplastarle mejor; en seguida todo se esparce, y se reina (1).”

Así pensaba Luis Felipe.

—¡Viva la República! se gritaba en Paris en el momento en que los ciudadanos se acuchillaban. Se concibe al enfermo delirante que, en un pais diezmado por una horrible epidemia se atreve á gritar ¡Viva la peste! en el momento mismo en que ella le mata.

¿Cuántos amargos reproches se agrupan bajo mi pluma! . . . ¿Cuántos remordimientos debe haber en el fondo de las conciencias culpables! . . . Paris, consternado, no se levantará en mucho tiempo de su espantoso desastre. ¡Tantas víctimas! ¡y tan nobles víctimas! . . . ¿Qué bautismo de sangre en Junio por la República proclamada en Febrero! ¿Qué inau-

(1) El Cervecero Rey, cap. 14.

guración lamentable del gobierno salido de los motines! . . . Jamas victoria del César francés contra los enemigos del reino fué comprada á tan subido precio! (1) Siete oficiales generales muertos, ocho ó diez heridos, y esto por balas francesas! ¡Un arzobispo asesinado, uno de los mas santos pastores de la iglesia, y esto poco despues de haber bendecido el árbol de la libertad, plantado por sus verdugos! ¡La flor del ejército y de todas las clases de la sociedad, herida de muerte! ¡El esterminio entre hermanos, la ferocidad de la edad media, y esto en el siglo de las luces, en plena civilización! . . .

¿Dónde estará ahora el remedio? . . .

—Cuando la Francia está en lo mas bajo, decia el cardenal de Richelieu, es el momento en que va á elevarse á lo mas alto; hundidla en el abismo, y subirá hasta el cielo.

¿Pero quién nos salvará hoy?

He principiado este capítulo con citas de una obra que se ha encontrado ser *una profecía*; la terminaré por algunas frases del mismo libro:

“¿No hay en medio del naufragio universal un rincón de tierra donde las grandes aguas diluviales no pudieran tener el permiso de subir? . . . Si, hay en alguna parte un arca santa donde poder refugiarse los destinos de la nación. Dios habrá allí conservado en depósito la regeneración de un gran pueblo. Hay retorno de buen sentido en las naciones, como hay decreto de justicia en el cielo. La República habrá sido la transición necesaria de una tempestad revolucionaria á una regeneración social. . .

“En el movimiento general de los espíritus, está escrita la feliz aparición de un elegido de la Providencia. Se acerca; llegará.” (2)

## II.

GRITANDO *¡Viva la carta!* es como se ha derribado á Carlos X. Gritando *¡Viva la reforma!* es como se ha echado á Luis Felipe. Si se hubiera gritado *¡Viva la República!* ni la guardia nacional, ni el ejército, ni Paris, ni la Francia, hubieran dejado pasar el movimiento. Reparad, á mas, que los gritos de *Viva la carta* y de *Viva la reforma*, no eran mas que vanas decepciones. *¡La carta!* fué rasgada. *La reforma!* ¿qué han hecho de ella?

Habíamos tenido el robo de un trono por 221 diputados; faltaba á las burlas de la época el de una República por once tribunales. ¿Con qué de-

(1) En la gran batalla de Ansterlitz, no pereció mas que un general y en la de Wagram dos.

(2) El Cervecero Rey, 1834.

recho esa nueva intrusa, generalmente rechazada por la opinión, ha aparecido de repente en las casas consistoriales? ¿Quién podía permitirse imponerla á una nación sin su consentimiento previo? ¿Qué era, á decir verdad, la revolución de Febrero en su principio? un culpable atentado contra la soberanía nacional, una usurpación sucediendo á otra usurpación, una República impuesta y no consentida. Cosa ilegal, cosa nula (1)

Dejemos el hecho; pasemos á las consecuencias:

Las matanzas de Paris, despues de la instalación de la República, han sobrepujado en horror á todo lo que de mas odioso ofrecieron los tiempos bárbaros. La capital del mundo civilizado, convertida, por mano de sus propios hijos, en un vasto osario arado por el cañon! . . . ¡Los árboles simbólicos de 93 resucitados en las plazas públicas bañando en sangre francesa sus raíces! ¡El incendio, el asesinato, el pillaje al son del rebato de *la libertad!* . . . ¡Las balas y la metralla borrando de sobre las paredes, que se derriban las tres palabras sacramentales de la revolución, cuya segunda *Igualdad!* se trocaba en una verdad entre la carnicería y la muerte! . . . ¡Generales de hermoso porvenir sucumbiendo oscuramente en el campo de la República roja, cuando sus salvajes héroes mutilaban sus prisioneros en nombre de la santa divisa *Fraternidad!* . . . ¡El prelado de Paris, en fin, pereciendo mártir de la humanidad no lejos de la famosa columna de 1830 elevada á la gloria de la insurrección! . . . ¡Qué espantoso cuadro; pero qué lección providencial!

¡Las frentes se inclinan, consternadas, ante imágenes semejantes! Confesémoslo, sin embargo, no como consuelo que dar, sino como justicia que hacer: ninguna calamidad ha atravesado la Francia sobre la cual el valor nacional al pasar no haya sabido esparcir su gloria. ¿Cuántos hechos elevados en medio de la horrible catástrofe! ¿cuántas estrellas han brillado en esta noche de delirio! . . . ¡La valentía francesa ha arrojado de una y de otra parte un brillo maravilloso y estrepitoso. ¡Oh! si ese heroísmo, bien dirigido, hubiera sido desenvuelto en un verdadero campo de honor, ¡qué de almas y de coronas!

Entre los insubordinados del barrio de San Antonio se han pasado escenas de *Pielas Rojas*. Se ha visto á hombres mutilados, descuartizados, crucificados, arrojados en hogueras. Ha habido ojos vaciados, lenguas cortadas, corazones arrancados. El fuego, el veneno, el puñal, el vitriolo, se han disputado las invenciones de *Neron* con la sagacidad de *Satanás*. Pero tambien, ¡qué enérgica defensa ¡qué magnánimas adhesiones! ¡qué admirable cruzada de la civilización contra la barbarie! ¡Ah! las jornadas

(1) La primera proclama del Sr. de Lamartine habia dicho: “El gobierno provisional quiere la República, salvo la ratificación del pueblo que será inmediatamente consultado.” Y el pueblo no fué consultado, y la República no fué inmediatamente ratificada.

de Junio, sin ejemplo en el pasado, quedarán grandes en el porvenir! El ejército ha recobrado su rango y sus títulos; sus oficiales han rivalizado en heroísmo, y sus gefes han salvado á Paris. Era salvar la Francia y la Europa.

Honor tambien, honor á esos hijos de Paris, á esa valiente guardia movilizada, que, nacida de la insurreccion y repudiando á su madre, ha inmortalizado sus primeras campañas!

En cuanto á la guardia nacional de Paris, ¿dónde encontrar espresiones bastante fuertes para depositar á sus pies el reconocimiento público!

¡Y el auxilio patriótico de las provincias!... ¡Oh! fué un hermoso espectáculo, un espectáculo para siempre memorable el de esas legiones armadas que de un extremo al otro de la Francia, corrieron con entusiasmo al socorro de Paris!... de ese mismo Paris que, despues de tantos años, no les enviaba mas que principios de desorganizacion, revoluciones escandalosas, ruinas y desgracias.

La revolucion de Febrero habia confundido la Europa entera, y sin embargo, reflexionándolo bien, nada habia que debiera sorprenderla. Febrero de 1848 no era mas que la continuacion obligada de Julio de 1830. El uno era la necesidad del otro. Idénticos principios, idénticos fines. *La mejor de las Repúblicas*, despues de la caida de Carlos X, conducia naturalmente á la república progresiva que espulsaba á Luis Felipe.

No ha habido, pues, en ello, realmente, dos revoluciones de orden diferente; ha habido solamente sucesion de trastornos del mismo género. *Febrero completaba Julio* (1).

Pero *Febrero* á su vez suspiraba junto á *Mayo* y *Junio*. Este último debia ser la coronacion radiante de sus ilustres predecesores. Debia conducir la Francia al tiempo inmortal de los *Danton* calumniados y de los *Marat* no comprendidos. De la máxima *la insurreccion es el mas santo de los deberes*, á esta: *la propiedad es el robo*, no hay mas que un paso; y la destrucion entera de la sociedad era el complemento lógico de las doctrinas anárquicas que debian pasar por la poesia de *Lamartine* para llegar al hacha de *Robespierre*.

*Junio* se creia seguro del éxito. Era la mas alta espresion y la última palabra del principio republicano. Se adelantaba escoltado del comunismo y del terror. La democracia social se veia la querida del mundo; y la bandera roja, vencedora, hubiera querido dominar el universo.

¿Y por qué *Junio* á imitacion no habrá sido saludado por las aclamaciones del extranjero? Sus doctrinas no dimanaban visiblemente de las

(1) *El Nacional* mismo, al aniversario del 29 de *Julio* escribia estas palabras: "¿Por qué no celebrar este dia? tanto ha salido la República de la insurreccion de Julio como de la de Febrero."

de *Julio* que las monarquías habian reconocido espontáneamente? ¿No se veia, poco mas ó menos, á los mismos trabajadores teniendo á la vista la perfeccion de la misma obra? ¿Las revoluciones que se seguian, no querian todas, en su marcha ascendente, el nivel universal? *Junio* valia tanto Febrero, como Febrero valia *Julio*. ¡Qué digo! se adelantaba en progreso.

Será preciso, en efecto, confesarlo! La Francia no podria removerse sin conmovier al mundo. Que bambolee y todo vacila; que se incline y todo se derrumba.

Paris fué, en todo tiempo, el punto de mira de las naciones; imitar á Paris á todo precio, parece haber llegado á ser ahora mas que nunca una ley general. ¿Proclamamos una usurpacion? la necesidad de cambiar de dinastía se hace sentir aquí y fuera de aquí. ¿Queremos la guerra? todo se arma. ¿Nos arrojamus á especulaciones y á industria? he aquí la Europa entera en acciones y en comanditas. ¿Buscamos la gloria de las letras? los escritores públicos pululan de un polo á otro, y en cada nacion forman una inundacion de libros. ¿Declaramos que habiendo pasado ya la sociedad antigua, una sociedad nueva debe hacerse lugar? en seguida hierven en todas partes las imaginaciones para ver quién será el primero en arrojar abajo las instituciones conocidas para entregarse á vagas utopias. ¿Nos inclinamos, en fin, al comunismo, y admitimos que *la propiedad* podria bien decididamente no ser mas que *el robo*? he aquí todas las cabezas de los reinos civilizados que invocan la ley agraria y que sueñan en los tiempos bárbaros. Cristianos, estendemos la fé por la tierra; impios, desmoralizamos los pueblos. ¿Paris progresa? todo marcha. ¿Retrograda? todo retrocede.

¡Oh! es sin duda un alto y gran destino: ¡pero qué responsabilidad no lleva adjunta! ¡Ay! Paris moderno, despues de haber esparcido la luz, hásele visto paseando el incendio. Si algunas veces ha sido el hogar de la gloria y el rey de la civilizacion, tambien ha sido á veces el centro de las corrupciones y el misionero del caos. Oráculo del gusto y apóstol del desorden, regenera y corrompe, corona y envilece, edifica y destruye. Es un genio no menos fatal que maravilloso; y si de una parte, con razon, muchas admiraciones le saludan, de otra parte, con mas justo título, muchas maldiciones le hieren.

*Junio* se creia con tanto mas derecho para abatir á *Febrero*, como que una parte de sus gefes, habiendo firmado el acta de nacimiento del nuevo gobierno, habian mostrado altamente, por esto mismo, como se redactaria su acta de muerte. Ademas, la Francia no estaba aun ni sentada ni constituida; el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, fermentaban mezclados, al acaso; y por fin, de notar es que ningun reino habia desar-

rollado en ninguna época un poder de destrucción mas espantoso y mas completo.

En menos de tres meses, confianza, crédito, comercio, agricultura, industria, ejército, magistratura, hacienda, teatros, literatura, bellas artes, todo habia sido herido de paralización y muerte. Nada habia quedado vivo ni en pie. La Francia habia caído en el último grado de oprobio y miseria. Una pelota arrojada á las nubes encima de un mar tempestuoso, no se precipita hácia el abismo con una impetuosidad mas rápida.

Y sin embargo, apenas acababa la República de entronizarse en las casas consistoriales, cuando ya Paris y las provincias se inclinaban ante ella. Todas las opiniones y todos los partidos se confundían en el único pensamiento de la conservación y sosten del orden. Todos, sintiéndose libres del peso odioso de la usurpación, se decían: *¿Una República? Bueno; probemos!* Y hubo unanimidad de votos y de sentimientos para correr los peligros del hecho establecido ya. Nunca elevación de gobierno se vió rodeada de menos obstáculos y de mayor fuerza. Fué verdaderamente una cosa maravillosa ese comun acuerdo patriótico que unía francamente todas las clases de la sociedad.

¿Y cuál fué el resultado?

Una agitación delirante y continua; la asamblea nacional invadida y arrojada de su recinto; la autoridad no teniendo mas existencia posible que en el fondo de un santuario de espadas; las sangrientas jornadas de Rouen; las degradantes revueltas de Lion; la toma de Limoges; los desastres de la Martinica; el desorden en todas partes; manifestaciones, demostraciones, fraternizaciones, simpatizaciones, llevando noche y dia el terror á todos los puntos de la capital: tal se ofrecía el estado del país; la soberanía estaba en la calle: espantoso tirano, porque es todo y no es nadie.

La riqueza habia desaparecido en seguida sin que en ello hubiera ganado la pobreza; todas las grandes cosas de la moral, de la política, de la justicia y del honor habian desaparecido, y deshéchose como barro reducido á polvo. *El mundo antiguo se habia derruido*, decían; *una Nueva Jerusalén iba á bajar de los cielos*; y todos levantaban su frente sorprendida para ver de que parte aparecería la regeneradora maravilla; y todos miraban en vano: el firmamento de la nueva era no presentaba mas que una sucesión no interrumpida de borrascas y de azotes, de tempestades y de ruinas sin una estrella protectora, sin una luz de esperanza. La República de Febrero era parecida al Satanás viajero de Milton, astro de llama y de tinieblas, que, buscando al hombre para perderlo, rodaba de caos en caos.

El comunismo levantando entonces su voz monstruosa y minando el orden social por su base, exclamó: *la propiedad es el robo; la familia, es la guarida de todos los vicios; la caridad, es una odiosa burla; la justicia, es una cosa infame; Dios es hipocresía y mentira, necesidad y cobardía, terror y miseria; Dios es el mal: si Dios existiera, seria preciso maldecirle y llamarle Satanás* (1).

Desde este instante, la República socialista fué juzgada. Esta desmoralización impía, coronada por la insurrección, no podia ser el gobierno querido por la Francia.

Miserable parodia de un tiempo de desastrosa memoria, se hubiera complacido en tratar de sacar de nuevo á luz las sombras y viejos oropeles de 1793. Viéronse, pues, reaparecer las fiestas griegas, las paradas cívicas, los árboles de la libertad, los homenajes al Ser Supremo, los cortejos casi fantásticos, los cantares al sol, las procesiones de doncellas, las myriades de banderas y las estatuas mitológicas (2). Pero la grandiosidad y la novedad no se encontraba ya en esas gastadas fanfarronadas, todo esto pasaba con frialdad suma por delante de helados espectadores. En lugar de entusiasmo, una amarga ironía acogía esas tristes repeticiones de un pasado lamentable, y el ridículo hizo justicia: ahora bien, en el noble país de Francia, el ridículo es la muerte.

Durante este tiempo, los principios destructores del *orden de las cosas* corrían á revolucionar la Europa en alas de la propaganda. Si los reinos vecinos, á la vista de nuestros comunistas, y para juzgar su árbol de la libertad, se hubiesen tomado el tiempo de examinar el fruto que iba á producir y los beneficios que iba á esparcir, cada uno de ellos hubiera retrocedido ante él, sin ninguna duda y con espanto; la revolución de Paris, en lugar de tentarles, les hubiera parecido el esclavo ébrio que Lacedemonia enseñaba á los niños para hacerles tomar en horror la embriaguez. Pero no, ni esperaron, ni reflexionaron, y la asonada republicana corria de campanario en campanario, adoptada, aplaudida, triunfante como el águila de la isla de Elba, con la diferencia no mas que la una, hoy, llevaba los miasmas del sumidero, mientras que la otra, ayer, habia atravesado las esferas de la gloria.

En pocos dias el inesplicable *baturrillo* llamado *república democrática y social*, se habia extendido de un lado á otro, como la lava de un volcan; y ya se sabe lo que es una lava: fuego, cenizas y muerte.

Las poblaciones heridas de vértigos, se habian levantado, á ejemplo de Paris, á la sombra de banderas tricolores y cantando *la Marsellesa*.....

(1) Proudhon, representante del pueblo.

(2) Se ha notado que en los combates de Junio, una bala se ha llevado la copa de los árboles de la libertad y aplastado la cabeza de la estatua de la República elevada en el Panteon.

Todas las trompas de la fama proclamaban la emancipacion del género humano, y se prosternaban con entusiasmo ante las glorias de Paris. . . .

Estas glorias han marchado despues: han marchado entre la sangre y el crimen.

La república habia comenzado su tarea, y todos los Brutos funcionaban.

¿Qué apareció? *La bandera roja.*

¿Qué se ha visto? *El saqueo de Paris.*

NUNCA acontecimiento político ofreció un carácter mas providencial que el vergonzoso deshielo de Febrero de 1848. Luis Felipe, despues de haberse traidoramente apoderado de una corona á favor de las revueltas y de las barricadas, la dejaba caer cobardemente de su frente ante los motines y asonadas: ¡qué ley del talion marcada con el sello divino!

El usurpador destronado, despues de haber arrojado las humillaciones mas crueles sobre la real víctima de 1830, veia caer, mil veces mas crueles aún, esas mismas humillaciones sobre su cabeza.

El cielo parecia haberse complacido en hacer renacer circunstancias parecidas, para que el contra-partido fuese exactamente semejante, escepto, sin embargo, el honor y la dignidad.

Tres dias y tres noches de insurreccion;

Dos regencias ofrecidas y rehusadas;

Dos viudas y dos huérfanos (1);

Dos abdicaciones y dos fugas;

Dos tempestades estallando sobre Paris al dia siguiente de la catástrofe;

Dos decretos de proscripcion cortados sobre el mismo modelo;

En fin, los dos destierros en la misma tierra.

Nada debia faltar á la semejanza.

—¡ Como Carlos X! ¡ como Carlos X! se repetia continuamente Luis Felipe, golpeándose la frente con delirio, mientras que un modesto carruaje tirado por un solo caballo le robaba al público furor.

Acababa entonces de atravesar la plaza de Luis XV donde su padre habia hecho caer la cabeza de su rey: y era al pié del obelisco levantado sobre el sitio en que estuvo el cadalso del agosto mártir, donde el hijo de

(1) Los dos huérfanos de la misma edad.

Felipe-Igualdad caia vergonzosamente de su trono ante las aclamaciones vengadoras de su pueblo.

¡Ah! á lo menos, aunque vencido, Carlos X bajaba de su trono como cabeza coronada; Luis Felipe se retiraba de la escena como actor silbado. El primero dejaba imperecederos recuerdos y fidelidades á toda prueba; el segundo, apénas habia pasado el puerto de mar cuando ya nadie se acordaba de él. Pocos suspiros para su desgracia, pocas adhesiones á su causa.

Concluyo. El usurpador coronado podia inspirar odio, el príncipe proscrito tiene derecho á la piedad. ¡Qué Dios tenga de él misericordia! La desgracia es una espiacion, y la espiacion purifica (1).

Las jornadas de Febrero no habrán quizá conducido mas que á un experimento fatal; pero, á lo menos, no han podido tener lugar sin gloriosas acciones. Entónces los leones desencadenados, poniéndose bozal ellos mismos en medio de la tempestad y de la victoria, habian respetado sus presas como si no se creyeran con el poder de disponer de ellas. Obreros miserables y hambrientos, pasaban ante los tesoros del lujo y las vanidades de la vida sin envidiar ni tomar nada; la mas espléndida de las capitales estaba á merced suya, y, de guardia en la puerta de sus palacios, alta la cabeza y serena la frente, permanecian tan desprovistos de botin como ricos de valor.

No fué lo mismo con las jornadas de Junio. Confesémoslo sin embargo: de en medio de las sangrientas matanzas de la capital, se han desprendido aun rasgos maravillosos de grandeza de alma y de intrepidez. Miéntras que una parte de los insurgentes cometia actos de una barbarie tan impía como salvaje, otra parte se señalaba por una ciencia inesplicable del arte militar y por un heróico desprecio de la muerte, que igualaba sus gefes con los mas grandes capitanes. Y es que esos trabajadores, extraviados por las doctrinas republicanas, no eran todos monstruos sin fé ni ley, devorados solamente por una necesidad de crímenes y pillaje; no; muchos de entre ellos, al contrario, marchaban por el sendero del crimen, al desquiciamiento social, en la conviccion profunda que la justicia armaba sus brazos y que servian la santa causa de la nueva regeneracion (2).

Fanatizados por los oradores comunistas en los clubs, esas fraguas donde se atizan las revoluciones, se creian los discípulos inmortales de la gran-

(1) Cuando Luis Felipe reinaba, publiqué *Los desolladores y El cervicero rey.* — *Son profetas,* dije. La publicacion de esta última obra era quizá entónces un acto de valor.

(2) "El homicidio, cometido en el caso de legítima defensa, es excusable," ha dicho Mr. Prudhon despues de las matanzas de Junio. "Si el derecho estaba de un lado de las barricadas, estaba tambien del otro." Y Mr. Prudhon ha hecho la apoteosis de la insurreccion.

de y verdadera República. La mayor parte creían tanto más en el buen derecho de su alzamiento, cuanto que el poder salido de la rebelión, jamás había podido hacerles comprender y explicarles lógicamente cuáles eran las barricadas legítimas y cuáles las que no lo eran; cuál era el punto marcado en que la autoridad tenía permiso para defenderse, y cuál era en el que era culpable de no ceder á la asonada. En fin, en ese absurdo caos donde se perdían la conciencia y la razón públicas, pocos osaban acoger, como por instinto, en el fondo de su alma, el secreto presentimiento que les decía que *Junio* y *Julio* no serían un día consignados en la historia más que como grandes borrones nacionales.

¡Oh, y cuán culpables han sido los primeros arquitectos de nuestra moderna Babel!... ¿Qué han construido? ¿Qué han fundado? Desgracia, ¡desgracia para los traidores que, para llegar al poder, se han hecho un escalón con el deber, la justicia y el honor! Tiempo llega en que el deber, la justicia y el honor se hacen á su vez un escalón con los traidores.

## IV.

RECORDEMOS estos versos de Corneille:

Es el peor de los estados  
el estado popular.

¿Os acordáis de las promesas de Febrero? ¡Un *Eldorado* maravilloso; la *libertad* de los tiempos primitivos; la *igualdad* sonriéndole; la *fraternidad*, en medio, con una cadena de flores; estrellas sobre las tres frentes; y todo esto bajando del cielo á la plaza de la Concordia, con nubes de azul y el arpa de Lamartine!!!...

¡O prestigioso aparato escénico! ¡qué encantador era todo esto! De ahí en adelante no más sangre derramada; el ejército, instrumento falso é inútil en medio de ese concierto de alegrías y de armonías, se apresuraría á desaparecer; y la propaganda de nuestra dicha convertiría, ántes del espacio de un año, á la Europa entera en República.

¡Ay! en lugar de esas flores, de esas estrellas, de esas sonrisas y de esas arpas, en lugar de esa paz y de esas armonías sin alarma y sin ejército, ¡hé ahí París cañoneado, saqueado, ametrallado, devastado!... ¡La plaza de la *Concordia* erizada de hombres de armas acabando de esterminar á sus conciudadanos! ¡la dictadura militar! ¡la prensa en entredicho! ¡el estado de sitio permanente! ¡un campamento de 60.000 soldados bajo los muros de la capital cortada por calles estratégicas! ¡por todas partes el luto! ¡por todas partes la muerte!....

¿Dónde está nuestra *conquista de Europa* por nuestra *propaganda de dicha*?....

¡No importa! no por eso se elevarán menos continuas las glorificaciones á ese estado de cosas, y no por eso exclamará menos el Sr. de Lamartine con una entusiasta dicha: *El 24 de Febrero ha colocado á la República en una de las más bellas situaciones en que la Francia se haya nunca encontrado. La Providencia ha sido su ministro de negocios extranjeros* (1). Y reparad que el Sr. de Lamartine tenía la cartera ministerial... de la Providencia.

¡Puede haber algo más triste y más curioso que la prontitud con la cual el gobierno provisional había ido á destrozarse á sí mismo, á anonadar sus altas nombradías y á consagrar el todo al ridículo! ¡al *ridículo*, esa grande y suprema ejecución del espíritu francés!

Y si no, ¿qué había hecho de esas tres diosas: *Libertad*, *Igualdad*, *Fraternidad*? ¡Ay! había reducido á esas tres ex-furias de la guillotina en 93, á no ser en 1848 más que tres pobres idiotas que ni siquiera sabían lo que significaban, y que, convertidas buenamente en inscripciones de pared, al uso de los monumentos, no servían ya más que para ensuciar las piedras.

Oigamos, acerca de ellas, cierto catecismo republicano publicado después de Febrero para instrucción del comercio y de la industria:

“1º ¿Qué cosa es la *Libertad*?

—“El triunfo del despotismo y el reinado de la arbitrariedad. Bajo “ese triunfo y bajo ese reinado, no se abren ni los almacenes, ni las tiendas: se cierran.

“2º ¿Qué cosa es la *Igualdad*?

—“El derecho de derribar á su prójimo para elevarse sobre él; la más “lata aplicación de ese dicho tan comun: *Quitate de ahí para que me ponga yo*.

“3º ¿Qué cosa es la *Fraternidad*?

—“La necesidad generalmente sentida por el pobre de robar la fortuna del rico, y, si es fuerza, matarle.”

Adición á este catecismo, según las doctrinas de la famosa comisión ejecutiva:

—“¿Qué cosa es el *trabajador*?

(1) Discurso pronunciado el 15 de Julio por el Sr. de Lamartine en el comité de negocios extranjeros.

—“El obrero á quien se paga y que no trabaja.

—“¿Qué cosa es el hombre de mérito bajo el régimen republicano?

—“El que, no habiendo hecho nunca nada, por no ser bueno para nada, se encuentra por esto mismo ser bueno para todo.

—“¿Que cosa es la religion de los revolucionarios?

—“Los revolucionarios no la tienen. Admitir la existencia de Dios, sería atacar los grandes principios republicanos de *libertad*, *igualdad* y *fraternidad*, en atencion á que Dios es *rey*, que gobierna despóticamente el universo, y que se permite no ser ni el *igual* ni el *hermano* de nadie.”

La multitud, en tiempo de discordias civiles, toma habitualmente lo falso por lo verdadero, lo injusto por lo justo, y el despotismo por la libertad; la multitud habia creído en las engañosas lisonjas de los hombres del socialismo y de la anarquía, que no se servian de ella mas que para sus intereses: se levantó, pues, repentinamente al rumor de la ruina general, al grito de las miserias públicas; y el hambre la lanzó al crimen. Le fué precisa sangre á la desesperacion de todos, sangre donde faltaba el trabajo, sangre á quien le escapaba la vida, sangre al exceso de las angustias.

Y *Junio* levantó su estandarte.

Ahora se tiene ya un campamento en Paris; se habla de rutas estratégicas que abrir en la ciudad; se proponen medidas de opresion. Ya no mas libertad, ni para la prensa, ni para las asociaciones. Se cierran clubs y talleres. Esto podrá combatir las asonadas; pero ¿basta esto para prevenirlas? No; la sociedad no se escapará de las catástrofes sangrientas, sino cuando se dé al poder un principio inmutable é incontestable, sino cuando se haya sobre todo quitado de la imaginacion del pueblo el pensamiento de que toda violencia está justificada cuando está coronada por el éxito. Fuera de esto, repitámoslo bien, no tendríamos mas que un estado social donde la oposicion sería representada por las barricadas y el gobierno por el cañon.

Hace 14 años decia: “La usurpacion arrojada en medio de un reino, bajo cualquiera forma y cualquier nombre que se presente, no gobierna, sino que se acampa en él. Arbol sin sávia y sin raices, agujerea el suelo y le raja; pero no puede ni prosperar ni crecer.

“¿Desdichdo el pais donde el albedrío de los caprichos populares, los vaivenes políticos son llamados *regeneraciones*, y las tiranías *libertad*! “Terreno cambiado en arena movediza, esplotado por los genios del mal, “no pertenece entonces mas que á las tempestades y nada hay permanente en él mas que ruinas. No es ya una patria, es una presa (1).”

(1) Doble reinado, tom. 2, pág. 173.

“El pais donde el poder soberano no está elevado encima del pensamiento de los cambios y del espíritu de las revoluciones, es un pais esclavo y sin vida. *Esclavo*, porque, tocante á nacion, nada es libre mas que lo que no depende de la inconstancia de las voluntades humanas. “*Sin vida*, porque nada subsiste, tocante á gobierno, mas que lo que tiene un principio de existencia social interior y superior á las leyes, un carácter sagrado de la inviolabilidad dominando el círculo de las edades.”

¡Diputados, generales, ministros, vosotros que habeis merecido bien de la patria en las desastrosas jornadas de Junio! no está todo en haber establecido el orden en las calles, restablecedle en las ideas. El orden material no puede fundarse mas que por el orden moral; y este último no descansará jamas ni en un estado de sitio ni en descargas de artillería.

## V.

FELIPE Igualdad decia á la convencion nacional:

—“Todos aquellos que hayan atentado ó atenten á la soberanía nacional, merecen la muerte.”

Tallien se espresaba así:

—“Es preciso *descaminar* el pais, sangrar las bolsas y nivelar las cabezas.”

Sieyes decia en la asamblea constituyente:

—“Respetemos la propiedad; pero cambiemos los propietarios.”

Luis Felipe añadió á esto:

—“No hay que temer la responsabilidad mas que cuando no se triunfa.”

Y yo escribia en 1833:

—“La fuerza y el hecho no son mas que situaciones. No hay mas que la justicia y el derecho que puedan ser seguridades (1).”

En esta última época, cuando todas las ambiciones se prosternaban ante Luis Felipe, una gran voz se elevó, de en medio de la tempestad, para protestar contra la enagenacion general; y esta voz, la mas grande de todas, esa inmortal voz del genio, dirigia estas solemnes palabras á la duquesa de Berry:

—¡SEÑORA! VUESTRO HIJO ES MI REY [2].

¿Y por qué no se ha de manifestar hoy, á ejemplo de Chateaubriand, alguna opinion franca y leal, que en el naufragio público, se esforzará por indicar un puerto?

(1) Los desolladores, 1833.

[2] Una medalla ha consagrado el recuerdo. Diciembre de 1832.

Cuando los huracanes desencadenados levantan las olas de la mar y abren el abismo á los buques, si un punto azul aparece en el horizonte, ¡con qué transporte no es saludado por los marineros y pasajeros! Y bien, en medio de los huracanes desatados sobre la Francia y rompen la nave del Estado, la primera vista que distinga *ese punto azul* debe señalarle á los que le rodean. Que sea, por de pronto, un mérito; que sea á continuacion, un peligro; que sea, mas tarde, un servicio... no importa, siempre es un deber.

Y este deber no sabría ser un peligro.

Ha pasado ya ese tiempo de odiosa memoria en que la palabra era un crimen y en que era el pensamiento un atentado, cuando *este pensamiento y esta palabra* no se prosternaba cobardemente ante los satélites del Terror. En buena y sana política, bajo un gobierno justo y libre, los adversarios no son de temer ni mas ni menos que los amigos; porque todos desean la dicha pública, todos van en busca del verdadero progreso, todos comprenden que, en el interés general, debe ser permitido á cada uno, en medio de los extravíos del país, emitir el pensamiento que le parezca útil y mostrar el camino que le parezca bueno.

Se puede sin duda sufrir engaño, no digo que no. Hay ciertamente nobles almas en todos los partidos que toman á veces sus simpatías generosas por necesidades futuras. No importa, es preciso escucharlas; pocas son las opiniones sinceras en que no haya algo útil. La Francia actual es una vasta tribuna donde todas las ideas tienen derecho de darse á luz; las buenas serán acogidas; las malas desaparecerán.

En todos tiempos, bajo las monarquías, se han ensalzado siempre las repúblicas, así lo atestiguan nuestros clásicos libros. Luis XIV y Richelieu aplaudían los versos democráticos del gran Corneille. Luis XIV prestaba su apoyo á la República de los *Estados-Unidos* y contribuía á solidarla. ¿Sería, pues, la República menos generosa y menos tolerante que el Trono? No sería una prueba de fuerza. ¿Se atreverían á prohibir, bajo la República, el rendir homenaje á las monarquías, cuando antes las monarquías dejaban que se rindiera homenaje á las repúblicas? ¿Estas dos formas de gobierno, no tienen su precio una y otra? ¿Se trataría hoy de prohibir los afectos y preferencias, como Luis Felipe se permitía proscribir en otro tiempo la esperanza y el recuerdo? Los sentimientos deben ser libres como la conciencia; y entre los hombres de honor, los realistas deben respetar al republicano como los republicanos al realista.

La voz del pueblo es mas que nunca la voz de Dios. Habiendo el pueblo conquistado el *sufragio universal* y debiendo ser consultado ante todo, se encuentra ser él el árbitro supremo de sus destinos. Está llamado á fundar él mismo sus instituciones, á escogerse él mismo sus guías.

Preciso es, pues, que preste atentamente el oído á todas las controversias, sin exclusion ni preocupacion; que mire cada luz elevándose sobre toda intriga; que decida entre los debates; que se consulte, juzgue y pronuncie.

La República, régimen bajo el cual, segun Napoleon, *sería preciso que fuesen dioses los gobiernos y ángeles los gobernados*, es uno de esos hermosos sueños dorados que todas las imaginaciones generosas han acariciado en la primavera de su vida. ¿Realizar este sueño, es cosa posible en Francia? El pasado ha respondido: *no*. El presente murmura: *quizá*. ¿Nos dirá el porvenir: *sí*?

Separemos á un mismo tiempo toda prevencion, lo mismo que todo entusiasmo, y discutamos sin hiel pero tambien sin miedo. No se puede romper la pluma del historiador, no se puede ahogar la voz del publicista.

La Francia ha sido monárquica desde que existe. Sus costumbres se han formado, á medida que han ido trascurriendo los siglos, bajo banderas reales; y su principio de gobierno hereditario, apropiado lo mismo á sus ideas que á su naturaleza, ha desarrollado constantemente una fuerza tan fecunda, que cada soberano, poco á poco, engrandeciendo el territorio, ha llevado la Francia á un grado de poder y de prosperidad que ha hecho de ella la primera de las naciones.

Ahora bien, un gran pueblo tiene como una orilla en su pasado, cuando este pasado ha hecho su gloria. El trono podía haber cometido faltas; ¿cuál es el gobierno que sabrá no cometerlas? El trono tenia viejos abusos que destruir y jóvenes reconvenções que imponer; tenia, como todos, que obedecer á las exigencias del tiempo; pero el progreso no es un cambio y no manda á una revolucion; escuchando la sabiduría, debíase mejorar la monarquía; escuchando la justicia, debiera habérsela debido destruir.

La cuestion es reconstituir el país; muy bien. En Francia cada faz que se sucede, hace nacer una nueva constitucion; pero por desgracia, no habiendo sido hecho para su estatura este vestido de circunstancia, es casi arrojado á un lado.

Recordemos aquí la carta que escribía un *maire* á su prefecto cuando una de nuestras constituciones bajo el imperio:

—“Os envío mi juramento y el de mi consejo prestado á la nueva constitucion; podeis estar seguro de que haré lo mismo con todas las constituciones que os plazca dirigirme.”

Todo se pretende renovar; pero para que las instituciones sean duraderas y se mejoren, es preciso no solo que el presente ponga sus derechos, sino que se haga el pasado su parte. No se puede mandar á lo que vendrá cuando no se ha respetado lo que ha sido.

Un árbol puede cambiar sus hojas todos los años; pero no cambia sus raíces. El olmo ó la encina estienden sus ramas; pero permanecen olmo y encina.

Nuestro orden social es este árbol.

Una constitucion no se hace; se ha de hacer ella misma. Le son precisas las lecciones de la práctica y las esperiencias del tiempo.

Oigamos á *Juan Jacobo Rousseau*:

—“Si un legislador, engañándose en su objeto, estableciere un principio diferente del que nace de la naturaleza de las cosas, el Estado no cesaria de hallarse agitado hasta que se hubiera destruido ó cambiado este principio, y que hubiera recobrado su imperio la invencible naturaleza.” (*Contrato Social.*)

Véamos ahora á *Lamenmais*:

—“Una de las mas peligrosas locuras de nuestro siglo, es la de imaginarse que se constituye un Estado y que se forma una sociedad de hoy á mañana como se hace una manufactura. Las sociedades no se hacen; la naturaleza y el tiempo las hacen de comun acuerdo.... Se escribe en un pedazo de papel que el pais es una *Monarquía* ó una *República* esperando ser en realidad otra cosa. Pero hay una ley inmutable contra la que nada prevalece: toda sociedad que, habiendo salido de las vias de su naturaleza, se obstine en no volver á entrar, no se renueva mas que por la disolucion; es preciso, lo mismo que el hombre, que atraviese la tumba para llegar por segunda vez á la vida.”

En seguida oigamos á *M. de Bonald*:

—“Un pueblo que haya perdido sus costumbres queriéndose dar leyes escritas, se ha impuesto la necesidad de escribirlo todo, hasta sus costumbres.”

Citemos en fin á *Napoleon*.

—“Una carta no es mas que una hoja de papel. No se hace una república con una vieja monarquía. Los republicanos de buena fé son idiotas; los otros intrigantes.”

Recordando esta última máxima del prisionero de Sta. Helena, y arrojando en seguida sus miradas á su alrededor, era como *M. Caussidiere* escribia el 20 de Junio: *¡Estamos chapuzándonos en un cenegal!*

Nuestra jóven república, en cuatro meses, ha gastado ya tres gobiernos; el primero en las Casas Consistoriales (*Hotel de Ville*), el segundo en la Asamblea nacional, el tercero bajo el cañon de Junio; y ninguna cuestion ha sido todavía resuelta.

El Sr. de *Lamartine* ha tenido ocho dias, durante los cuales se le hubiera dado el poder supremo.

*Luis Napoleon* ha tenido el mismo espacio de tiempo para apoderarse de las riendas del Estado.

¿Cuánto durará la autoridad actual? La dictadura de Junio será necesariamente transitoria, como todas las situaciones extremas. La Francia no puede vivir perpetuamente bajo el estado de sitio, como los dementes con la camisola de fuerza. ¡Ay! es una verdad que la revolucion, como Saturno, devora pronto á sus hijos unos tras otros. ¡Consumacion espantosa!

“Oh! decia *Mirabeau*, qué feliz es uno despues de haber gozado del favor popular, en morir horizontalmente en su cama!”

¿La dictadura militar, encadenando todas las libertades, nos conducirá á la servidumbre? No. No se apodera uno á mano armada de la inteligencia humana. Las ideas y las conciencias no son por cierto del dominio de las bayonetas y de la fuerza. Nunca se podrá conseguir el atar y amordazar la razon pública.

El miedo, es verdad, ese gran auxiliar del despotismo, puede momentáneamente helar los espíritus y mitigar hasta el lenguaje; y tal habia que osadamente decia ántes: *La sociedad quiere ser libre*, contentándose hoy con murmurar modestamente: *La sociedad*, primero quiere vivir. Pero entre nosotros una *sujecion necesaria*, no es mas que una *posicion provisional*, y si á veces la Francia se inclina es para mejor levantar luego la cabeza.

“¿El nuevo gobierno, ha dicho *el pueblo constituyente*, despues de los desastres de Junio, resistirá mejor que la comision ejecutiva? No. Despues de haber obtenido de él lo que de él se queria, se le romperá; y, convertido en objeto de rechifla popular, se arrojará este cadáver á la huesa, la ancha huesa, donde, no lejos de los traidores, duermen los imbeciles y los cobardes.”

¡Qué lamentable perspectiva!

Y, de otro lado, qué amenazas aún!....

El cólera se acerca como despues de 1830.

Escritores, fatalmente populares, elevan su voz entre nosotros; y cada una de sus palabras es un golpe de azadon descargado contra el muro social.

El asesinato político está á la orden del dia en la calle.

La guerra está en nuestras fronteras.... Intervendremos?

Y, mientras que se batirán en el extranjero, no tenemos frente de nosotros á los que en los negocios públicos quieren, en provecho de su ambicion, la intervencion de la asonada?

Guerra fuera, guerra dentro.

Y el cólera que se avanza!....

## VI.

TRAS de las grandes conmociones revolucionarias, y cuando un país no se ha reemplazado en las condiciones y necesidades de su existencia, establécese no sé qué poder flotante que, nacido del desorden, no puede vivir mas que fuera de todo orden, y que, en medio de las crisis continuas, parece al viajero extraviado en las catacumbas por haber perdido su hilo y su antorcha.

El afirmamiento de la autoridad, ni mas ni menos que las transformaciones sociales, no se opera ni en la tribuna ni en el escrutinio. No es en fin, marchando de ensayos en ensayos y de esperiencias en esperiencias, como se consolida un gran Estado.

“Lo que vemos, ha dicho recientemente el Sr. de Lamartine, no es por cierto la república, no es ni siquiera nada que tenga un nombre.”

Hay en Francia 40.000 municipalidades y 30 millones de habitantes que nunca han cooperado en nada á los golpes de teatro, á las mutaciones y cambios á la vista que ha sufrido nuestra política desde hace mas de medio siglo. Nuestras últimas revoluciones que se han querido llamar *democráticas*, hubieran debido ser intituladas *parisienses*; las provincias han sido á ello completamente extrañas.

Desde 1789 la Francia ha obedecido todos los soplos revolucionarios de París, y, en medio de ese huracan de sesenta años, ningun azote ha dejado de herirla: guerra, peste, hambre, invasion, bancarrota, miseria y desolaciones de todo género. La restauracion solo ha venido un instante, como un fresco oasis en medio de los ardientes arenales, á traerle á un mismo tiempo la paz, el orden y la prosperidad. Durante los catorce años de ese reinado todo se vió renacer y florecer. La riqueza se estendió, el comercio recobró su impulso, y la literatura sus triunfos; disminuyó la renta pública alijerándose los impuestos; y, fiel como sus antepasados á esa ley gloriosa de no desaparecer de la escena mas que dejando la Francia engrandecida. Carlos X dejó como recuerdo, al pueblo extraviado que le arrojaba, su supremacia en España, su triunfo sobre Inglaterra, su protectorado sobre la Grecia, su dominacion en Africa.

Despues de los tiempos odiosos en que se amasaba moneda con la sangre, y los no menos infames en que se lavaban las heridas con barro, el héroe de Austerlitz y de Wagram habia venido á pasar como un brillante meteoro sobre el trono de San Luis, amontonando conquistas sobre conquistas. Pero ese poderoso genio sabia que le faltaba el príncipe hereditario y monárquico!

—Ah; que no fuera yo mi hijo! exclamaba amargamente.

Así, á la caída del gigante que habia visto la tierra entera á sus pies, ¿qué quedaba de sus trofeos? ¿qué es lo que dejaba tras de él á la gran nacion que habia saciado de gloria y fatigado de inmortalidad? Un territorio amenguado, plazas fuertes recobradas, el comercio anonadado, la deuda del Estado crecida y la hacienda arruinada; tan cierto es que el genio no basta á reemplazar el derecho, y que un principio es mas poderoso que un hombre, y aun que un gran hombre.

La república ha ahora reemplazado el casi trono que habia espulsado á la monarquía real; ¿qué ha hecho? Mirad sus obras. ¿Dónde están sus primeros fundadores? han desaparecido entre las rechiflas de la guardia nacional y las maldiciones de la asonada.

Lamennais, su primer apóstol, impasible, cruzado de brazos y flotando su mirada en el vacío, que ha dicho acerca de ella en la cámara:

—“¡Ah! ¡asisto á sus funerales!”

La anarquía y la dictadura, las esposas y la mordaza, la bancarrota y el terror, la miseria y la desesperacion; es á eso á lo que deben conducirnos nuestras libertadoras revoluciones? Un régimen que tendrá necesidad de trescientos mil hombres armados en París para sostenerse, un régimen bajo el cual cada ciudadano no estará seguro de que pasen veinte y cuatro horas sin que tenga necesidad de batirse, y donde nadie podria contar ni con su vida, ni con su propiedad, ni con su familia, ¿seria un régimen aceptable? . . . . . ¡Oh vacío de las revoluciones! ¡Tanta sangre derramada! ¡tantos sacrificios llevados á cabo! ¡tantas adhesiones completadas! ¿y para qué?

La víspera del combate, la *libertad* arenga; al día siguiente la *libertad* felicita; y los días despues, ¿dónde se ha ido?

Se la ha visto á favor de las barricadas, se la ha visto contra las barricadas; se la ha visto espumante, se la ha visto amordazada. La libertad ha puesto el orden en derrota, luego el orden ha puesto en derrota la libertad, se le festeja y luego se le estrangula; y hé ahí mas de medio siglo que siguen así las cosas, y nadie abre los ojos.

¡Pobre pueblo! de qué ha servido el desempedrar tantas calles, el volcar tantos omnibus, el agujerear tantos hermosos árboles y el rasgar tantos cartuchos! La barricada es una cosa estéril. Las revoluciones, en definitiva, no han sido nunca mas que desastres donde el obrero pierde su pena y la nacion sus derechos. No son mas que dramas ciegos donde la libertad no es nunca causa y donde no se juega mas que para provecho de algunos ambiciosos.

¡Ah! cuando la nacion se enderazará en su fuerza y en su justicia pa-

ra pedir cuenta un día á la revolucion del bien que le ha reportado, qué responderá esta ante los hechos inexorables que serán sus acusadores?

“La revolucion caerá, dicen, cuando habrá enteramente cumplido la gran mison de ruina y de muerte de que ha sido encargada por la Providencia para castigar los crímenes del pueblo.”

Sea, pero es esto lo que aguardan los panegiristas de la insurreccion de la gran obra de esta era nueva?

Examinando es como se ilumina. Arrojemos los ojos al pasado, las repúblicas de todos los tiempos han sido fatales á los pueblos; su elemento es el desórden. *La república quiere hervir*, así nos lo ha dicho Lamartine (1).

*La república* fué la infancia de las sociedades. En ese terreno de las imaginaciones ardientes y de las ambiciones desenfrenadas, en ese terreno de las discordias y de las tempestades, donde las edades bárbaras explotaron la humanidad. Era un campo continuamente abierto á las ofuscaciones del entusiasmo y al delirio de las pasiones. Mirad las repúblicas antiguas, las repúblicas de la edad media y nuestras recientes repúblicas. Mirad lo que eran Roma, Atenas, Esparta, Génova, Venecia, Paris &c. bajo el pretendido régimen de la libertad. Cada genio revolucionario podia pretender al poder supremo en medio de los trastornos sucesivos: qué le importaban las calamidades públicas á quien esperaba su triunfo personal!... *La república quería hervir* (2).

Recuérdase ese dicho terrible de Danton:

“En revolucion, acaba siempre la autoridad por pertenecer al mas infame.”

El progreso, en gobierno, trajo la monarquía; fatigados de la esfera de los huracanes, se acabó por comprender que era preciso para la tranquilidad general, establecer un poder hereditario é inmutable que no pudiera ser derribado á cada instante por el viento de los caprichos populares. Se proclamó pues el trono, no para provecho de una familia, sino para interés del país. Para hacerlo fuerte y poderoso, se le rodeó de todos los prestigios imaginables. El sagrado de los príncipes fué instituido, á fin que el apoyo del Ser Supremo pareciera unirse al de las instituciones humanas. El nombre de *derecho divino* entró en el lenguaje monárquico, no como una verdad positiva, sino como una poética aureola;

(1) En *El bien público*, Julio de 1848.

(2) No se puede negar que desde 1793 la palabra *república* en Francia, y entre las gentes de campo, ha tenido una aceptación deplorable; se ha convertido en sinónimo de desórden y de pillaje. Cuando en una casa de campo hay una familia cuyos miembros están en querrela continua, ó se habla de un punto donde se riñe, ó donde se roba, ó donde el escándalo ha llegado á su colmo, el dicho popular es este:—*Se parece á una verdadera República!*

y la Francia de San Luis, de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, tuvo largas séries de gloria.

La república, tocante á gobierno, no es pues una via progresiva, lejos de esto: es no mas que un paso retrógrado.

—¿Pero y la de los Estados-Unidos, se dirá, no se ha mantenido y afirmado?

Verdad es, hasta hoy.

—*Es un gobierno modelo*, añadirán.

Esto es ya mucho mas contestable y voy á responder á los dos puntos.

El país de los Estados-Unidos es un país paciente que no ha pasado de sus primeras instituciones, al cual falta la consagracion de los tiempos; y su gobierno, ha dicho el señor de Tocqueville, *está muy lejos de ser la mejor forma de gobierno que pueda darse la democracia* (1).

El 4 de Marzo de 1789 fué proclamada la constitucion americana. ¿Lo fué libre y legalmente? No, el fraude solo venció, y el pueblo no la hubiera nunca sancionado (porque heria demasiados intereses) si no le hubiese sido impuesta por una arteria parlamentaria. En todas partes sucede siempre lo mismo.

“La mayoría en favor de la Constitucion fué tan mínima, dice el juez mayor Marshall, presidente del Tribunal supremo de los Estados-Unidos, que da motivo á pensar que si los votos no hubiesen sido sorprendidos por la influencia de la minoría, la conciencia pública, haciendo justicia del poco mérito de la Constitucion, no la hubiera nunca aceptado. Es, por otra parte, muy difícil de afirmar que en los Estados mismos que votaron por la afirmativa, la mayoría del pueblo estuviese en su favor.” (2)

Consultemos ahora la opinion de un amigo de Washington.

“La mayor parte del pueblo está abiertamente en oposicion con el gobierno. Los gefes descontentos declaran en alta voz que es preciso derribarle, abolir las deudas, repartir las propiedades y unirse á la Gran Bretaña.” (3)

—“La sociedad americana, dice la Sra. Enriqueta Martineau, forma las primeras páginas de un libro grueso de acontecimientos. Esas páginas son oscuras, y no veo mas que una débil huella destinada al progreso.”

—“Este país se declaró libre, pero insultando la libertad; porque al lado de la virgen inmortal hacia sentar la servidumbre, como si el dueño y la esclava pudieran marchar de frente; como si el soplo de la esclavitud no envenenara el aire de la libertad.... Allí, aun cuando la palabra

(1) *De la democracia en América*. Tocqueville tom. 1.º pág. 24.

(2) *Life of Washington*. By Marshall.

(3) *Correspondance between colonel See and general Washington*.

*igualdad* se halla inscrita en todas las puertas, la fraternidad está proscribida de todas las moradas.... Allí reina la aristocracia del dinero, la lepra mas despreciable de una nacion, porque se infiltra en todos los miembros del cuerpo social; proscribidos los sentimientos mas nobles, y el corazon del hombre no es ya mas que un saco en donde el oro solo tiene su lugar.... Si la palabra libertad en América no fuera una burla cruel, el suelo de la *Union* no estaria rociado con tantos sudores y lágrimas de la esclavitud. Es preciso desconfiar de esas repúblicas cuyas leyes sancionan la servidumbre. *La libertad* no es para ellas mas que una mentira." (1)

Prosigamos: esa tierra, de nueva creacion, jamas ha conocido las pompas de la soberanía ni la embriaguez de la gloria. Fuera de las regiones prestigiosas, está habitada por un pueblo flemático, que se contenta con la gravedad de sus costumbres, con la monotonía de su existencia, y que á nada mejor aspira.

Esta nacion no corre tras los honores, las decoraciones y los títulos. Lo mismo que M. Clemente Thomas, llama á la cruz del valiente *el juguete de la vanidad*. El pueblo de Nueva-York insultaria al hombre que se permitiera salir con cuatro caballos á la calle. Esta es la *libertad*. Esta nacion no ambiciona ni la supremacía de las artes, ni el cetro de la literatura, ni el laurel de la conquista. Le basta la vida pura y sencilla; esto conviene á su carácter, pero, ¿seria propio del nuestro?.... Se nos la propone por modelo; ¿pero nos contentaríamos?

Luego, veamos sus leyes tan ensalzadas: veamos las ideas y las costumbres de esta colonia inglesa esencialmente *federativa* (2). La *libertad* no es mas que una decepcion como en tantas otras partes (3). ¿Ha proclamado esa *igualdad* ante la ley que debe ser la base de todo gobierno democrático? Oigamos al señor de Tocqueville, uno de sus mas ardientes admiradores. Su opinion no puede ser sospechosa:

"La legislacion civil y criminal de los americanos, solo conoce dos medios de accion: *la prision y la caucion*. El primer acto de un procedimiento consiste en pedir caucion del defensor, ó si rehusa, hacerle encarcelar. Se discute en seguida la validez del título y la gravedad de las cargas. Es evidente que semejante legislacion está dirigida contra el pobre y no favorece mas que al rico. El pobre no siempre encuentra caucion, aun en materia civil; y si se ve obligado á ir á esperar justicia en la cárcel, su forzada inaccion bien pronto le reduce á la miseria.

(1) Bosquejo de una república (*Félix de Courmont*.)

(2) La Francia, al contrario, es esencialmente *unitaria*: no toleraria ella por cierto hoy dia, como en los Estados-Unidos, un senado que tuviera funciones gubernamentales.

(3) Los presidentes Jackson, Taylor y Polk varias veces, haciendo uso de su *vetto*, han usurpado la autoridad real.

"El rico, al contrario, consigue escaparse siempre del encarcelamiento en materia civil. Mas aun: ¿ha cometido un delito? se sustrae fácilmente al castigo que debe esperarle. Puede decirse que para él todas las penas que marca la ley se reducen á multas. ¿Hay algo mas *aristocrático* que una legislacion semejante?"

(Tocqueville tom. 1º pág. 72).

No se puede hacer constar mejor la *no igualdad* de las condiciones en la *república modelo*. Allí no se dobla la rodilla ante el símbolo de la *libertad*, sino ante el del *becerro de oro*.

La magistratura es sin conciencia, y las prisiones son infiernos. ¡Justicia! ¡compasion! ¡no, no! ¡oro! ¡oro, antes! En el pais de las especulaciones, es preciso á todo precio ser rico. La pobreza está fuera de la ley. En cuanto á coronar al mérito, no se corona mas que al dinero.

El orgullo del nacimiento, lo mismo que la corrupcion de las costumbres, es llevado hasta el grado mas extremo. ¿Es una tierra verdaderamente hospitalaria? No. Se ha visto á desgraciados extranjeros abandonados sin piedad en una orilla desierta y arrojados del buque cuyo pasaje habian pagado, porque estaban enfermos y pobres, y porque pasajeros de rango mas elevado, pero sin corazon, temian que no les comunicasen su mal.

En cuanto á la proteccion concedida á las artes, el pintor Gale se suicida, en ese rico pais, para no morir de hambre y de miseria!....

¿Y la *libertad* de la prensa?.... sigue la suerte de todas las demas [1]. La vida del gran escritor *Fenimore Cooper* ha sido un suplicio perpetuo en los Estados-Unidos. Cesó de escribir para sustraerse á las persecuciones y á los procesos. Webb, el editor del *New-York Herald*, el único periodista que osa espresar su pensamiento, veinte veces ha sido víctima de las vias de hecho las mas ultrajantes. Su gabinete es un arsenal; no escribe mas que rodeado de armas.

¿Y se nos aconsejará plantar la república americana en el suelo de la Francia monárquica! Antes seria preciso transformar el carácter francés, extinguir su espíritu, helar su imaginacion y romper sus recuerdos. Seria prohibirle su gloria. ¿Se podria acaso hacer crecer una palmera de Egipto en las costas de la Noruega? ¿Haríais de una metodista inglesa una gitana española?.... Construiríais el famoso palacio de hielo de las orillas del Newa en la ribera del Helesponto? No. Todas esas ideas son absurdas, todas esas quimeras son locas, y seriamos tan ciudadanos americanos como derviches persas.

[1] El ciudadano Morgan fué precipitado vivo, colgada del cuello una piedra, al lago Ontario por haber revelado secretos que creia funestos á los intereses de la república.

¡ Singular aberración del espíritu la idea de hacer una ciudad repúblico-democrática de la capital del mundo !

¿ Qué era París antes de las conmociones de *Febrero*, de *Mayo* y de *Junio*, antes de los días en que no sé cuantas repúblicas diferentes se disputaban el puesto ? París era el centro de la civilización, el hogar de las artes y de las letras, el punto de reunión de todas las grandezas y nombradías de la tierra, la metrópoli de los reinos. París daba la moda y el tono al universo : el lujo ponía de manifiesto sus maravillas ; todas las fortunas iban allí á buscar los placeres, el gusto, la gracia, los talentos, las celebridades, todos los esplendores, armonías y delicias de la vida. París no vivía mas que de las pompas de la soberanía, de las larguezas del orgullo y de las locuras de la ostentación. Era preciso para el brillo de su nombradía, la magnificencia de sus salones, las obras maestras de sus bibliotecas y de sus museos, el fausto de sus almacenes y cafés, la profusión de sus carruajes y la pompa de sus teatros. El hombre opulento que no había visto á París, que no había venido á experimentar las fascinaciones y que no había en él vaciado su bolsillo, se hubiera como avergonzado de sí mismo ; hubiera parecido herido de una especie de condena social ; la ignorancia es á veces la vergüenza.

Admirar á París era para las clases privilegiadas una necesidad europea ; París dominaba la tierra.

¡ Apóstoles de la democracia social ! atreveos ahora á proseguir vuestra obra ; obstinaos en querer transformar la régia capital en una villa ciudadana ; y no quedará ya vestigio de todas sus glorias ; habreis pronunciado su sentencia de muerte.

El progreso, tan ensalzado por vosotros y por los vuestros, no será ya mas que el regreso á las tinieblas de la vieja edad. París estrechará sus límites, verá desvanecerse sus riquezas, y quien sabe entonces si, á consecuencia de las barricadas, metrallazos, fusilazos, cañonazos y otros acompañamientos obligados de la libertad repúblico-comunista, la grande metrópoli no llegaría al destino de esa inmensa ciudad bíblica de las orillas del Eufrates, que fué en otro tiempo la maravilla del mundo y cuyo sitio ni siquiera se conoce hoy día (1) !

¡ Valor, pues, hijos del socialismo ! y bien pronto París, bajo vuestras leyes, si la Francia os dejara obrar, no tendría ya ni fastuosas reuniones, ni titulados, ni ricas familias ; igualdad en la miseria y nivelación en el fango. Ya no mas bailes elegantes, ya no mas esplendorosos conciertos, ya no mas deslumbradoras tiendas, ya no mas coches maravillosos, la yerba crecería en las calles ; y en esos paseos orgullosos, en que la mul-

[1] Babilonia.

titud en otro tiempo y por tanto tiempo permitía apenas la circulación á los transeúntes y á los mismos carruages, quizá se verían, antes de poco, románticos pastos.....

Parece que París marcha á ello á grandes pasos.

Yo, la villa opulenta,  
altiva y acatada,  
hème aquí despreciada  
de pueblos y de reyes !  
¡ Quién conoce en mi afrenta  
á la que dictó leyes,  
hoy que en crudo quebranto  
arrastro irreverente,  
por el cieno mi manto,  
por el fango mi frente !

A. DE BEAUCHENE.

Será preciso decir : ¡ Dios lo quiere !!!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## SEGUNDA PARTE.

## Monarquía.

Paciente es el derecho, puesto que es eterno.  
Imitacion de San Agustin.

## VII.

Los anales de Paris, nunca lo repetiremos bastante, consignaron con orgullo el impulso patriótico de la guardia nacional y del ejército en los nefastos días de Junio. Pero no es preciso engañarse; no era en verdad por la república por la que tantos campeones se levantaban con una adhesión sin ejemplo; era por la sociedad con sus principios eternos, por la religion, la propiedad, la familia, la civilizacion, la vida, el orden y la libertad.

No se trataba allí solamente de una forma cualquiera de gobierno, de una dinastía ó de una bandera; se trataba para el país de *ser ó no ser*; así es que la Francia entera se levantó como un solo hombre con su antigua energía y su heroísmo eterno. Todas las poblaciones se precipitaron hácia Paris, como se ve en todas las grandes emociones, correr la sangre hácia el corazón.

Y entre los salvadores del orden social, ¿hanse ensalzado hasta las nubes los triunfos de los que han vencido ó perecido? ¿Se les han decretado palmas cívicas? ¿Se les han elevado monumentos? ¿Dónde están los himnos á su gloria? ¿Se ha grabado sus nombres en el bronce? No. Despues de las regeneraciones revolucionarias, no ha habido entusiasmo oficial ni apoteosis públicas mas que para santos de insurreccion y genios de barricada; ; para estos las inmortalidades del Panteon y las columnas de Julio! En cuanto á los verdaderos héroes de la causa nacional,

se les ha arrojado mezclados y en confusion á la huesa de los gorros colorados. ; Para esos nobles defensores del país, irónicas alabanzas y anónimos funerales! Para ellos, confundiendo orden y desorden, se ha hecho de la tumba hasta un insulto.

; Oh contradicciones perpetuas del estado revolucionario! El general Lamoricière, en una orden del dia al ejército (9 de Julio de 1848) lanza el anatema contra un destacamento de infantería ligera que se habia negado á combatir contra los insurgentes de Junio; bien está: pero en Julio de 1830 y en Febrero de 1848 no se ha glorificado con trasporte á los militares que fraternizaban con la rebelion. ; Ah, por piedad! seamos consecuentes. Un poco de lógica en nombre del cielo. ¿Cuándo se ha de complacer al pueblo y cuándo es preciso disparar contra el pueblo? Por favor, iluminad á la nacion.

Os atreveréis á responder: *Complaced al que deba ganar; disparad sobre el que deba perder.* Tal es la moral de la época; todo consiste en saber maniobrar bien. Pero ; qué fatal es este régimen! Perdidos en el mar espantoso de las doctrinas contradictorias del orden y de la anarquía, hubiérase podido creer, despues de las jornadas de Febrero, que estábamos bajo el gobierno del *esfinge*, donde todo el que no comprendia el enigma corria riesgo de ser degollado.

Julio y Febrero, sentados sobre las ruinas públicas, comenzaron su reinado por fulminar decretos de proscripcion *perpetua* contra reales familias.

—“; Un destierro *perpetuo* por un poder que no está seguro del dia siguiente! escribia yo en 1832. ; Ah, los decretos *inmutables* de los poderes sediciosos son como los juramentos *para siempre* de los cortesanos de la fortuna. Son eternidades fugitivas que se van debilitando con el tiempo como burbujas de aire en el espacio (1).”

Diez y ocho años han trascurrido desde que fué decretado que el 27, 28 y 29 de Julio serian *para siempre* jornadas de fiestas nacionales. ¿Dónde están ahora esos aniversarios inmortales? Hélos ahí destituidos como el inmutable rey ciudadano. No son ya mas que viejas burlas que han tenido que ceder á otras su lugar.

¿Herederá Febrero los honores de Julio? . . . ¿tendremos tambien y *perpetuamente* los 22, 23 y 24? . . .

Entretanto recemos el oficio de difuntos.

—*La rama mayor de los Borbones está gastada*, segun los partidarios de la rama menor. Vanas palabras. En tratándose de dinastías, no se gastan mas que las que nacen. Llegar no es establecerse. Los últimos tiempos son la prueba.

(1) Los desolladores: 1832.

Dícese que los hombres, faltan á la situacion actual: no, es la situacion la que falta á los hombres. Los gefes del ejército y sus valientes, la asamblea nacional y sus miembros, tienen hermosos nombres, altos hechos y nobles corazones; pero para ciertas enfermedades no hay médicos, como para ciertos males no hay remedios. Al wagon salido de su carril, todo motor le es inútil.

Hay en Francia un nombre sagrado, un nombre de esperanza y de porvenir, que si el año pasado no era murmurado mas que como un recuerdo, podria serlo hoy como una esperanza; podria serlo mas tarde como un refugio.

¿Quién no recuerda aún las palabras proféticas de Odilon Barrot, pronunciadas en la rada de Cherbourg?

—“¡Guardad bien ese sagrado depósito! Esa jóven cabeza podrá un día salvar á la Europa.”

¿Quién no recuerda tambien esos bellos versos de Victor Hugo al nacimiento del *niño predestinado*?

¡Cantad, pueblos, cantad, cantad victoria!

Un salvador os nace  
manto vistiendo de lujosa gloria,  
y empuñando su mano delicada  
al par que el cetro la pujante espada.  
De las lecciones de desgracia aleve  
prósperos dias nacerán, preciosos,  
de paz y de ventura,  
pues que sesenta reyes belicosos,  
sombras sin sepultura,  
junto á su cuna velan amorosos.

¿Quién no recuerda en fin, esa otra poesía del admirable Lamartine?

A veces escapado de Atalia  
un niño que del hierro fué olvidado,  
crece á la sombra del Señor, querido,  
y les llega á los pueblos en quebranto,  
que errantes vagan del abismo á orillas  
cual sin pastor corderos desbandados.

Para ocupar el trono de los reyes,  
en los dias aciagos que corremos  
es, á los ojos de los pueblos, fuerza  
sus virtudes mostrar y sus derechos.

## VIII.

El *derecho* y el *deber*: hé ahí las bases supremas de la existencia de las sociedades.

El cañon de Junio ha dado muerte á las bandas insurgentes, pero no á las doctrinas revolucionarias. Ahora bien, con estas no hay nada posible.

Se ha querido quitar á los pueblos la sumision á las leyes, el respeto á la familia y el temor de Dios. ¿Qué se pondrá en su lugar para mantener el orden? ¿*Gendarmas* y el *verdugo*? ¿Qué espantoso estado social!

Se quiere que el principio republicano esté al abrigo de todo ataque. Sea. Pero, primero ¿qué principio es ese? ¿Es el de Lamartine? Pero éste no es el de Blanqui. ¿Es el de Luis Blanc? Pero éste no es el de Cavaignac. ¿Es el Lamennais? Pero éste no es el de Prudhon. ¿Y los Barbés? ¿y los Cabet? ¿y los Ledru Rollin? ¿y los Pedro Leroux? ¿Qué variedad de principios! ¿Cómo armonizar todo esto? y ¿dónde encontrar en esa hojarasca *la mejor de las repúblicas*? La hemos tenido, me han asegurado. ¡Pues bien! que corrau detrás... si se atreven.

Por otra parte, nuestros socialistas modernos no han inventado nada. Aristofanes, hace dos mil años, se burlaba del *comunismo* en sus comedias, en el teatro de Atenas. El *comunismo* es viejo como el mundo. Se le encuentra en Pitágoras, en Judea, en Esparta y en la India. Platon le menciona. Los Vaudois en el siglo XII, los Albigenses en el XIII y los Anabaptistas mas tarde, han explotado esa utopia.

En tiempo de Lutero, las doctrinas del ciudadano Prudhon fueron altamente desarrolladas y desaparecieron. La ley agraria tuvo su época y desapareció tambien. El ciudadano Babœuf, de triste memoria, escribia: *La tierra no es de nadie; es preciso que sea de todo el mundo.* Luego, con la esperanza de tener imitadores y sucesores, añadia: *La revolucion francesa no es mas que el prólogo de otra revolucion mas grande y mas solemne, que será la última.*

Y Babœuf desapareció á su vez como sus principios. Lo mismo será con los minadores de nuestro orden social; desaparecerán como sus antecesores, con sus votos y su república.

—¿Será preciso volver á los *pretendientes*? preguntaba con ironía uno de los periódicos de la revolucion; y el nombre de Henrique V se escapaba de su pluma.

Pero, ¿qué se entiende por esta palabra: *pretendiente*? Entremos atrevidamente en la cuestion.

Dícese que los hombres, faltan á la situacion actual: no, es la situacion la que falta á los hombres. Los gefes del ejército y sus valientes, la asamblea nacional y sus miembros, tienen hermosos nombres, altos hechos y nobles corazones; pero para ciertas enfermedades no hay médicos, como para ciertos males no hay remedios. Al wagon salido de su carril, todo motor le es inútil.

Hay en Francia un nombre sagrado, un nombre de esperanza y de porvenir, que si el año pasado no era murmurado mas que como un recuerdo, podria serlo hoy como una esperanza; podria serlo mas tarde como un refugio.

¿Quién no recuerda aún las palabras proféticas de Odilon Barrot, pronunciadas en la rada de Cherbourg?

—“¡Guardad bien ese sagrado depósito! Esa jóven cabeza podrá un día salvar á la Europa.”

¿Quién no recuerda tambien esos bellos versos de Victor Hugo al nacimiento del *niño predestinado*?

¡Cantad, pueblos, cantad, cantad victoria!

Un salvador os nace  
manto vistiendo de lujosa gloria,  
y empuñando su mano delicada  
al par que el cetro la pujante espada.  
De las lecciones de desgracia aleve  
prósperos dias nacerán, preciosos,  
de paz y de ventura,  
pues que sesenta reyes belicosos,  
sombras sin sepultura,  
junto á su cuna velan amorosos.

¿Quién no recuerda en fin, esa otra poesía del admirable Lamartine?

A veces escapado de Atalia  
un niño que del hierro fué olvidado,  
crece á la sombra del Señor, querido,  
y les llega á los pueblos en quebranto,  
que errantes vagan del abismo á orillas  
cual sin pastor corderos desbandados.

Para ocupar el trono de los reyes,  
en los dias aciagos que corremos  
es, á los ojos de los pueblos, fuerza  
sus virtudes mostrar y sus derechos.

## VIII.

El *derecho* y el *deber*: hé ahí las bases supremas de la existencia de las sociedades.

El cañon de Junio ha dado muerte á las bandas insurgentes, pero no á las doctrinas revolucionarias. Ahora bien, con estas no hay nada posible.

Se ha querido quitar á los pueblos la sumision á las leyes, el respeto á la familia y el temor de Dios. ¿Qué se pondrá en su lugar para mantener el orden? ¿*Gendarmas y el verdugo*? ¿Qué espantoso estado social!

Se quiere que el principio republicano esté al abrigo de todo ataque. Sea. Pero, primero ¿qué principio es ese? ¿Es el de Lamartine? Pero éste no es el de Blanqui. ¿Es el de Luis Blanc? Pero éste no es el de Cavaignac. ¿Es el Lamennais? Pero éste no es el de Prudhon. ¿Y los Barbés? ¿y los Cabet? ¿y los Ledru Rollin? ¿y los Pedro Leroux? ¿Qué variedad de principios! ¿Cómo armonizar todo esto? y ¿dónde encontrar en esa hojarasca *la mejor de las repúblicas*? La hemos tenido, me han asegurado. ¡Pues bien! que corrau detrás... si se atreven.

Por otra parte, nuestros socialistas modernos no han inventado nada. Aristofanes, hace dos mil años, se burlaba del *comunismo* en sus comedias, en el teatro de Atenas. El *comunismo* es viejo como el mundo. Se le encuentra en Pitágoras, en Judea, en Esparta y en la India. Platon le menciona. Los Vaudois en el siglo XII, los Albigenses en el XIII y los Anabaptistas mas tarde, han explotado esa utopia.

En tiempo de Lutero, las doctrinas del ciudadano Prudhon fueron altamente desarrolladas y desaparecieron. La ley agraria tuvo su época y desapareció tambien. El ciudadano Babœuf, de triste memoria, escribia: *La tierra no es de nadie; es preciso que sea de todo el mundo*. Luego, con la esperanza de tener imitadores y sucesores, añadia: *La revolucion francesa no es mas que el prólogo de otra revolucion mas grande y mas solemne, que será la última*.

Y Babœuf desapareció á su vez como sus principios. Lo mismo será con los minadores de nuestro orden social; desaparecerán como sus antecesores, con sus votos y su república.

—¿Será preciso volver á los *pretendientes*? preguntaba con ironía uno de los periódicos de la revolucion; y el nombre de Henrique V se escapaba de su pluma.

Pero, ¿qué se entiende por esta palabra: *pretendiente*? Entremos atrevidamente en la cuestion.

¿Se trata del *Conde de Paris*? Una pretension no puede producirse mas que apoyada en un título cualquiera. Ahora bien, el pueblo que se habia creído con derecho de llevar á Luis Felipe hasta la púrpura, se habia indispensablemente reservado la facultad de arrastrarlo por el fango. Ha hecho lo uno y lo otro; ha destruido lo que habia creado; jamas nada fué mas lógico. No queda mas que un recuerdo de error y de delirio: no hay pues allí nada que, de este lado, para hacerle llegar al trono, milite en favor del *Conde de Paris*.

¿Se trata de *Luis Napoleon*? Hubieran sido precisos en él altos pensamientos y brillantes acciones para hacerle reconocer como el heredero del Carlomagno moderno. Le hubiera sido precisa una fuerza de Atlas al prisionero de Ham para apoderarse de las revoluciones á la manera del héroe de las Pirámides y tenerlas domeñadas bajo su mano. Napoleon tenia los derechos de la victoria y del genio. Estos derechos pudieron coronarle, pero no ha podido transmitirlos.

¿Se trataria de *Henrique de Francia*?

Pero el nieto de S. Luis no es un *pretendiente*, es un *principio*; y éste, parecido al dogma, es inmutable, único, eterno.

¿Este principio, *el poder hereditario*, sancionado por los siglos, es bueno ó malo? Malo, perecerá á pesar de todos los esfuerzos; bueno, triunfará á pesar de todos los obstáculos.

Si Henrique V no hubiera sido mas que un *pretendiente*, hubiera obrado como tal. Hubiéramos tenido de él lamentaciones, reclamaciones y proclamas, como lo han hecho los *Joinville* y otros *candidatos*. Léjos de esto, silencio profundo: ni una palabra, ni un paso. Fiel á su noble divisa, no quiere ser nada mas que *por la Francia y para la Francia*; REY, si su pais le llamara; PROSCRITO, si el reposo y la grandeza de su pais exigen su destierro.

Entre las cosas notables de un siglo extraordinario ¿hay una que hiera mas la imaginacion que la conducta y el destino del jóven Henrique de Francia?...

Imponiendo silencio á la ambicion mas legítima, deja á los acontecimientos el cuidado de enseñar al pueblo. Aunque consagrado por entero al deseo de ver la Francia, no vacila en sacrificar su dicha personal á los grandes intereses de su pais. No dando ni consejo ni orden, ni conduce ni manda; quiere que todos tengan su completa independenciam, como quiere que la Francia tenga toda su libertad; mira, juzga y aguarda.

¿DÓNDE ESTA? ¿CÓMO ES? ¿QUE ES LO QUE DICE? Tales son las preguntas que todos se dirijen; procuremos responder.

—¿Dónde está? ¿Qué importa el sitio! Fuera de Francia, no hay para él ni patria adoptada, ni residencia fija. Estrangero á todas las intri-

gas como á todos los odios, se ha colocado en una alta y misteriosa esfera donde ningun ojo malignamente envidioso llega á penetrar hasta él. No huye sin embargo de los que le buscan, pero se mantiene separado de los que le engañarian. La presencia de un francés es para él una felicidad; pero la palabra de un cortesano seria para sus oidos un suplicio. No quiere adulaciones ni lisonjas; sino la rectitud y la verdad. Se ha oido hablar de su belleza, de sus virtudes, de su franqueza y de su valor; pero como nunca ha querido ni presentarse orgullosamente en escena, ni hacer ostentacion de los dones que de la naturaleza ha recibido, todo en él y á su alrededor es como rodeado de nubes; todo esto no deberá resplandecer mas que en los dias marcados por el destino. Alejado de las miradas del mundo, á la manera de la Providencia, está á la vez visible y oculto, como entre la tierra y el cielo.

—¿Cómo es? Un bello rostro no es ciertamente una necesidad política; pero no por ello es ménos una ventaja notable, y el duque de Burdeos la posee. Napoleon no tenia en verdad una estatura elegante cuando llevaba la púrpura imperial; pero su cabeza de emperador romano, su mirada de águila y su frente de héroe no por ello añadan ménos una fascinacion mas á todos los prestigios de su nombre. Henrique V, como Napoleon, tiene el ademan magestuoso y la fisonomía espresiva de todos los hombres superiores, su estatura es mas que mediana. “Se ve que es de la sangre de *Roberto el fuerte*,” decia Chateaubriand. Reasumiendo en fin los principales rasgos de los héroes de su raza, su rostro notablemente bello y su amable sonrisa, tienen ese deslumbrante brillo, reflejo del alma, que sus mismos adversarios han apellidado: *el sello de la predestinacion* (1).

Monta á caballo con la ligereza, la elegancia y la intrepidez de los primeros ginetes. Su terrible accidente no ha dejado huellas lamentables como se ha tratado de hacer creer. Tan sóbrio en sus comidas como infatigable en sus trabajos, no se deja dominar por nada de lo que pudiera debilitar su alma. Su religion, elevada y tomada en su esencia, no descende nunca á las minuciosidades de una fé ignorante; y aun cuando se le haya querido presentar como sometido al ascendiente de un círculo funesto, nada tiene *ascendiente* en él mas que lo que es justo, nacional y patriótico, no está *sometido* mas que á las leyes del honor.

Henrique sabe escoger sus consejeros como sabe guardar sus amigos.

Tiene horror á la avaricia, y solo por el interes de las artes, del comercio y del trabajo, desea la magnificencia.

En una de las bellas épocas de mi vida, tuve la dicha de acercármele y oírle; era en Alemania, y publicaba mis impresiones. He ahí algunas:

(1) Palabras del señor conde de Flahaut, embajador de Luis Felipe en Roma.

“Se sentía junto al joven príncipe una voz interior, una influencia secreta, que os decía: *Altos destinos hay en él.*”

“Noté con admiración, pero sin sorpresa, que nunca ningún miembro de la familia real desterrada hablaba ni dejaba hablar á cualquiera que fuese, sobre política. Hubiérase dicho que esta noble familia no se había nunca conocido un solo enemigo en Francia, que no había tenido allí que sufrir mas que adversidades de suerte y que nadie había sido culpable para con ella. El conde de Chambord, educado en esas grandes ideas de generosidad, de abnegación y de virtud, no sabe lo que es el odio y no comprende ciertamente la venganza. Los únicos sentimientos que dominan en el fondo de su alma enteramente francesa, son *la gloria y la libertad.*”

“Subyuga su voluntad de la misma manera que manda á sus sufrimientos: todo le aprovecha, hasta las penas.”

“Una necesidad de amar y de ser amado, el instinto de un destino de heroísmo y de desprendimiento brillan en su ancha frente que nunca fué arrugada por un pensamiento desleal. Estaría uno tentado de afirmar, mirándole, que sería de desear que cada soberano recibiera como él la educación del destierro y las lecciones del infortunio.”

“Instruido y apasionado por lo bello en todo, ha estudiado de lejos los progresos de la industria, de la ciencia, de las letras y de las artes en su patria. Conoce todas las celebridades francesas; ha seguido ávidamente sus trabajos. Está orgulloso de sus triunfos como si fuera su solidario. Pero cuánto siente el no poder tender la mano á todos los verdaderos méritos, él que abre tan noblemente su alma á todos los sentimientos elevados! Joven de emociones y de ideas, sin preocupaciones ni desconfianzas, joven de franqueza y de corazón, es la hermosa Francia nueva, la Francia pura, grande y sin mancha.”

“Arrojándose con la fé de San Luis, la bravura de Francisco I, la generosidad de Luis XII, y la lealtad de Henrique IV, no tiene ni hiel en el pensamiento, ni resentimientos en su memoria; ningún hombre le parece hostil, ninguna falta irremisible: no cree en los males incurables. Y luego, ¡qué ardiente amor por la Francia...! Conoce tan bien lo que debe ser! ¡Será lo que es preciso que sea!

— *¿Qué es lo que dice?*

Nunca el odio y la envidia han recogido de su boca una sola palabra que hayan podido volver en contra de él. El Sr. de Chateaubriand se admiraba, escuchándole, de su prodigiosa prudencia.

Conocida es esta hermosa respuesta del príncipe á un adulator que de sus derechos le hablaba:

— “No es la Francia la que me pertenece; soy yo quien pertenezco á la Francia.”

Alguien, después de las demoliciones de Febrero, habiéndole demostrado su sorpresa de que no hiciese ningún acto de *pretendiente.*

— “A Dios gracias, respondió el príncipe, nada tengo de comun con los aventureros políticos que muestran una precipitación impía en aprovecharse de las desgracias y de los peligros de su patria, para imponerse á la fatiga y á las aprehensiones generales. Yo soy el representante de un principio adoptado por la Francia desde muchos siglos hace; no bajaré voluntariamente á un papel que repugna á mis sentimientos. El día en que la Francia me llamare, pero solo este día, yo contestaré á su llamamiento, pronto igualmente á consagrarle mi vida, ó á perderla por ella. Ya lo veis, no soy un pretendiente, no tengo mas que una pretensión en el mundo; la de cumplir con mi deber.”

El poeta Beranger, el amigo de Benjamin Constant y de Armando Carrel, convencido del porvenir de Henrique V, dirigia la siguiente carta al Sr. de Chateaubriand:

“Se canta siempre sobre sepulcros, gracias á ese tiempo maldito que va segando sin fin y por todas partes. Pero no se tiene á menudo la ventaja de cantar junto á una cuna que contiene destinos futuros tan grandes y quizá tan próximos.”

El célebre obispo de Hermópolis, M. Frayssinous, decia del conde de Chambord: “Estará á la altura de todas las circunstancias, cualesquiera que puedan ser.”

Recordemos aquí lo que escribía Henrique de Francia al Sr. de Chateaubriand, á ese genio del que la Europa admiró por tan largo tiempo el patriotismo y los talentos.

“En perfecta comunidad de opiniones y de sentimientos con vos, me considero feliz al ver que la línea de conducta que he adoptado en el destierro y en la posición que he tomado, sean en todos puntos conformes á los consejos que he querido pedir á vuestra esperiencia y á vuestras luces.”

“Me place el tomar por mi intérprete esta voz tan querida á la Francia, y que tan gloriosamente ha defendido en todas épocas los principios monárquicos y las libertades nacionales.”

Y el ilustre escritor que la Francia llora en este momento, respondia con estas palabras á su príncipe:

— “Las pruebas de vuestra estimación me consolarían de muchas desgracias, pero, espresadas como son, es mas que benevolencia para mí, es otro universo que aparece á la Francia.”

“Saludo con lágrimas de alegría el porvenir que anunciáis. Vos, inocente de todo, vos, á quien no se puede oponer nada mas que haber descendido de la raza de San Luis! ¡seriais el único desgraciado entre la juventud que vuelve los ojos hácia vos? . . . .”

Después de una larga entrevista en Londres con el hijo de Francia, el Sr. de Chateaubriand se expresaba así:

—“Hay verdaderamente en ese joven príncipe un rayo divino. Dios le ha dotado de una inteligencia trascendental y de un corazón á la altura de su espíritu.”

Y es ese mismo príncipe, así juzgado por una de las primeras inteligencias de Europa, que oscuros enemigos hubieran querido hacer pasar por hombre despojado de todo mérito. . . .

Varios franceses preguntábanle un día en Inglaterra si había visitado todos los monumentos de Londres.

—“¡Oh! ¡Dios mío! No, y vuestra es la culpa, respondió el conde de Chambord. Vosotros habeis venido aquí á formarme una pequeña Francia de donde no salgo mas que á pesar mío. Mucho me gusta ver y conocer, no hay duda; pero mas prefiero hablar una hora con un compatriota, que ir á ver magnificencias, sean cuales fueren.”

—“¡Ah! decía en otra ocasión á unos jóvenes estudiantes que partían para París, ¡cuán felices sois en regresar á Francia! ¡Quiero yo tanto á nuestra patria! . . . Creedlo, no desearía el trono de mis padres mas que para servirle con las ideas de verdadero progreso y de sana libertad, que son las solas que podrían asegurar su dicha.”

Niño, pronunciaba estas palabras:

—“Si fuera rey, quisiera ser llamado *Henrique IV segundo*.”

Hombre, hablaba así en el destierro:

—“Si supiera que hay un adulator á mi lado, no permanecería en su puesto veinticuatro horas.”

Un padre de familia le decía un día:

—“Hubiera querido traerlos á mi hijo; pero se halla sirviendo. . . es oficial. . . y nunca su charretera le ha pesado tanto.”

—“¡Qué permanezca en su puesto y guarde bien su espada! replicó vivamente el príncipe; se me sirve á mí sirviendo á la Francia.”

En un gran baile que se le daba en el palacio Conti, en Roma, y donde se hallaba un crecido número de franceses, la multitud era tal, que el calor de los salones había llegado á ser sofocante. Varias personas se quejaban.

—“¡Ah! dijo el príncipe á media voz, nunca he respirado yo por el contrario con mas libertad. Toda esa multitud, llegando de Francia, me ha traído aire del país; nunca ha latido mejor mi corazón.”

En Hungría, atravesando una comarca salvaje y de un aspecto horrible, respondía tristemente á alguno que le dirigía estas palabras:

—“¿Acaso se podría vivir en este país?”

—“Sí, si fuera una patria.”

Un francés, pobre y mal vestido, no se atrevía á presentarse á su vista.

—“¡Y qué importa el traje! dijo vivamente el príncipe; ¡qué importa el nombre! no quiero que un solo francés haya deseado verme sin que haya sido cumplido su deseo.”

Su dolor fué profundo en la muerte de Chateaubriand. Escribía con este objeto:

—“Tenía en él un amigo sincero, un consejero fiel, y me consideraba feliz en mi destierro cada vez que recibía sus consejos ó penetraba sus generosos pensamientos. Hace ya algunos meses que me afligía viendo á ese gran genio acercarse al término de su carrera, esta pérdida, tan grande, me es mas penosa aun en este momento en que mi corazón tiene tanto que gemir por los dolores de la patria.

“¡Cuántas desgracias no tengo que deplorar! Esas luchas afrentosas que acaban de ensangrentar la capital, la muerte de tantos hombres honrados y distinguidos en la guardia nacional y en el ejército, el martirio del arzobispo de París, la miseria del pobre pueblo, la ruina de nuestras industrias, las congojas y alarmas de la Francia entera! Invoco á Dios para que ponga pronto remedio.

“Puedan el espectáculo de esas calamidades y el temor de los males que amenazan en el porvenir, no arrastrar los espíritus lejos de los grandes principios de justicia y de libertad pública, que en este tiempo mas que nunca, los amigos de los pueblos y de los reyes, deben defender y mantener.”

Plúgole durante varios años recorrer los campos de batalla de Napoleón; iba acompañado de los valientes generales Vincent, de Hautpoul, de Sain Chamaus, de la Tour Foissac, y de otros nombres ilustres del gran ejército. Su mirada chispeaba de orgullo á la relación de las glorias francesas, y el genio del vencedor de Austerlitz hacia palpar su noble corazón.

El duque Jorge de Cambridge, asistiendo junto á él en Austria á grandes maniobras militares, se expresa sobre él en estos términos:

—“Siempre le he oído decir todo lo que era preciso decir, y nunca ni una palabra de lo que no debía ser dicho.”

Todo el mundo recuerda el efecto que produjo, recientemente, en la Asamblea Nacional, la lectura de esta última carta del príncipe:

“Frohsdorf, 1º de Junio de 1848.

“Acabo, señor, de leer la pretendida carta dirigida por mí al presidente de la Asamblea Nacional, en prensa y publicada en París el 18 de Mayo último. Sé tambien que se han esparcido varias otras cartas que tienden

á hacer creer que he renunciado á la dulce esperanza de volver á ver mi cara patria. Ninguna de estas cartas es mia.

“Lo que hay de verdad, es mi amor por la Francia, es el sentimiento profundo que tengo de sus derechos, de sus intereses, de sus necesidades en los tiempos actuales; es la disposicion en que me hallo de consagrarme completamente, de sacrificarme á ella, si digno de tan noble y santa mision me juzga la Providencia. Francés ante todo, nunca he sufrido, nunca sufriré que mi nombre sea pronunciado en ocasion en que pueda ser causa de division ó de quebranto.

“Pero, si las esperanzas salen aun otra vez fallidas, si la Francia, cansada en fin de todas esas esperiencias que no conducen mas que á tenerla perpetuamente suspendida sobre un abismo, vuelve hácia mí sus miradas y pronuncia por sí mismo mi nombre como un gaje de seguridad y de salud, como la garantía verdadera de los derechos y de la libertad de todos, acuérdesse entonces que mi brazo, mi corazon, mi vida, todo es suyo, y puede siempre contar conmigo.”

Terminaré esto capitulo por una anecdota perfectamente auténtica, que se podria creer desprendida de la vida de Enrique IV, tanto es lo que recuerda al *Bearnés*.

Un dia, varios años hace ya, el conde de Chambord se dirigia á Italia acompañado de uno de sus ancianos servidores. Iba, de incógnito, á bordo de un paquete de vapor cuyo rumbo era Venecia:

—¿Teneis á bordo algun francés? preguntó el jóven principe al capitán del buque.

Esta era siempre su pregunta en caso igual.

—Uno, no mas, le respondió el oficial. Es de la ciudad de Lyon.

—¿Cómo se llama?

—Duval.

—¿Comerciante?

—Me parece un simple obrero.

—¿Oh, qué le importaba al conde de Chambord el rango del pasajero desconocido! Lo que él queria primero era un compatriota. Lo que él buscaba ante todo, era un francés.

Se dirige al obrero de Lyon. Este, no sospechando en manera alguna el singular encuentro que su estrella le habia reservado, empieza á hablar familiarmente con su compañero de viage.

Los dos eran de la misma edad.

—¿Venis de Paris? dijo Henrique.

—He estado este invierno. ¿Y vos?.....

—¿Yo!.... replica suspirando el hijo de Francia, ¿oh, de buena ganaria!

—¿Os falta acaso dinero?

—No.

—Pues bien, entonces ¿quién os impide?.....

—¿Oh, esto es una gran cuestion!

—¿Son vuestros parientes?

—Uno de ellos. ¿Y están siempre contentos en Paris?

—¿De qué?

—De la revolucion de Julio.

—¿De Luis Felipe?.... No por cierto. No pueden sufrir á ese viejo tacaño.

—¿Querrian, pues, un cambio?

—Sí.

—Se acuerdan del duque de Burdeos?

—¿Oh, no en verdad; como si no existiera. En cuanto á mí, me dejaria primero matar que volver á él. Seria el colmo de la desgracia.

—¿Por qué?

—Dicen que es un imbécil.

—¿Pero es seguro?

—Positivo. A mas, es altivo, desdenoso, y devoto por añadidura.... un verdadero jesuita!.....

—Preciso seria que lo vierais por vos mismo.

—Lo sentiria. Y luego, á nadie habla, no deja que se le acerquen. Si alguna vez fuera á Francia.....

—¿Y bien!

—Dispararia contra él.

—No lo creo.

—¿Por qué..... Le amariais vos acaso?

—No lo niego.

—¿Y le conocéis?

—Lo confieso.

—¿Oh, si se os pareciera, santo y bueno!....; Si tuviera vuestro ingenio!.... vuestras maneras!.... Vos, mirad, vos me gustais mucho!”

Y estrechaba la mano del conde de Chambord con la efusion de la franqueza y de la juventud.

Prosiguió así la conversacion una parte del dia, entre el obrero y el principe; hablaron de comercio, de política, de industria, de bellas artes; y Duval parecia encantado.

Llegó la hora de separarse.

—Dejadme vuestro nombre por escrito, dijo el principe á su compañero.

—Aquí le teneis: *Bautista Duval*. Ahora, dadme el vuestro.

—“Vedle aquí: *Henrique de Borbon.*”

El obrero retrocedió confundido.

—“¿Seríais el duque de Burdeos?”

Y sus miradas se dirigian á la encantadora fisonomía del príncipe, con una mezcla inconcebible de ternura y de terror. Sus piernas vacilaban.

—“No habéis ahora tan mal de él, puesto que habéis juzgado por vos mismo....”

—“¡Ah! ¡y cómo se me había engañado!.... replicó Duval enjugando sus ojos que humedecian las lágrimas.”

—“¿No disparareis sobre mí, verdad? dijo el príncipe.”

—“¿Sobre vos? interrumpió el obrero con vehemencia; ¡oh! si alguna vez llego á cojer un fusil, os juro que no será contra vos, por quien me haré matar. Pero, perdonadme una pregunta: si acaso un día fuéscis rey; ¿qué ideas serian las vuestras en el trono?”

—“Estas, respondió Henrique: *Recompensar todos los servicios hechos á la Francia; mantener todo lo bueno que se ha creado; reformar todo lo que no ha producido mas que mal.*”

—“¡Ah! ¡qué no tenga yo aquí á todos los míos! exclamó Duval fuera de sí. ¡Si el país pudiera oiros!....”

Y poco tiempo despues, el obrero, emprendiendo su camino de Paris, se decia en voz baja á sí mismo:

—“Dios herirá á Luis Felipe (1).”

## IX.

¡Dios proteje la Francia! Tal fué el grito de nuestros primeros padres; tal será el nuestro.

Léjos de nosotros el desaliento, y ménos aún el miedo. Nuestro pais no sabria inclinarse largo tiempo bajo el sofisma y bajo la tiranía; volverá á salir radiante de sus mismos desastres.

Es su costumbre.... es su derecho.

Meditemos sobre la historia del siglo.

Tres brillantes estrellas se levantaban algunos años hace en el horizonte de la Francia. Habia tres grandes destinos llamados á remover el mundo. Los tres habian aparecido destilando fuerza, ¿y qué es lo que queda de ellos?

Un proscrito entre dos tumbas.

¡Cuántos acontecimientos maravillosos! ¡cuántas lecciones providenciales!

(1) Este Bautista Duval se halla en el día en Lyon. Estaba aún en Paris el último invierno y yo mismo hablé con él.

En Marzo de 1811 ciento veintiun cañonazos anuncian á Paris y á la Europa que el señor del mundo tiene un heredero. El niño es saludado *rey de Roma*. Tiene por aureola en torno á su frente todas las victorias de su padre. ¡Qué de esplendores! ¡qué de coronas! bajo el gran astro del imperio, prometido á la posteridad, será el continuador de Napoleon: es el César del universo.

¿Y dónde está ese *hijo de la gloria*?

Sin batallas y sin bandera, léjos de la esfera de los héroes, en el silencio y en el olvido, sin horizonte y sin sol, muere devorado por su nombre.

Visitad los panteones de Viena.

En Palermo, en 1810, con menos pompa y brillo, nacia el heredero de Orleans. Las revoluciones se sucedian, y Luis Felipe, su padre, arrojando el trono legítimo, es proclamado *rey de los franceses*; debe su trono á los furiosos de *la revuelta* y á las *pedras de las barricadas*. El nieto de *Felipe Igualdad* es *príncipe real* en Paris. Belleza, talentos, salud, gracia, juventud, valor, nada le faltaba en la tierra; iba á subir triunfante, al mas bello trono del mundo. ¡Oh! ¡y qué bella era para él la vida!

¿Y dónde está ese *príncipe real*?

Cae el primer nacido del usurpador, cae como herido del rayo, en ese mismo mes de *Julio* en que triunfó la insurreccion; cae, y aplastada la cabeza contra una *pedra*, muere en la trastienda de un droguero en el camino de *la Revuelta*!

Visitad las tumbas de Dreux.

Escuchad ahora esos gritos de entusiasmo y de dicha!.... Esas salvadas de artillería; esos cantos de *Te Deum*, esos versos de Lamartine!

Honor, honor al vástago

Que en tallo convertido,

Segundo Joas le vemos

Salvado por prodigio.

Estamos en Setiembre de 1820. Veis á ese viejo rey de Francia en el gran balcon de las Tullerías, presentando al pueblo un niño y diciendo con lágrimas en los ojos:

—*Amigos míos, un hijo nos ha nacido á todos.*

¿Oís esos alegres *vivas* de un polo al otro repetidos?.... El mundo entero saluda su cuna; Roma le llama *el hijo de la Europa*. Será el orgullo de Francia: es la esperanza de la tierra.

¿Y dónde está ese *hijo de la Europa*?

¿En Francia?.... no: ¿en el destierro?.... sí. Pero éste á lo ménos está bajo la guardia de Dios. El viento del cielo ha pasado rápido y terribico sobre las antorchas que debian iluminar la tierra. Dos se han es-

tinguido, y para siempre; una sola ha permanecido encendida; una sola ha resistido la tempestad; una sola irradia aun en la sombra....

¿Por qué?.... es el secreto de Dios.

## X.

HAY en el dia dos Paris: el Paris de la república roja y el Paris de la guardia nacional: dos países rivales, dos ciudades enemigas.

El grande, el hermoso Paris, ¿dónde está?.... ¿que ha sido de él?....

La asamblea nacional ha triunfado de la anarquía; ¿cómo es posible que la confianza pública no renazca? ¡Ah! es que nacida bajo la presión del pensamiento democrático y social, la asamblea nacional ha debido aceptar de buen ó mal grado las condiciones de su origen. ¡Podría hoy, al efecto de dominar la crisis, combatir enteramente las doctrinas que ha sancionado! Llamada para legalizar en alguna manera las violencias del comunismo y glorificar la lógica de las barricadas, ha reconocido primero la usurpacion del gobierno provisional sobre la soberanía nacional: despues á su llegada, ha debido fraternizar con los colegas que pretendian la destruccion de la propiedad, de la familia y del orden social, todo entero.

¿Cómo pues, ahora, volver inmediatamente sus armas contra su principio! ¡Cómo decir al pueblo, ante el cual antes se prosternaban, y en el cual se habia reconocido el derecho de destruirlo todo para llegar á tomarlo todo: “¡Atrás! ¡habeis sido engañados! ¡Atrás! ¡ó disparamos sobre vosotros!”

Y el presidente de la cámara anuncia oficialmente que la *Francia entera*, al igual de Paris, esa activa y noble *Francia* que despues de tantos años combatia por una *libertad absoluta*, acaba hoy, baja la cabeza é hincada la rodilla, de pedir á grandes voces el *estado de sitio*, es decir, el *régimen del sable* y el reinado de *me da la gana!*

¡Jóven y santa república! ¿dónde has ido!

¡Oh! y que bien comprendió á lo que conduciría la revolucion de Julio y sus máximas, el célebre escritor que descansa en este momento en la desierta roca del *Grand Bé!*

Oigamos su voz profética; sale de la misma tumba.....

“Si el movimiento de Lyon (esto fué escrito en 1831) hubiese sido político, se hubiera llevado la cuasi-legitimidad, sus ministros, servidores, espías y consocios. Este movimiento no ha sido mas que social; no mina mas que los fundamentos de la sociedad. ¡Dios sea loado! ¡Aplaudid!

“¡Pero he aquí llegar la invasion de la propiedad!.... A mas, cuando cada ciudadano cultive por sí mismo las dos ó tres fanegas de tierra necesarias á la manutencion de su familia; cuando se haya llegado á la particion por partes iguales de la propiedad y de la inteligencia; cuando todos los goces del lujo y del espíritu, teatros, fiestas, imaginacion, poesia, hayan enteramente perecido; cuando ninguna gran empresa, ningun gran movimiento pueda ni formarse ni elevarse á causa del nivel de las fortunas: cuando las emulaciones y las pasiones mismas se hayan estinguído en la miseria del hogar doméstico y en la comunidad de las mugeres y de los maridos; cuando se tengan pequeñuelos y no hijos; entonces la sociedad gozará de una felicidad incomparable; pero, á Dios gracias, ¡yo habré ya muerto!”

¡Ah! ¡el gran escritor no existe ya! Ya duerme el hombre ilustre que habia llenado el mundo con su nombre; duerme sobre su poética roca herida por las oleadas del mar y los vientos de la soledad; duerme, lejos de los ruidos de la tierra, solo con el Oceano y Dios!

¿Qué bellos han sido sus funerales!.... Paris, Paris solo se ha mantenido, forzosamente, separado de las solemnidades de su muerte; pero todas las poblaciones del país, de la noble Bretaña sobre todo, se han dirigido á su encuentro, para escoltarle hasta su última morada. Allí de en medio de las apretadas filas, salian no esas aturdidoras aclamaciones al famoso poeta: *Fué grande, fué glorioso*; sino ese simple homenaje al realista cristiano: ¡¡¡*fué fiel!!!*

Y, poco despues, sin embargo, el ciudadano Prudhom, representante del pueblo, procurando confirmar las proféticas palabras de Chateaubriand, leia estas asombrosas frases en la tribuna legislativa:

“La abolicion de la propiedad ha sido pronunciada por la revolucion de Febrero.... La propiedad no existe ya: no se hace mas que tolerarla; no es mas que provisional. La república matará la propiedad, ó la propiedad matará la república.....”

Entre esto, ¡¡¡que escoja la Francia!!!

## XI.

GENTE hay entre nosotros hoy que no mira á los propietarios mas que como administradores de circunstancias y á las autoridades mas que como aves de paso. Gente que no se inclinará ni ante el sillón del presidente de la república ni ante el trono del hijo de San Luis. No quieren ni *derecho* ni *dueño*.

Otros hay, al contrario, que constantemente fieles al poder sea cual

fuere, se prosternan y cumplimentan, como por costumbre, el *no importa quien* que gobierne. Esas inamovibles fidelidades á todo lo que manda, habian hecho una humilde reverencia á la librea de Orleans; lo mismo gritarian: ¡ *Viva Henrique V!*

Hay otros en fin que no aceptan ni saludan mas que lo que se presenta digno de la primera de las naciones. Les es precisa la libertad sin esceso, la seguridad sin opresion, la confianza indispensable en el comercio, el comercio necesario al trabajo, el trabajo necesario á la comodidad, la prosperidad de la agricultura, la reduccion de los impuestos, y la paz tanto en el interior como en el exterior. El gobierno que pudiera dar al pais esas garantías y esos beneficios, sería el gobierno al cual se someterian con transporte y gratitud. ¡ Muéstrese y le bendecirán!

Yo formo parte de estos últimos.

¿ Pero la república de Febrero nos da lo que le pedimos? ¿ Nos ha traído verdaderamente, segun su promesa, el reinado de las tres santas hermanas: *Libertad, Igualdad, Fraternidad?* ¡ Ay! Febrero ha engendrado á Junio; la *libertad* nos ha conducido al *estado de sitio*; la *igualdad* á la *dictadura*; la *fraternidad* á la mas espantosa *matanza* de los tiempos modernos.

Y sin embargo, recientemente aun, leíanse las siguientes inscripciones en las paredes de las Tullerías:

—“¡ Gloria á la república de 1848! que no verterá ni una gota de sangre.

—“¡ 24 de Febrero! ¡ fecha de gloria, de libertad, de dicha, de fraternidad!

—“¡ No mas miseria! —¡ Honor al trabajo!

—“ Ningun esceso de ningun género.

—“ Triunfo de la humanidad.”

Y en tanto que esas lisonjeras palabras buscaban medio de inmortalizar el gobierno provisional.

—“ Yo era republicano de la vispera, decia el célebre Beranger, no lo soy del dia siguiente.”

Y el grito general era éste:

—“ Todo, primero que esto.”

“ Hablando propiamente, decia con razon el famoso abate de Pradt, no ha habido mas que dictaduras en Francia, desde 1789 hasta la restauracion. La asamblea constituyente, *dictadura*; el directorio, *dictadura*; el consulado y el imperio, *dictadura*; ¿ y dónde estaba la *libertad?* ”

Hé nos ahí, pues, en el viejo régimen; y se nos promete una *era naciente*.

Creemos encumbrarnos hácia las esferas nuevas de lo alto; giramos solo en los mismos círculos de aquí abajo. Semejante estado no puede durar.

La Francia se agita, y Dios la guia. La Francia está cansada de esas ambiciones de baja clase, de esos republicanos de la vispera, sin mas fin que el ser los mandarines del dia siguiente, de esas prodigalidades de empleos y de esas dilapidaciones de hacienda, que, á cada revolucion, la entregaban á la rechifla de la Europa. En otro tiempo, decian, teníamos el despotismo templado por canciones; hoy tenemos la anarquía templada por el cañon. ¿ Es progreso acaso?

—“ ¿ Cantan? preguntaba Mazarin. *Pues pagarán.* ”

¡ Ay! ¿ y hoy qué hacemos? *Pagamos*, y ni siquiera *cantamos*.

¿ Cuáles son los goces actuales? Poder hacer decir por el telégrafo á las provincias alarmadas (el 14 de Julio por ejemplo, aniversario de insurreccion): ¡ *Buenas noticias! ya no hay barricadas*: es decir: *Todo va que no puede ir mejor. Paris no ha sido saqueado.*

¿ Se nos acabará de dar por fin un gobierno estable y sólido?

Se busca, se espera, se aguarda.

Y en verdad, hombres eminentes existen en Francia capaces de dirigir los negocios públicos. No nos faltan ni administraciones, ni guerreros, ni poetas, ni sabios. Pero, entre los grandes ciudadanos nacidos en el suelo sagrado de la patria, uno solo cuenta sesenta y cinco reyes entre sus abuelos; uno solo ha visto su raza mezclarse de una manera tan íntima á todo y á todos, que la historia de sus antepasados ha llegado á ser la del pais. Este, por lo demas, es intachable.

Doce siglos pasados, de altos hechos y de honor irradiante al derredor de su jóven cabeza. Removiendo la cadena de las tradiciones francesas, enlaza lo pasado al presente y al porvenir. Sus padres y los nuestros han combatido juntos en mil campos de batalla. Juntos han llevado por toda la Europa el formidable y glorioso nombre de Francia; en Tiro, en Tiberiada, en Ptolemaida, en Antioquia, en Asia, en Africa, juntos han arrosado la muerte por su patria y por su Dios; juntos, espulsando al inglés de su territorio nacional, han cortado con su espada atrevidamente el mapa de Francia; juntos, en fin, han hecho del modesto patrimonio de Clovis el mas hermoso reino que ilumina el sol.

Pero no bastaba aún con que nos diera la supremacía y la gloria. La monarquía francesa nos dió la independencía y la libertad. Ella fué quien emancipó las municipalidades; ella fué quien tomando constantemente partido por el pueblo contra los grandes vasallos, venció y sujetó al feudalismo.

Ella fué quien restauró las artes, fomentó las letras, y quien colocó á la

Francia poética en primera línea en las naciones, como lo estaba ya la Francia guerrera (1).

La civilización entre nosotros ha marchado en línea paralela con el trono; de ello resulta que la primera haya sido herida siempre que ha sucumbido el segundo.

Que la ignorancia brutal ó los intereses privados se encarnicen en vedar esa gran línea de cabezas coronadas, á las cuales nuestro país ha debido su gloria, es cosa que se concibe y se explica. Pero la parte sana de la Francia, de la nación más ilustrada del universo, sabe hoy perfectamente hacer justicia á todo lo que ha sido grande y digno de ella. La tierra del heroísmo, no puede ser la de la ingratitud.

¡*Democracia! ¡aristocracia!* Con estas palabras, á menudo no comprendidas por aquellos mismos que de ellas se sirven, es como han atacado la monarquía. Una *democracia*, reinando á la manera de los niveladores de la época, no fundaría sin embargo una sociedad, ni más ni menos que granos de arena no elevarían un edificio. En cuanto á la *aristocracia*, todos pueden formar parte bajo un trono que llame á su lado todos los méritos y recompense todos los servicios. Ahora bien, la suerte de elevarse en una monarquía es mucho más halagüeña donde hay escalones que subir que la certeza de ser igual de todo el mundo donde nadie es algo.

Cuando se sale del principio de la herencia, escojer es escluir; porque al lado del ciudadano elevado al poder se encuentran ciudadanos dignos de ser preferidos: donde todos tienen derechos poco más ó menos semejantes, cada derecho prepara un huracán; y cada huracán desastres. Nunca se tiene libertad donde el prójimo es demasiado libre. En cuanto á la *igualdad* absoluta, nada elevado puede tener lugar en el régimen donde está proscrita la supremacía. La naturaleza, en sus obras admirables, no procede más que por contrastes, oposiciones, diferencias; y solo es por la *desigualdad* por lo que hace grandezas, armonías, maravillas.

No olvidemos nunca que renovar es casi siempre destruir. ¡Cuán tristes son las épocas en que el orden solo á fuerza de desorden puede establecerse, en que la justicia pretende formarse con la rebelión, y en que la libertad no se cree posible sino apoyada en la tiranía!

El sello de las revoluciones, parecido al del error, es casi siempre la impotencia; las máximas de derribo no pueden ser creadoras; siendo la destrucción su arma, la disolución es su fin.

En cuanto al trono, un rey no se hace en Francia, es ya creado por los tiempos; ser ideal más bien que positivo, se compone de siglos y de tra-

(1) Se atrevería á decirse que bajo el trono la prensa no tenía ninguna libertad, cuando en el siglo XV se han publicado los escritos de Montaigne, en el XVII los pensamientos de Corneille y en el XVIII las obras de Voltaire!

diciones; tiene su origen en los decretos del pasado; su existencia en las costumbres del país; su perpetuidad en los beneficios de la monarquía. La usurpación no es el trono, como el fuego de la tempestad no es la luz del día, la una es rayo, el otro es sol.

¿Aquel cuyo nombre está en el corazón de muchos y en el pensamiento de casi todos, será llamado á resolver un día el gran problema de la regeneración social? . . . .

El porvenir solo nos lo dirá.

Lo que es á lo menos cierto, es que con él reaparecerían la confianza y el crédito, fuentes de la prosperidad pública; es que á su derredor se agruparían todas las grandes fortunas del país; es que todas las fidelidades monárquicas irían á depositar á sus pies, lo mismo sus riquezas que sus vidas; es que ningún poder daría instituciones más amplias y más patrióticas que las que están en su pensamiento; es que, apoyada por él la asamblea nacional no tendría necesidad de cañones, parapetos y bayonetas para resguardar su recinto; es que con él volvería á París todo lo que de más opulento tiene la Europa, de más célebre y de más distinguido; es que los salones de la gran capital pedirían nuevamente obras maestras al comercio y á la industria; es que los artistas encontrarían su genio, y la literatura sus alas; es que los teatros volverían á ver agruparse á sus puertas la muchedumbre, y que la Francia, en fin, no tendría necesidad de escribir en sus paredes y banderas lo que escrito tendría en sus leyes y corazón:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD.

Léjos de mí la idea de provocar nuevos trastornos. Recuerdo lo que decía Henrique de Francia, después de las jornadas de Febrero, á uno de sus fieles servidores:

—“¡Respeto á todo lo que haga la dicha de mi país!”

¿Pero y si la dicha no viene?

¿Todo buen ciudadano, cuando su país sufre, no tiene acaso derecho de dar un consejo? . . .

Nadie hace más justicia que yo á los hombres eminentes del gobierno actual; han hecho inmensos servicios; tienen derecho al reconocimiento general. Que prosigan su noble tarea. Dios y el tiempo acudirán en su ayuda.

Cuando, en lugar de los partidos, se pongan en presencia las ideas; cuando la lucha de los raciocinios sustituya al choque de las espadas; cuando la libertad de la prensa, sabiamente contenida, sea dignamente respetada como una ley más paternal y más concluyente que la guerra civil; cuando inevitables transacciones, en fin, vengán á reunir todos los sistemas y reconciliar todos los corazones, entonces la Francia, verdaderamente regenerada, recobrará el curso de sus destinos inmortales.

No tratemos de hacernos ilusiones, *Febrero* dejará huellas, pero será en provecho de la humanidad. Los gobiernos pasados se habían ocupado demasiado poco de las clases trabajadoras. La suerte de los obreros será de hoy en adelante la seria ocupación de la autoridad soberana. En lugar de corromper los espíritus y comprar votos, se aliviarán dolores y socorrerán miserias; el dinero estará mejor empleado.

No nos ocupemos más de los hombres tan ensalzados del partido social; se les ha visto en su tarea en el poder. Se les ha contemplado y juzgado.

La *descentralización* será también una de las consecuencias de la revolución de *Febrero*. Cansadas están ya las provincias del despotismo de la capital. De aquí en adelante ya no se querrá que se disponga de ellas como de una tierra conquistada. De la misma manera que han sabido defender á París sabrán resistirsele. No será ya dicho que el telégrafo y la posta les espedirán gobiernos creados, y ante los cuales su papel sea simplemente obedecer, inclinar la cabeza y pagar. No querrán ya, en fin, que un cambio de mano afortunado, ponga á París en poder de algunos obstinados ambiciosos, ó de algún diestro jugador de cubiletes que decidan en el porvenir de la suerte de la Francia entera.

Lo repito, no falta á los que nos gobiernan ni el talento ni el patriotismo. Prontos á sacrificarse á la dicha del país, no hay camino que su lealtad no consienta en tomar cuando la prueba actual haya cumplido su tiempo y cuando hayan reconocido definitivamente hácia que lado deben dirigirse para gloria y salud de la Francia.

Olvidemos pues esos días de delirio; no recordemos más que los rasgos de heroísmo que han brotado y los ejemplos que estos nos han dado.

Los trabajadores descarriados á quienes la falta de trabajo y de pan, lanzaban en desorden y al crimen, ¿no tienen derecho á la misericordia de sus conciudadanos? ¿Quién no tiene más ni menos culpas que echarse en cara en las deplorables confusiones de nuestros últimos años? Alarguemos la mano á los hermanos culpables. Dos grandes deberes hay en la vida para el alma inteligente y cristiana: *el perdón y la caridad*.

Y aquí debemos decirlo: nunca la monarquía francesa se ha mostrado ávara de esos grandes actos de amnistía que la historia consigna con placer. ¿Será más sin piedad la república que el trono?

Que se me permita, ya que de esto hablamos, reproducir algunas páginas publicadas en 1833, en las que describía la entrada de Carlos VII en su capital después de los largos desastres del reino. Hay en ellas más que hechos históricos: hay generosos ejemplos.

## Entrada de Carlos VII en Paris.

.....  
 “...Cada día de nuevos motines hacen presentir su próximo fin al poder nacido de la rebelión; el juicio público ha hecho por fin justicia acerca del famoso trono y del famoso patriotismo: París llama á su salvador.

“ Esto es hecho: los mismos hombres que habían arrojado la monarquía legítima y que habían perdido en ese triunfo su reposo, su fortuna y su reputación, vuelven en fin á la voz del honor; decídense noblemente á retirar la nave del Estado de los mares tempestuosos donde la había lanzado su extravío..... La clase media vuelve á empuñar las armas....  
 ; *Libertad!* ; *legitimidad!* esclama el pueblo emancipado; y la usurpación, anonadada, entra en el olvido por los siglos (1).

“ ¡Oh, quién sería capaz de pintar las alegrías de la Francia! Nunca revolución alguna había sido tan grande, tan rápida y tan completa; pocos alborotos, ningún desorden; poca sangre derramada; ni un solo crimen. No era un nacimiento de rebelión, era una reconciliación de familia; había unión en las voluntades porque estaban de acuerdo los intereses; cada uno trabajaba para sí mismo, después de haber arrojado al *rey de los franceses* reconquistando al *rey de Francia*. El triunfo parisiense era esta vez el triunfo nacional, la paz, la industria, las artes, el comercio; la dicha y la independencia desterradas tras de su augusto protector, entraban nuevamente en los hogares domésticos con el trono hereditario. Todas las campanas iban al vuelo, pero no se oía el rebato, el pueblo estaba ebrio de alegría; sentíase rehabilitado á sus propios ojos; un instante de ceguera le había perdido, un día de justicia le salvaba.

“ París corre al encuentro de su príncipe. Carlos VII, joven y gallardo, cabalgando en un soberbio corcel cubierto de una gualdrapa de terciopelo azul, sembrada de flores de lis de oro, torna por fin á ver su capital. Su bandera ha permanecido sin tacha. Las armas de Francia resplandecen en su broquel. ¡Ah, en cualquiera espantosa posición á que haya podido arrojarle la suerte, jamás se ha visto á ese noble príncipe raspar cobardemente el escudo nacional para acariciar viciosos furores y complacer á mezquinos odios: Carlos era un verdadero hijo de Francia.

(1) Vide Monstrelet. *Juvenal des Ursins, Villaret*; La Francia bajo sus reyes, &c.

No tratemos de hacernos ilusiones, *Febrero* dejará huellas, pero será en provecho de la humanidad. Los gobiernos pasados se habían ocupado demasiado poco de las clases trabajadoras. La suerte de los obreros será de hoy en adelante la seria ocupación de la autoridad soberana. En lugar de corromper los espíritus y comprar votos, se aliviarán dolores y socorrerán miserias; el dinero estará mejor empleado.

No nos ocupemos más de los hombres tan ensalzados del partido social; se les ha visto en su tarea en el poder. Se les ha contemplado y juzgado.

La *descentralización* será también una de las consecuencias de la revolución de *Febrero*. Cansadas están ya las provincias del despotismo de la capital. De aquí en adelante ya no se querrá que se disponga de ellas como de una tierra conquistada. De la misma manera que han sabido defender á Paris sabrán resistirsele. No será ya dicho que el telégrafo y la posta les espedirán gobiernos creados, y ante los cuales su papel sea simplemente obedecer, inclinar la cabeza y pagar. No querrán ya, en fin, que un cambio de mano afortunado, ponga á Paris en poder de algunos obstinados ambiciosos, ó de algun diestro jugador de cubiletes que decidan en el porvenir de la suerte de la Francia entera.

Lo repito, no falta á los que nos gobiernan ni el talento ni el patriotismo. Prontos á sacrificarse á la dicha del país, no hay camino que su lealtad no consienta en tomar cuando la prueba actual haya cumplido su tiempo y cuando hayan reconocido definitivamente hácia que lado deben dirigirse para gloria y salud de la Francia.

Olvidemos pues esos días de delirio; no recordemos más que los rasgos de heroísmo que han brotado y los ejemplos que estos nos han dado.

Los trabajadores descarriados á quienes la falta de trabajo y de pan, lanzaban en desorden y al crimen, ¿no tienen derecho á la misericordia de sus conciudadanos? ¿Quién no tiene más ni menos culpas que echarse en cara en las deplorables confusiones de nuestros últimos años? Alarguemos la mano á los hermanos culpables. Dos grandes deberes hay en la vida para el alma inteligente y cristiana: *el perdón y la caridad*.

Y aquí debemos decirlo: nunca la monarquía francesa se ha mostrado ávara de esos grandes actos de amnistía que la historia consigna con placer. ¿Será más sin piedad la república que el trono?

Que se me permita, ya que de esto hablamos, reproducir algunas páginas publicadas en 1833, en las que describía la entrada de Carlos VII en su capital después de los largos desastres del reino. Hay en ellas más que hechos históricos: hay generosos ejemplos.

## Entrada de Carlos VII en Paris.

.....  
 “...Cada día de nuevos motines hacen presentir su próximo fin al poder nacido de la rebelión; el juicio público ha hecho por fin justicia acerca del famoso trono y del famoso patriotismo: Paris llama á su salvador.

“ Esto es hecho: los mismos hombres que habían arrojado la monarquía legítima y que habían perdido en ese triunfo su reposo, su fortuna y su reputación, vuelven en fin á la voz del honor; decídense noblemente á retirar la nave del Estado de los mares tempestuosos donde la había lanzado su extravío..... La clase media vuelve á empuñar las armas....  
 ; *Libertad!* ; *legitimidad!* esclama el pueblo emancipado; y la usurpación, anonadada, entra en el olvido por los siglos (1).

“ ¡Oh, quién sería capaz de pintar las alegrías de la Francia! Nunca revolución alguna había sido tan grande, tan rápida y tan completa; pocos alborotos, ningún desorden; poca sangre derramada; ni un solo crimen. No era un nacimiento de rebelión, era una reconciliación de familia; había unión en las voluntades porque estaban de acuerdo los intereses; cada uno trabajaba para sí mismo, después de haber arrojado al *rey de los franceses* reconquistando al *rey de Francia*. El triunfo parisiense era esta vez el triunfo nacional, la paz, la industria, las artes, el comercio; la dicha y la independencia desterradas tras de su augusto protector, entraban nuevamente en los hogares domésticos con el trono hereditario. Todas las campanas iban al vuelo, pero no se oía el rebato, el pueblo estaba ebrio de alegría; sentíase rehabilitado á sus propios ojos; un instante de ceguera le había perdido, un día de justicia le salvaba.

“ Paris corre al encuentro de su príncipe. Carlos VII, joven y gallardo, cabalgando en un soberbio corcel cubierto de una gualdrapa de terciopelo azul, sembrada de flores de lis de oro, torna por fin á ver su capital. Su bandera ha permanecido sin tacha. Las armas de Francia resplandecen en su broquel. ¡Ah, en cualquiera espantosa posición á que haya podido arrojarle la suerte, jamás se ha visto á ese noble príncipe raspar cobardemente el escudo nacional para acariciar viciosos furores y complacer á mezquinos odios: Carlos era un verdadero hijo de Francia.

(1) Vide Monstrelet. *Juvenal des Ursins, Villaret*; La Francia bajo sus reyes, &c.

“A la vista del rey libertador, las aclamaciones populares y los gritos subieron hasta las nubes, era el himno de la libertad.

“La entrada del príncipe en la ciudad de sus padres pareció un triunfo obtenido á la justicia y al honor por el arrepentimiento y el amor. Las calles estaban tapizadas y sembradas de flores. Los pavimentos ensangrentados, que la rebelion habia deshonrado, se habian purificado de sus manchas bajo los pasos del usurpador.

“¡Noel! ¡Noel! gritaba el pueblo; y Paris, desprendiéndose de sus hierros para recobrar su antiguo esplendor, volvía á ser la ciudad reina del mundo (1).

“Habianse convocado los estados generales, ese gran recurso de los grandes pueblos. El poder legítimo tiene solo la fuerza y los medios de dar la verdadera libertad. Ninguna franquicia posible fué negada á la nacion; ninguna venganza turbó las alegrías de la feliz restauracion. No puede haber culpables donde cada uno lo fué mas ó menos. ¿Hay posibilidad de reproches donde ha habido comunidad de errores? Un perdón general y mútuo cicatriza todas las llagas. Carlos VII, olvidando los golpes dados á su dinastía, no quiso recordar mas que los servicios hechos al Estado. Distribuyó sus favores entre todos los que se habian mostrado grandes y superiores, aun entre sus enemigos. Carlos habia aprendido en la escuela de los infortunios cómo debe un rey soportar la prosperidad. La alegría fué general por todas partes, escepto en Inglaterra; porque la Francia recobró el interrumpido curso de sus triunfos en todo género. La paz y la dicha volvieron á florecer; la usurpacion y la peste habian pasado. ....”

Y el pais decia: ¡Dios lo quiere!

(1) Monstrelet, Juvenal del Uricus, Diario de Carlos VII, Diario de Paris bajo el reina dode Carlos VII, Memorias de Richemont y todas las historias de Francia.

## BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR.

CONTINUACION A,

# DIOS LO QUIERE

POR EL VIZCONDE DE ARLINCOURT.

## PLAZA AL DERECHO.

PRIMERA PARTE: LA REVOLUCION Y EL ELISEO.—SEGUNDA PARTE: EL TRONO Y FROHSDORF.

TRADUCCION DE

D. Victor Balaguer.

Todo en fin perecía  
Se presentó Borbón.

VOLTAIRE.



FIN. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

1851

“A la vista del rey libertador, las aclamaciones populares y los gritos subieron hasta las nubes, era el himno de la libertad.

“La entrada del príncipe en la ciudad de sus padres pareció un triunfo obtenido á la justicia y al honor por el arrepentimiento y el amor. Las calles estaban tapizadas y sembradas de flores. Los pavimentos ensangrentados, que la rebelion habia deshonrado, se habian purificado de sus manchas bajo los pasos del usurpador.

“¡Noel! ¡Noel! gritaba el pueblo; y Paris, desprendiéndose de sus hierros para recobrar su antiguo esplendor, volvía á ser la ciudad reina del mundo (1).

“Habianse convocado los estados generales, ese gran recurso de los grandes pueblos. El poder legítimo tiene solo la fuerza y los medios de dar la verdadera libertad. Ninguna franquicia posible fué negada á la nacion; ninguna venganza turbó las alegrías de la feliz restauracion. No puede haber culpables donde cada uno lo fué mas ó menos. ¿Hay posibilidad de reproches donde ha habido comunidad de errores? Un perdón general y mútuo cicatriza todas las llagas. Carlos VII, olvidando los golpes dados á su dinastía, no quiso recordar mas que los servicios hechos al Estado. Distribuyó sus favores entre todos los que se habian mostrado grandes y superiores, aun entre sus enemigos. Carlos habia aprendido en la escuela de los infortunios cómo debe un rey soportar la prosperidad. La alegría fué general por todas partes, escepto en Inglaterra; porque la Francia recobró el interrumpido curso de sus triunfos en todo género. La paz y la dicha volvieron á florecer; la usurpacion y la peste habian pasado. ....”

Y el país decia: ¡Dios lo quiere!

(1) Monstrelet, Juvenal del Uricus, Diario de Carlos VII, Diario de Paris bajo el reina dode Carlos VII, Memrias de Richemont y todas las historias de Francia.

## BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR.

CONTINUACION A,

# DIOS LO QUIERE

POR EL VIZCONDE DE ARLINCOURT.

## PLAZA AL DERECHO.

PRIMERA PARTE: LA REVOLUCION Y EL ELISEO.—SEGUNDA PARTE: EL TRONO Y FROHSDORF.

TRADUCCION DE

D. Victor Balaguer.

Todo en fin perecía  
Se presentó Borbón.

VOLTAIRE.

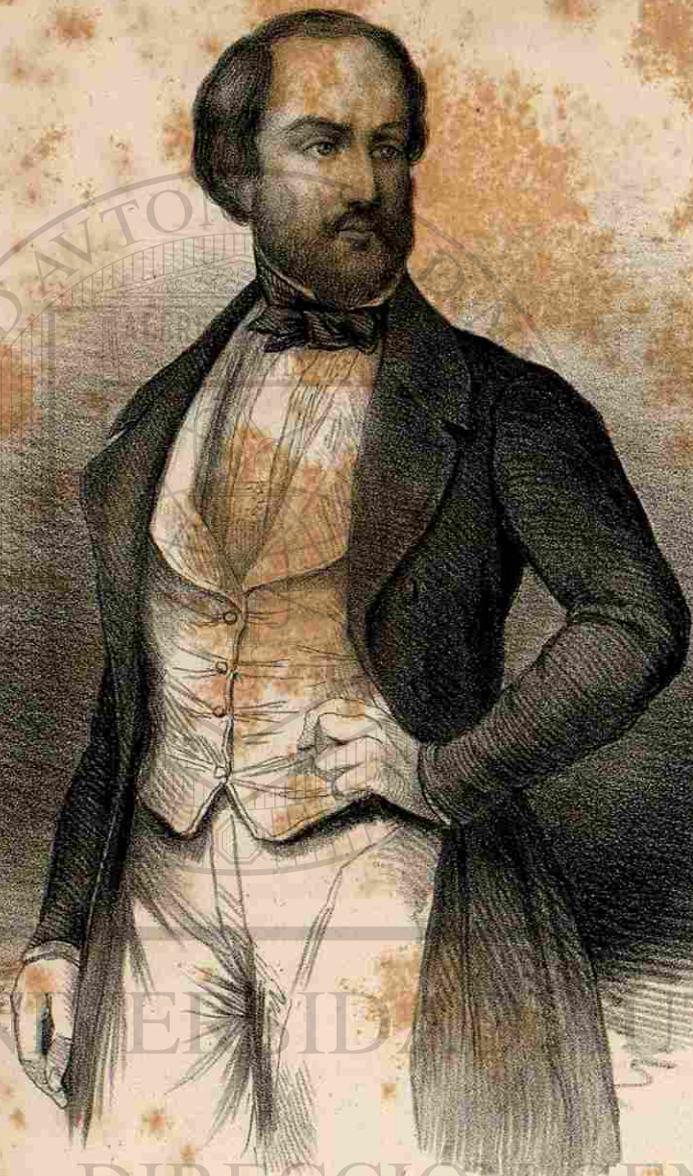


FIN. DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.

TIPOGRAFIA DE R. RAFAEL, CALLE DE CADENA NUM. 13.

1851



CONDE DE CHAMBORD.

Rafael y Vila Editores

## PLAZA AL DERECHO.

Hubo un tiempo en que la caballería, armada para defensa de la viuda y del huérfano, iba por todas partes, desfaciendo agravios y defendiendo las máximas de la moral y de la religión. Entonces, en medio de los desórdenes que esforzadamente combatía, exclamaba: "Plaza al derecho!"

Demasiado, y por demasiado tiempo, en los deplorables ensayos de nuestras revoluciones, se ha hecho "plaza" á la rebelion, al terror, á la usurpacion, á la demagogia, á la corrupcion, al socialismo, á todas las monstruosidades que tienden á derribar el orden social de arriba abajo. "Plaza" ya, hágase "plaza", á su vez, al honor, á las virtudes, al orden, al respeto debido á la propiedad, á la familia, á todos los principios que solidan, honran y hacen prosperar las naciones: en una palabra, en fin, "plaza al derecho!"

"Dios lo quiere," título de mi última produccion, era, cuando las cruzadas, el grito de guerra contra los infieles y la invocacion al supremo Juez. "Plaza al derecho" en nuestros dias de discordia, tiene la misma significacion, el mismo fin, la misma esperanza. Es, bajo un cambio de espresiones, la continuacion de un pensamiento semejante. Es, en otras palabras, el mismo título; "Plaza al derecho ¡Dios lo quiere!"



## PRIMERA PARTE.

### La Revolución y el Eliseo.

#### CAPITULO I.

##### Citas y Reflexiones.

—“No hay nación en el mundo, decía Carlos Quinto, que mas haga para su ruina, que la nación francesa; y sin embargo, todo acaba por presentársele favorable, por la particular proteccion que dispensa Dios al rey y al reino.”

Carlos Quinto se espresaba así porque no preveía una república en Francia.

—“La república es cosa cierta, dice M. Guizot, no se cuenta aun hasta aquí entre los gobiernos serios del pais. (1)”

Muy bien; y sin embargo, por una parte, qué cosa mas seriamente legal que un sufragio universal que ha dado mas de seis millones de votos á Luis Napoleon!

Si, pero, por otra parte, ¿hay algo mas singularmente irregular que el nombramiento del presidente de la república sometido á la sancion del pueblo, mientras que aun no lo ha sido la misma república?

A esto, M. Proudhon nos ha contestado:

“La república es superior al voto universal, porque un pueblo no tiene el derecho de no querer la república. (2)”

Esto es lo sublime . . . de lo burlesco.

(1) Guizot. Abril de 1849.

(2) *El pueblo*, diario de Proudhon. Abril de 1849.

Nada mejor que las citas para comprender bien á los hombres y sobre todo para juzgar bien las épocas. Nuestra primera república que segun el autor de *Los Girondinos*, "no tenia mas que una sola institucion: *la guillotina*... y cuyo gobierno no fué mas que un *largo asesinato* (1)" entusiasmaba de tal manera al ciudadano Marat, que exclamaba:

"—Lo sacrificaria todo, hasta mi reputacion! hasta mi honor (2)."

El honor del verdugo *Marat* (3)!

Convengamos en ello: nuestra república actual es menos admirada de sus fundadores. M. Proudhon la ha pintado así:

"—Un presidente incapaz; un ministerio impotente; una asamblea ignorante; hay en ello con que perder *diez naciones* (4).

Es decir *diez repúblicas*. ¡Diez, el número de las plagas de Egipto!

Qué cosa es nuestra república? dicen los hombres de la bandera roja.

"—Es un maniquí vacío que será el objeto de la rechifla y del desprecio, si el pueblo no corre á colocarse en este maniquí para darle un "cuerpo y un alma (5)."

El mismo señor general Cavaignac confiesa que la que nos habia sido concedida por los *quinqueviros del provisional*, habia sido un *parto doloroso y penoso*.

"—Afortunadamente, añade, he aplicado el *forceps*, y esto ha salvado á la criatura (6)."

Por desgracia, á pesar del buen éxito quirúrgico de tan laborioso parto, "*la madre y el niño siguen mal*."

Pero el general Gavaignac que no censura el terror, que otorga recompensas nacionales al asesinato, (7) y que dice estar orgulloso de su padre [ya sabéis quién] tambien ha reparado sin embargo, que muchas gentes encontraban el parto de Febrero *una cosa mala*.

"—A esos, exclama, les haremos una guerra de hombres *irreconciliables*; sacrificaremos en ello hasta NUESTRO MISMO HONOR!

Magnífico, pero es un plagio. Ciudadano Cavaignac! no debiais por eso robar las frases del ciudadano Marat. Yo estoy siempre en todo porque se dé *al César lo que es del César*.

Junio de 1848 habrá incontestablemente sido en nuestros anales una

(1) *Los Girondinos*, tomo VII pag. 285 y 146.

(2) *Historia de los Montañeses*, Alfonso Esquiros, tom. 2 pag. 208.

(3) El ciudadano Marrast ha hecho despues, en estas palabras, el panegírico del ciudadano Marat: *la lógica le absuelve y el drama del día le esplica*... *Se hizo el sacerdote de la multitud*. (*Opinion pública* 7 de de Agosto 1848.)

(4) Proudhon, diario *El pueblo*.

(5) Diario *La verdadera república*, 6 de Abril.

(6) Sesión de la Asamblea Nacional, Setiembre de 1848.

(7) "—Si en efecto habeis firmado,—le escribia el general Fabrier,—el proyecto de decreto, publicado por los periódicos, concediendo recompensas nacionales al asesinato, por mas que os eleve la Francia á la presidencia, yo declaro rehusar mi obediencia á todo gobierno del que seáis." (7 de Diciembre de 1848.)

página terrible y nefasta. Qué ha pensado el cantor de Elvira y de Robespierre? Esto:

"—Esas matanzas no eran evidentemente mas que un gran aturdimiento *popular* [1]."

He ahí una cosa que *aturde* la razon.

"—La reparticion de las tierras es la esencia de *la democracia*, escribia Montesquieu en 1748."

Despues J. J. Rousseau ha dicho:

"—El gobierno del pueblo, *la democracia*, es imposible en los grandes Estados, y dudo que haya nunca existido en alguna parte."

En fin, un publicista de nuestra época se ha espresado en estos términos:

"—La república quiere la democracia; el socialismo. El socialismo es la muerte: luego la república conduce á la destruccion. (2)."

Reflexiones de *El Nacional*, monitor de la comision ejecutiva:

"—Antes del 24 de Febrero, la mayoria de la nacion no era ciertamente republicana; nunca nos hemos hecho tocante á esto ninguna ilusion (1849)."

Luego, se ha instituido la república á pesar de la nacion. Tomemos nota de esta confesion.

Hay quien se imagine que el patriotismo consiste en querer el bien del pais, en consultar sus voluntades, y en hablarle francamente: error. No olvidemos nunca las palabras del ciudadano *Ledru Rollin*, nuestro Catilina, menos la espada:

"—¿Pensais acaso que se hacen las revoluciones diciendo el objeto por que se hacen? No. Apodéranse de todas las circunstancias que pueden conmovier la opinion pública y con ayuda de un *cambio de mano*, se derriba al gobierno (3)."

"—¿En provecho de quién? si os place."

*Comus* no responde á esto.

Despues del robo de Julio, el *cambio de mano* de Febrero, nada mas lógico sin duda; y sin embargo M. Garnier Pagés, dirigiéndose á las casas consistoriales el 24 de Febrero, á las cuatro de la tarde, se espantaba del nuevo *juego de manos* al ejercicio del cual iba á entregarse.

"—¿Qué vamos á hacer? le decía tristemente á uno de sus colegas durante el tránsito. ¡Ah! ¡¡¡ si al menos, no fuere la *república* !!! (4)."

(1) El señor de Lamartine en el tribunal superior de Bourges.

(2) De la *República democrática*. Lourdoneix. Paris, 1849.

(3) Ledru Rollin en el tribunal supremo de Bourges.

(4) *Opinion pública*, 10 de Julio de 1849.

M. Francisco Arago, candidato en el 6º colegio electoral de Paris, decía en 1837 en una asamblea:

—“Un elector me pregunta si yo estoy por la república. Su pregunta nada de preciso tiene. Platon ha definido un gran número de repúblicas. ¿De cuál quiere hablar? (*Risa general.*) Pero yo voy al fondo del pensamiento, y tomando la cuestion en su sentido general, digo: Si yo tuviera la república en una mano, y de mi dependiera el dejarla salir, no, no abriría la mano para dar la república á la Francia.” (*Vivas aclamaciones.*)

M. Francisco Arago y los suyos, despues, han abierto todas sus manos á un mismo tiempo y han dejado caer toda clase de repúblicas. ¿Era abundancia de bienes?... Los procesos de Bourges y de Versalles nos han edificado perfectamente cuánto á este punto poniéndonos de manifiesto las ignominias monstruosas del *pandemonium* de Febrero.

Segun M. Proudhon, que nos asegura que Jesucristo fué el *primero de los socialistas*, no puede haber verdadera república sin democracia social. Ahora bien, ¿qué es socialismo? El mismo ciudadano va á enseñárnoslo:

—“El socialismo puede ser considerado como un poder que obra en razon directa de su unidad é inversa de su estension (1).”

En buena hora. He ahí una definicion clara y sencilla que se apodera del espíritu con tanta vivacidad como plenitud. No tendrá quizá esta el mismo éxito que su famosa máxima: *La propiedad es el robo*. Pero esta que habia sido publicada en 1780 por M. Brissot-Warville (2) era tambien una frase robada.

Dad pues cosas nuevas á la Francia.

¡Nuevas!... ¡Ay! Los Cabet, Proudhon, Pedro Leroux y consocios no nos han regalado hasta aquí mas que con repeticiones gastadas, con lamentables cosas viejas.

Aténas tenia sus repartidores (3); Roma tuvo su *ley agraria* (4); Florencia, en la edad media, fué invadida por las ideas socialistas. El comunismo es viejo como el mundo: ocupó á Pitágoras. Se le encuentra en Italia, en Esparta, en Judea y hasta en los *budhistas* de la India. Platon ha hablado de él en su *República*; Campanella en su *Ciudad del sol*; Harrington en su *Oceana*; Pechmeja en su *Thelefo*; Morelli en su *Código de la naturaleza* y Babœuf en sus *Iguáritarias*.

(1) *Diario El pueblo*. Junio de 1849.

(2) *Biblioteca del legislador*: Indagaciones filosóficas sobre el derecho de propiedad y de robo. Brissot-Warville.

(3) *Aristófanes se burla en su comedia*: Los haraganes.

(4) Ciceron se desencadena contra los comunistas de su tiempo. Véase su tratado de *Officiis*.

—“Mis queridos amigos, escribia Marat el 26 de Enero de 1793, uníos en fuerzas y repartíos las tierras y las riquezas [1].”

Y bien! nosotros queriamos *progreso* y nada mas retrógrado que *Febrero*. Qué nos ha ofrecido como nuevo? Las anticuadas imitaciones de los clubs, de las secciones, de los banquetes y de los juegos de pelota; las cargas arrojadas á la escoria de los Danton, los Marat, los Saint Just, los Camilo Desmoulins y los Fouquier Tinville; la ridicula repeticion de paseos democráticos con gorros frígios, picas romanas, banderas rojas y otros oropeles de los viejos guardaropas de Robespierre, la triste renovacion de las plantaciones de árboles patrióticos; una Marsella cacoquimia, una Montaña remendada, un Jacobinismo caduco y las decrepitudes del crimen.

—“Qué pensais de la República francesa?” preguntaban á Kossuth antes de su derrota.

El húngaro se encogió de hombros; y con una sonrisa de compasion, respondió estas lacónicas palabras:

—“Dejad morir en paz á esa vieja!”

## CAPITULO II.

### Cuestiones que resolver.

Y qué! nadie queria república y todo el mundo la ha proclamado?

Pero primero, que es todo el mundo?

En revolucion, *todo el mundo* son las pocas personas que saben, en provecho particular, apoderarse y burlarse de las masas; *todo el mundo* es la minoría engañadora y atrevida anonadando la mayoría vacilante y engañada.

Hay quien pretende que teniamos ultimamente *una monarquía rodeada de instituciones republicanas*, y que, ahora, tenemos *una república rodeada de instituciones monárquicas*. ¡Cuánto ruido para cambiar de sitio algunas palabras!

Sea lo que fuere, nada falta al nuevo gobierno para consolidar su poder; nobles adhesiones se ha conquistado; grandes ilustraciones acuden en su auxilio, y el orden ha reemplazado á la anarquía.

Pero, por desgracia, nacida de los motines y de la insurreccion, la república no ha caminado hasta aquí mas que en medio de insurrecciones y motines; visto que en el terreno de las revoluciones parece tener nece-

(1) *El socialismo* es el estado propietario dando tierras en particion como da empleos, y cambiando el suelo de la Francia en una vasta explotacion de que tuviera la direccion suprema. Ese pretendido progreso, esa burocracia terrena, sustituida á la propiedad, es todo lo que hay de mas retrógrado en el mundo. Es el estado antiguo y moderno del Egipto, infancia de las naciones salvajes ó fin de las naciones decrepitas.

sidad, para vivir, de los elementos que la han constituido. Pertenece á su principio.

Así pues, ¿qué ha ofrecido en espectáculo? Un desórden continuo, una ruina general, á cada instante la guerra civil, dos veces Paris en estado de sitio, un presente sombrío y consternado, un pasado lamentable y sangriento, un porvenir dudoso y triste. Por qué? Porque le falta el sello de la confianza pública y el reconocimiento de los servicios prestados; porque los gobiernos necesitan otra cosa á mas de la fuerza material, necesitan la fuerza moral. [1]

La república de 1793 se habia fundado con el terror; tenia un poder ilimitado, un poder que ningun trono tuvo jamas ni podia jamas tener. Se burlaba de todos los principios, no respetaba ninguna ley, confiscaba, proscribía, estrangulaba sin obstáculos al mismo tiempo que sin escrúpulos. Tenia plena libertad en el despotismo y poder supremo en el crimen. Ningun freno para su voluntad. Con el hacha del verdugo en la mano, orgullosa de su trono de cadáveres, y pisoteando bajo sus plantas á la espantada nacion, se gloriaba de haberse hecho una monstruosa propiedad con todas las abominaciones humanas.

Y bien! armada de esa autoridad sin limites, la precursora de Febrero se mantuvo triunfante en su region de crímenes y desolaciones? Apoyada en esas infamias, permaneció con la cabeza erguida? No. Cayó en el fango y la sangre de que habia salido. Pasó sobre la Francia como el genio de la destruccion, como un meteoro incendiario; y desapareció, aterrada, en medio de las maldiciones del género humano.

Y es que con todas las fuerzas materiales de su imaginacion, no teniendo por sosten ni el honor, ni el derecho, ni la justicia, le faltaba la fuerza moral.

Napoleon, en esa época, llegado del lejano Egipto con un sello misterioso en la frente, no halló ante él mas que ruinas. Era preciso un nuevo edificio. El vencedor de Italia hirió con la punta de su espada á la moribunda república, y el imperio apareció ante la Europa. Cinéndose la diadema coronaba en sí mismo á su ejército. Doble triunfo y doble fuerza.

Bajo este reinado, en que se arrojaba á un lado *la libertad*, como se jugaba con ella bajo la república, no fué la cuestion mas que de *gloria*. El

(1) Sabeis en qué se empleaba el dinero que se devoraba bajo los *Gargantua* de Febrero? M. Marrast hacia espíar á M. Ledru Rollin, que hacia espíar á M. Marrast, que espíaba á M. de Lamartine. Conmovera unanimidad de procedimientos y de confianzas!  
(Véase la relacion de M. Ducos en la cámara de los representantes. 1849.)

imperio se fundaba sobre ella, y el conquistador vivia de conquistas. Pero se gastaba en las victorias. Llegó un dia en que los cuatro vientos del cielo y de la tierra arrebataron la tienda del héroe, esa radiante tienda europea que se habia tomado por un monumento imperecedero y que no era mas que una fantasmagoría maravillosa. La fortuna se le declaraba contraria, todo le faltó repentinamente á un mismo tiempo. El hombre de los milagros no apareció mas que como el hombre de la usurpacion. Todos se decian, al pié de su famosa columna, que no habia subido allí á tal altura para dominar el siglo, mas que para pisotear la especie humana con su talon de bronce. El prestigio quedó roto cuando se hubo roto la espada. El Aladín de los dias de Austerlitz y de Marengo, habia perdido su lámpara maravillosa; se apagó en medio de sus esplendores, sin igual en el trono, sin igual en la historia, príncipe único entre los príncipes, pasó sin abuelos y sin raza. Nada antes ni nada despues. No quedó de él mas que su nombre... su tumba y su inmortalidad.

Habia tenido la tierra en sus manos; pero la tierra cubierta de escombros. Sus laureles sin número y tan bellos, cierto es que las habia visto crecer y reverdecer... pero con las lágrimas de las familias y en un suelo abonado con la sangre de las víctimas. Su gloria, encendiendo el fuego en los cuatro ángulos de la tierra, se habia parecido á esa estatua de Moloch en cuyo cuerpo se arrojaban las generaciones nacientes: habia vivido de la muerte. Así es que, cuando el gran segador de los campos de batalla fué tristemente á sentarse en la roca del destierro, minada por las olas del Atlántico, el mundo, como una llanura segada, quedó desierto detrás de él.

El, mas que nadie aquí abajo, lo habia sin embargo sometido todo á su voluntad; pero no habia tenido fé mas que en las fuerzas gubernamentales de que se habia rodeado; habia arrojado bajo el tajo del sable y de la arbitrariedad el poder de las ideas y de los principios. Sus hazañas participaban de lo prodigioso; pero, á través de los ruidos de su nombradía, tan estrepitosos como el trueno, habíase oído el sordo gemido de las naciones y los sollozos lamentables del pueblo. Cayó porque siendo el órden moral al órden material lo que al cuerpo el alma, el segundo no podia ser duradero sino apoyándose en el primero. Los dos le faltaron al mismo tiempo,

Pasemos al rey Luis Felipe.

El establecimiento de Julio tenia un ejército numeroso, generales aguerridos, una policia poderosa, fortificaciones inespugnables, arcas llenas de dinero y cámaras adictas. ¿Cómo, pues, con semejantes medios todos los sueños dorados de 1830, toda la luna de miel del rey ciudadano, habian podido desvanecerse como vergonzosas decepciones? Es que,

negacion de todo principio, á ese cuerpo le faltaba un alma. Ese cuerpo adornado, no era mas que un cadáver.

Recuérdense las palabras del duque de Orleans al de Mortemart en 1830: "Decidle al rey, que primero me dejaré hacer pedazos que dejarme ceñir la corona."

Poco despues vino M. Laffitte, y éste habló en estos términos:

—"¡La corona ó un pasaporte!"

La corona fué preferida.

Despues, al principio de su reinado, Luis Felipe dejó caer esta frase de sus labios, frase irónica en su pensamiento, profética en el de Dios: "Soy un punto hácia la república."

Presentia ya que en los dias de desgracia y de fuga, él que habia escogido "la corona," no tendria ni siquiera "un pasaporte."

El elegido de Julio habia erigido una columna á la insurreccion, sin pensar que esa primicia de fomento, prescribiria un dia á nuevos insurgentes el derecho de esterminar los antiguos. Hé ahí por qué fuera de toda moral, han caído en algunas horas sin resistencia y sin lucha. ¿Qué le habia faltado á su trono? la fuerza que da el derecho [1].

Pero no faltará quien vaya á responderme:

—"Tambien se ha visto á los reyes legítimos arrojados de sus tronos, Ningun poder se sostiene en Francia; toda creencia ha desaparecido. Lo verdadero como lo falso, lo justo como lo injusto, la legitimidad como la usurpacion, todo pasa, cae y muere."

No: la monarquía legítima ni pasa ni muere. Que caiga y se levantará. En nada se parece á esos poderes efimeros que, venidos de la casualidad, vuelven á la nada. Tienen sus caidas y reveses como la bella estacion tiene sus dias de nubes y de duelo; pero pertenece al número de esos monumentos que las tempestades pueden conmovier pero que no pueden destruir. Sean cuales fueren los torbellinos espesos que momentáneamente la encubran en medio de los desastres, el viento pasa, el polvo cae, y al primer rayo de sol, el monumento, mas bello que nunca, vuelve á aparecer tranquilo y triunfante.

En el siglo XV, un principe inglés se apoderaba del trono de Carlos VI. Lancaster, coronado en Paris, se hizo entonces *rey de los Franceses*; pero Carlos VII, proscrito en Bourges, no era por eso menos *rey de Francia*. Entonces tambien la peste, azote menos fatal aun que las revoluciones, se-

(1) M. Mader de Monjau, padre, contando los hechos de Julio ha escrito estas notables palabras que han causado viva impresion:

"Entonces, los destructores de la carta y la dinastía, tuvieron vergüenza y miedo... Habían decapitado el trono mismo y rot la corona, creyendo variarla... entonces echaron menos amargamente una cuna... que habia sido rodeada, lo mismo en el interior que en el exterior, de tan poderosas simpatías."—(8 de Agosto de 1849).

guia tras de las conmociones políticas. "Cuando la corrupcion está en "los corazones, decian los oráculos del tiempo, la epidemia se apodera "de los aires y la nacion muere de dos muertes (1)." Pero Dios, conmovido por las desolaciones del mas hermoso pais de la tierra, hizo surgir á la heroína de *Vaucouleurs*; y la usurpacion, que nunca pudo echar raices en el sagrado suelo de San Luis, desapareció como una vision mentirosa, como una fatal impostura; la gloria atrajo el derecho; el derecho atrajo la dicha.

Mas tarde, antes del hermoso reinado del Bearnés, un fantasma de soberano, el *cardenal de Borbon*, brotó aun de las insurrecciones de Paris; ¿qué fué de ese nuevo insensato?... Desapareció ignominiosamente en medio de la esfera de los desórdenes y de las bajezas donde flotaba su ridículo poder. La estrella de Henrique habia brillado, y ese Henrique salvaba la Francia.

Despues de la Liga vino la *Onda* (2). Todavía motines, traiciones, barricadas guerras civiles!... Todavía un joven rey obligado á abandonar su capital!... Todavía el reino á orillas del abismo!... Y qué, en último resultado?... La destruccion de los traidores y el gran siglo de Luis XIV.

Prosigamos: qué terrible espectáculo!

Derribando la cabeza de un rey, la cuchilla nacional de 1793 creyó matar la monarquía. ¡Monstruoso error; vano delirio! Habia apenas transcurrido una cuarta parte de siglo, cuando viniendo á arrancar la patria á las venganzas del estrangero, los sucesores del rey mártir entraban como reparadores en Paris, al rumor de las aclamaciones de la Francia y de la Europa. Así, pues, siempre la misma marcha, siempre los mismos estravíos, siempre el mismo fin. Usurpadores de toda especie, revolucionarios de todo género, y pestes de toda naturaleza se apoderan en vano del pais; le asolan, es verdad; pero no quedan, atraviesan.

En Francia, nacion de gloria, tarde ó temprano se arroja el crimen; siempre se vuelve al honor.

Sí, lo repito, la monarquía francesa ha tenido sus dias de calamidad como los ha tenido de triunfo; pero la patria le debe su grandeza, y entrambas, en el curso de los siglos, no han formado mas que una en la gloria. Sesenta reyes se han personificado en la gran nacion que les habia dado

(1) Los desolladores, tomo primero.

(2) Dióse el nombre de *Honda*, cuando la minoría de Luis XIV, al partido contrario á la corte ó mejor al cardenal Mazarín. Llamóle así un bromista del Parlamento, Bachaumont,—tan conocido por el lindo *Viage* hecho en comunidad con Chapelle,—queriendo comparar las alternativas de sumision y de resistencia de este partido á los juegos de algunos pilluelos, que, partidos en dos diversos bandos en los fosos de Paris, se lanzaban piedras con la *honda*, tan pronto cediendo á la guardia que se presentaba para separarlos, tan pronto haciéndole frente, y concluyendo siempre por volver á su campo de batalla.—*Nota del traductor.*

su cetro y que ellos á su vez coronaban; cambios de inmortalidades. Esos títulos son nudos santos; estos son los que tienen la fuerza moral, porque tienen la eternidad del derecho. El país no puede romperles, porque la Francia no puede perecer.

¿Y ahora, á qué altura nos hallamos?... En el régimen republicano. Lo viejo renovado, dicen, causa placer. Veamos.

“Al deshielo de los antiguos *gloriosos* de Julio, deshielo en que tan visible se mostró el dedo de Dios, la sociedad entera, reparando el abismo sin fondo que acababa de abrirse ante ella, de donde brotaba la sangrienta figura de la guillotina, se arrojó, aterrada, á la defensa de no importa qué poder, con tal que tuviera una semejanza de orden, con tal que ofreciera un amparo cualquiera, con tal que le dejara un poco de vida. Establecióse en seguida este poder. Improvisado de prisa, se tituló *república*, y saludóse la cosa aquella. Aplaudióse todo al acaso. Lo mismo se hubiera aclamado.... Dios sabe qué.

Porque, ante todo, se quería vivir.

Ninguna resistencia al nuevo gobierno. Apareció y, ¡cuánta fuerza no tuvo!

—“La *república* es inalterable, decía M. de Lamartine, en atención á que es círculo de hierro y de fuego; que plazca ó no, poco importa, hemos sido encerrados en él por una voluntad superior á las voluntades humanas (1).”

Una *voluntad superior* á la voluntad nacional! Perfectamente. Es una resurrección del derecho divino en provecho de la *república*. ¡Es posible! los mismos socialistas no quieren ya *sufragio universal*; desconfían de él, le tienen miedo.

Sí, porque en medio de sus triunfos, y á pesar de sus numerosos puntos de apoyo, el miedo es el sentimiento dominante del estado actual. La Francia, en frente de la Europa, está hoy día en una situación verdaderamente de terror.

Demócrata, tiene miedo de los países aristocráticos.  
 Republicana, le intimidan los países monárquicos.  
 Realista, le intimidan las doctrinas republicanas.  
 Progresista, le intimida el movimiento socialista.  
 Revolucionaria, le intimidan las ideas de reacción.  
 Reaccionaria, le intimidan las máximas de revolución.  
 Guerrera, le intimida la paz.

(1) M. Lamartine, *Consejo del pueblo*.

Pacífica, le intimida la guerra.

En una palabra, todo le espanta; y la razón es muy sencilla: es que habiendo sucesivamente adoptado todos los sistemas diversos, y encontrándose fuera de todas las ideas generales, no pertenece realmente á ningún orden de cosas; estado evidentemente transitorio.

En su consecuencia, tampoco tiene ni la fuerza moral que da la confianza pública, ni la fé en sí misma que da la consagración de los tiempos.

—“¿Y podrá existir en un estado sin recursos?”

—“No.

—“¿Cómo salir de él?”

—“Léase la historia.

—“¿Habría un remedio?”

—“Sin duda.

—“¿Y cuándo vendrá?”

—“Paciencia.”

### CAPITULO III.

#### Los estados de sitio.

PARIS, desde que la nación es república, ha tenido no sé cuantas insurrecciones, arrestos, encarcelamientos, deportaciones, &c. No olvidemos nunca esta verdad de M. Lamartine:

—“La república quiere hervir.”

El principio de las revoluciones modernas es el derecho de derribar indefinidamente todos los gobiernos que se establezcan: *Derecho divino de... la libertad*. Ahora bien, el 24 de Febrero, que tanto ha hervido ya, quisiera un porvenir ménos en hervor. Confesémoslo sin embargo, ha habido mejoría en el último estado de sitio de la capital. Comparemos el segundo con el primero.

El uno, bajo el general Cavaignac, era espantoso y siniestro. La artillería y la caballería acampaban día y noche en los paseos, donde no transitaba nadie desde las nueve de la noche, hora en que se extendía la paga de los vivacs. Todos los teatros estaban cerrados; solitarios todos los paseos. No se oía entre las sombras, después de puesto el sol, mas que el paso monótono de las patrullas armadas que cruzaban la ciudad, y el grito fúnebre de los centinelas. Aquí y allá pasaban prisioneros de rostros salvajes, detenidos por soldados de semblantes consternados. Las deportaciones tenían lugar sin proceso y sin juicio; las listas de proscripción se hacían sin ruido y sin publicidad. Los consejos de guerra se reunían en silencio y en secreto. Los periodistas veíanse obligados á callar. El ter-

ror estaba en el aire, en el fondo de los corazones, en las fisonomías; y cuando llegaba la hora en que, en otro tiempo, los lujosos carruajes de la gran ciudad se dirigían alegremente á los espectáculos, á los bailes, á los conciertos, Paris, con centinelas de vista como un criminal, agitado, pero silencioso, magníficamente alumbrado, pero desierto, Paris parecia herido de anatema. ; Era Ninive condenada; Ninive en su día cuarenta!

El general Cavaignac lo habia querido así. El *republicano* se habia persuadido que le era preciso todo esto para llegar á ser *el dictador*.

Describamos el otro estado de sitio.

Este, ; qué diferencia! Deja en completa libertad todo lo que no es desorden ó anarquía. Es desdeñoso, pero humano; es sarcástico, pero generoso. El general Changarnier no arrastra á los vencidos atados y maniatados tras de su carro, segun la vieja usanza de los republicanos de Roma y de Grecia; no toma por lo serio las innobles fanfarronadas de sus adversarios; no les aplasta detrás de las barricadas, que podria haber dejado levantar en provecho suyo; no: sin lucha y sin combate, les desbanda como quien juega, y les dispersa al paso de carga; hace saltar por la ventana á los titiriteros de 1848 ántes que hayan tenido tiempo de proceder á nuevos *cambios de mano*. La bolita revolucionaria ha quedado esta vez descubierta bajo el cubilete; y Changarnier, dando á los apóstoles de la revolucion social la mas sangrienta de las lecciones, los entrega á la rechifla pública, convencidos de cobardía. Ante él, en conclusion, todos los Goliat de la anarquía, todos los destructores del orden europeo, se desvanecen como pigmeos, no bajo el fuego de la metralla, sino bajo los silbidos del ridículo.

El general Changarnier lo habia querido así. El viejo soldado habia pensado que así era como debia hacerse, no *el dictador* de una capital, sino el libertador de un país.

A continuacion de ese cuadro comparativo relataremos un incidente que prueba que las revoluciones tienen á veces su parte cómica.

El año pasado, un prefecto recibió el despacho telegráfico siguiente:

“Emplead todos los medios posibles para arrestar al ciudadano *Luis Napoleon*, si se presenta en vuestro distrito.

“Firmado.—LEDRU ROLLIN.”

Este año, el mismo prefecto ha recibido otro despacho concebido así:

“Emplead todos los medios posibles para arrestar al ciudadano *Ledru*

“*Rollin*, si se presenta en vuestro distrito.

“Firmado.—Dufaure, ministro de *LUIS NAPOLEON*.”

Verdaderamente no se sabrá prever á quien podrá estar encargado de arrestar ese prefecto el año próximo... si no se le ha arrestado á él primero.

¿Qué ha sido, en su mayor parte, de los grandes hombres de Febrero, de las supremacías del *provisional* y del *ejecutivo*? Han pasado al estado de sombras; pero ; ay! no al de sombras dichosas. Por lo demás, el régimen republicano no ha hecho otras. Sus apariencias de gefes de partidos acaban siempre por ser no mas que *campanas* sin badajo, *nieblas* sin figura, y *memento* sin valor.

Nada mas extraño que el Estado de la Francia y de la Europa después del grande y mentiroso cartel de las paredes de Paris compuesto de estas tres palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Presa de una invasion general de bárbaros, y sin la gran figura de Atila, la Francia y la Europa se habian puesto á luchar por todas partes contra el enemigo de todas las cosas. Este enemigo comun era apellidado *republica* por los unos, *comunismo* por los otros. Unos le llaman *libertad*, *regeneracion* otros. Esa hidra de mil cabezas se da mil nombres á su sabor, y de la misma manera toma mil formas. ¿Qué consecuencia es la suya? El *terror*. ¿Y á dónde conduce? Al *abismo*.

¿Quién ha engendrado ese monstruo? ; Ay! *Julio y Febrero*, los dos gemelos de la traicion, los *menechmos* de la anarquía.

Y sin embargo, sus palabras de *emancipacion humana*, burla de todos los siglos, han sido saludadas por la ceguedad de los pueblos como *emancipaciones luminosas*. El mundo ha sido levantado. Los *anabaptistas*, los *albijenses*, los *vaudenses*, los *malandrines*, los *desolladores*, los *maillotines* [1] y otras figuras sangrientas de la edad media han sido resucitadas bajo el nombre de *socialistas*, á la voz de nuestros Brutos rojos. El hacha está levantada aun.....

; Permita Dios que se cierre el abismo!

#### CAPITULO IV.

Lo que ha hecho últimamente el país.

(El país revolucionario, se entiende.)

¿Lo que ha hecho el país después del 24 de Febrero? ¿El país de los hombres de entonces?

Primero ha rodado de asonadas en asonadas; ha paseado sus antorchas

(1). Para los que no lo sepan, les diremos quien eran los *maillotines*, ya los demas bandos que cita el autor son demasiado conocidos para ser ignorados.

incendiarias de nacion en nacion; ha probado á destruirlo todo fuera, como lo habia derribado todo dentro; queria en fin rehacer una Europa á imágen suya, donde no hubiera quedado en pié mas que la rebelion y las ruinas; las repúblicas y la peste.

Recapitulemos los acontecimientos.

La revolucion de Febrero, cuyo estraño personal reemplazaba en el timon del Estado á Luis XIV y sus augustos sucesores, á Napoleon y sus grandes capitanes, fué no solamente una desgracia incalculable sino tambien una vergüenza sin medida. Ahora bien, la humillacion en Francia, es el mas punzante de los infortunios.

En las horribles tempestades de Febrero, de Abril, de Mayo y de Junio de 1848 habiase iluminado con algunas ráfagas el horizonte político. Un hecho desconocido en la historia fué que los que no habian querido república, se vieron obligados, para escapar á la anarquía, á defenderla contra sus fundadores, dignos herederos de los *hermanos y amigos* de 93 que tan bien sabian guillotinarsse unos á otros. Faltaba un presidente á la república; tocóle al *sufragio universal* proclamarle. Pero la Asamblea constituyente tenia su candidato predilecto; *Cavaignac*, hijo de regicida. Convenia á sus ideas. Ahora bien, temiendo que las masas, en los colegios electorales no fuesen á nombrar á alguien *de su eleccion*, la Asamblea hizo todos los esfuerzos para hacer á alguno que no fuese la opinion del pais, y esto, por supuesto, para obedecer á la voluntad nacional?

Irrision perpetua!

Luis Napoleon venció.

Por qué. . . . Por lo mismo que el diario oficial de la Asamblea constituyente, el *Nacional* habia escrito estas lineas: "Todos los que voten por Luis Napoleon, votarán contra la república."

Seis millones de votos respondieron.

El candidato opuesto á Cavaignac fué pues adoptado con transporte, porque habia sido ofrecido como una protesta contra el orden de las cosas; pero ¿era el diez de Diciembre una solucion? No. No era mas que un episodio.

La Asamblea acababa de votar su constitucion bajo *las libertades* de la *dictadura*, de las *insurrecciones* y del *estado de sitio*. Hora era ya de que la Francia manifestase su opinion; ¿qué hace pues en el acto la Francia? Arrojarle con entusiasmo en brazos de la esperanza que le da un nombre. . . . que arrojó la primera república por las ventanas.

Así, pues, y en el espacio de medio siglo, habremos visto esta misma

Los *maillotinés* eran pues una faccion así llamada en tiempo de Carlos VII, por haberse armado en su principio de *maillotinés*, arma antigua que era una especie de maza de madera ó de hierro para hundir los cascos ó las corazas.—(Nota del traductor.)

Francia, en medio de las borrascas revolucionarias, venir á abrigarse, despues de todos sus desastres, tan pronto bajo el broquel de la gloria, como bajo los auspicios del derecho, ó bajo el prestigio del recuerdo: tan cierto es que busca constantemente su unidad en un hombre, su seguridad en un principio, y su poder en un nombre.

A falta de una herencia de monarquía legítima, habia tomado una herencia de gloria nacional. Pero el genio no hace siempre parte de las sucesiones. Y luego, qué podria fundar el sucesor del César francés? Una *república*; bien; pero le serian precisos *republicanos*; y dónde están las ideas, los hombres y las costumbres que convienen á ese orden de cosas! La presidencia, tal como está decretada, que se toma, que se pierde y que no se puede volver á tomar, no es mas que una transicion pasajera; no tendrá mas que una corta duracion (1).

*Un imperio!* Bueno, sea. Pero ¿cómo hacerle revivir? Duerme en el sepulcro de los inválidos donde descansa el vencido de Waterloo. Todas las entusiastas lisonjas que son hoy dirigidas á ese brillante idolo no bastarian á evocarle bajo la púrpura. El incienso que á menudo mata á los vivos, no puede resucitar los muertos.

*Un imperio*; en el tiempo actual! Pero con qué? . . . . y con quién El *imperio* es una ilusion de óptica: el imperio ha pasado al estado de epopeya. El *imperio*, era la conquista, la gloria, el genio; era la Europa humillada, las legiones conquistadoras y la Francia salvada; el *imperio*, en una palabra, era el *emperador*, era Napoleon dando primero la vuelta al mundo al son de las cornetas y tambor, en seguida descansando sobre su columna, sirviéndole de pedestal la magnífica espiral de sus victorias, y subiendo con él hácia los cielos. Era el que hoy nos parece que no ha sido de nuestros tiempos, sino que pertenece á la edad de las fábulas; el que clasificado de ahí en adelante entre las viejas inmortalidades, no pertenece ya ni á una dinastía ni á una nacion, sino á todos los anales y á todos los pueblos.

Ahora bien, donde están hoy los héroes del gran ejército? los titanes de las Pirámides y el águila de Wagram? Dónde las naciones sometidas, las facciones encadenadas; los prestigios de la diadema? Quién pensará continuar el Alcides del puente de Arcole y el Prometeo de la roca de Santa Helena! Dónde está la época? y dónde está el hombre? Quién ahora podria atreverse á decir: yo soy, ó mejor, *yo seré* NAPOLEON!

A mas de esto, si el imperio fué Tilsitt y Wagram, tambien fué el im-

(1) Se ha calculado que las elecciones de la presidencia se renovarían todos los dos años y medio poco mas ó menos, á causa de los fallecimientos, revocaciones y dimisiones que pudieran oponerse al cumplimiento entero del período de cuatro años fijado por la ley. Así, pues, todos los dos ó tres años, fiebre general; ruina del comercio y de la industria; estado social puesto en cuestion; tempestades para derribarlo todo.

perio Moscou y Waterloo. Si, entre las falanges de los campos hubo *el redingote pardo* del héroe; entre las poblaciones del Estado, hubo *los golpes regularizados* del déspota. Si cogió todas las palmas de la victoria, también destruyó todas las libertades del país. Si él elevó nuestros ejércitos á todas las capitales extranjeras, vinieron también todos los ejércitos extranjeros á París. Si hubo, en fin, la conquista y los prodigios, hubo también la invasion y el luto. Todas las partes del drama están unidas, pero quién querría renovarlas! Quién se atrevería á desear el regreso?

Qué hacer en posición semejante?

La acción es imposible, la imitación lo es más aún. La una es imprudencia, la otra es vergüenza: ambas son peligros y amenazas.

Para andar es preciso estar en pié y no tener ni hierros ni trabas. Ahora bien, un gobierno revolucionario, por fuerte que parezca, no está jamás en pié ni libre. Bordeando en medio de las insurrecciones que le crean y que quisiera matar, se arrastra por el fango de la baja, ó se rige por los descantillones del terror. Vacila delante del derecho ó bien se desliza por la sangre.

Sin embargo, la Francia, rota como está por las revoluciones y las contra-revoluciones, no está aun desalentada de sus esperiencias gubernamentales; sigue arrojándose, cerrados los ojos y baja la cabeza á través de las utopías republicanas, los trastornos sociales y las ruinas generales. Como el genio de las tinieblas, ha querido trazarse un camino entre los abismos y tiene su punto en el caos. No se la ve aun dirigir una especie de atención al ciudadano Cabet? Y cuando este es condenado por estafa á dos años de prisión, no lee friamente estas frases?

“El administrador de la Icaria, condenado por estafa!!!.... No se puede pensar en ello sin recordar la condena de Sócrates y de Jesu-  
“cristo! Jesús fué crucificado entre dos ladrones (1).”

Reasumamos: *qué ha hecho el país?* el país de los hombres de Febrero?

Se ha herido de muerte primero; en seguida, ha querido hacer partícipes á las naciones vecinas de los encantos de su agonía.

Al propio tiempo, las revoluciones, fogosos potros de ensangrentado freno, partieron acompañadas de los estallidos del rayo y seguidas de los vientos de la peste. Rompian las barreras en lugar de saltarlas; sus relinchos eran la muerte; sus narices soplaban el incendio. Al desencadenar á esas bestias feroces, se habia gritado á los pueblos: “Os llega la *“resurrección”* y no abrian más que tumbas y no llevaban más que la nada.

(1) La Voz del pueblo, diario del 8 y 9 de Octubre.

Alemania, Italia, Berlin, Viena, y hasta la gran ciudad de Roma, vieron pasar una tras otra, como la rotura del séptimo sello del Apocalipsis, esas vagabundas visiones de los días nefastos, esas imitaciones anticipadas del fin de los tiempos. Satan les habia dicho: *Id!* y, juntando á los horrores de la destrucción las palabras del sacrilegio, gritaban: *Cristo nos envia* (1).

## CAPITULO V.

### Lo que busca hoy el país.

El país, en la actualidad, busca el medio de limpiar los establos de Augias.

La república tiene que lavarse de todas las ignominias de sus primeras instalaciones.

¡Larga tarea y rudo trabajo!

Pero también, en esas empresas cualesquiera que sean, la república tiene infinitamente mayor latitud y facilidad que la monarquía. La república puede permitirse impunemente las enormidades las más patentes; nada ilegal ni escandaloso hay para ella tocante á sus hechos y gestiones; pues que habla, obra y manda en nombre del pueblo soberano. Ahora bien, en nombre de todos, se tiene el derecho de no respetar á nadie. Donde todo se llama sagrado, nada lo es.

El pueblo soberano, de cuando en cuando, puede cañonearse entre sí á su gusto, sin que la cosa (*res publica*) tenga, lógicamente hablando, nada que reprocharle, en atención á que se halla en el augusto ejercicio de su autoridad imprescindible, y que es evidentemente el dueño de suicidarse, si bien le parece; esto es desplegar su soberanía.

Un pueblo rey, siguiendo el mismo sistema, puede periódicamente trastornarse á su gusto. Sufre mucho luego; es posible: gana poco; es natural: pero ha marchado en su propia fuerza y según su libre voluntad. Luego no es *república* la que quiere; y, cuando se han ambicionado las prerrogativas de ese régimen, es preciso aceptar las cargas.

En consecuencia, el motín, aun cuando á continuación de largas perturbaciones arrastra espantosos desastres, ha sido visto rodeado de elogios y de respetos. Allí donde la insurrección es reputada un deber, na-

(1) Entre las monstruosidades de la Europa, fué particularmente notado que los hombres de blasfemia y de impiedad que predicaban la desorganización general se presentaban con semejanzas de religión en el pensamiento y el nombre de *Cristo* en los labios. Un nuevo diario apareció en Junio de 1849, titulado *El Cristo republicano*. Espresábase como el cofrade de Robespierre, que, presentado ante los tribunales, después del 9 thermidor, é interrogado sobre su edad, respondió, “Tengo la misma edad que el *descomizado* (*sans culotte*) Jesus, cuando fué crucificado por los *“aristócratas.”*

die debe insultar la rebelion; es el arca santa de las soberanías populares, cuyo tabernáculo es Paris. La república, ayudada del *sufragio universal*, puede pues, en nombre de la *libertad*, encarcelar á los representantes cuyas personas ha declarado inviolables ella misma; puede, en nombre de la Constitucion, violar todas las leyes que ha proclamado fundamentales. Puede tambien en nombre de los intereses sagrados de la tribuna y de la prensa, amordazar á todos los oradores y hacer callar á todos los escritores. Puede, en fin, sin llegar precisamente á la bandera roja como en 1793, plantar los árboles del terror (1) y cantar el himno de la guillotina.

¿Cuál es la monarquía que, en su cabal juicio, se atreveria á obrar con semejante independencia? El trono tiene personalmente una responsabilidad que salvar, un hombre que defender, y garantías que asegurar; tiene reglas, y límites. La *cosa pública*, al contrario, no teniendo nada individual y distinto, está en una esfera superior á las responsabilidades, á las garantías á los límites y á las reglas. Su gloria y su honor, esparcidos en todo y perteneciendo á todos, no son de nadie y no resguardan á nadie; se halla con toda holgura y libertad; nada de freno á su despotismo: porque lo mismo que no habria casi medio de distribuir premios honoríficos á cualquiera allí donde tuviera que darse palmas á la multitud, lo mismo no hay delitos que castigar allí donde es general el crimen.

Pero volvamos á la cuestion.

¿Qué es lo que en la actualidad busca el país?

Busca modo de deshacerse poco á poco de todos los que han creado su república y de todos los que su república ha creado.

El país ha tenido vergüenza de sus obras; vergüenza de su progenie.

Esta ha desbautizado las calles y liceos de que antes habia cambiado los nombres. Ha puesto en el índice la palabra *ciudadano* para restablecer en el *Monitor* la de *señor*.

Hubiera querido consolidarse, ¿pero puede hacerse nadie un punto de apoyo en el vacío? Quisiera reparar el mal, pero repararlo sin destruir la revolucion, tanto valdria creer que se puede vivir cuando se está bajo la lápida de una tumba.

Mirad, para mayor ejemplo, los actos de la república desde que tiene un presidente de su eleccion; no ha trabajado mas que para la caída de sus apóstoles de la víspera y para el esterminio de sus seides del día si-

(1) Cuando la plantacion de estos árboles, el año pasado, se hizo la cuarteta siguiente:

Debiera de ser la encina  
Arbol de la libertad,  
Porque al plantador pudiera  
Con su fruto alimentar.

guiente. Ha desconocido á sus corresponsales de Prusia, ha renegado de sus camaradas de Alemania, ha dejado azotar sus hermanas de Italia, ha desterrado su hija de Roma.

Pero en nuestras investigaciones presentes, hay alguna cosa mas que hacer. No basta con haber opuesto obstáculo á la propagacion del mal; es preciso llegar al restablecimiento del bien. No basta con dejar derribar; es preciso reedificar. ¿Por qué, despues de haber repudiado las falsas doctrinas, no proclamar los verdaderos principios?.....

Se está en buen camino: ¡valor!.....

## CAPITULO VI.

### Fiestas de la República.

DESPUES de la revolucion, las fiestas. Despues de las barricadas, la alegrías. Tales fueron en todos tiempos las costumbres de Paris.

Durante las abominaciones del terror, bailábase la carmañola bajo la guillotina. En los días de mas sangrientas demencias, celebrábase bacanales para festejar á la diosa *Razon*. La gran ciudad, uniendo lo burlesco á lo atroz, no faltaba en ninguna ocasion, bajo Robespierre y compañía, de cantar, beber, comer, iluminar y bailar en honor de todas las calamidades que sobre ella llovian. El uso se ha perpetuado.

El populacho parisiense ha manifestado siempre las mas alegres simpatías por todo lo que pone en desorden la tranquilidad del Estado. Recuérdense las *famosas lamparillas* que tanto aceite devoraron despues de los triunfos sucesivos de la república de Febrero sobre las repúblicas siguientes. Quién podria olvidar el consumo melodramático que hizo en seguida Paris de las figuritas de yeso amarillento, de columnas de carton con retazos de colores, de haces *tricolores* de cuatro colores, visto el del oro, y de trípodes proféticos en que ningun fuego sacro ardia. Ciertamente, todas esas pompas grotescas, en contrasentido con la situacion, eran obras maestras de mal gusto, que no saludaban ni francas alegorías ni dicha real, y que contemplaba, tristemente aturdida, la multitud honrada y cabizbaja. Pero, se decia á los estrangeros, "esto consolida la cosa." La *cosa* era... ya sabeis qué.

Entre esas asombrosas fiestas de *consolidacion*, señaláronse los cortejos fúnebres. Caminaban de la Magdalena á la Bastilla entre millares de varas (ó metros) de cintas tricolores que se balanceaban por las dos aceras de la calle, como cinturones de bailarinas. Cuántos caballos con plumas de luto! Cuántos tambores con gasas negras! Esplotáronse latamente los paseos, á imitacion de Luis Felipe, y para mejor gloria de la rebelion,

die debe insultar la rebelion; es el arca santa de las soberanías populares, cuyo tabernáculo es Paris. La república, ayudada del *sufragio universal*, puede pues, en nombre de la *libertad*, encarcelar á los representantes cuyas personas ha declarado inviolables ella misma; puede, en nombre de la Constitucion, violar todas las leyes que ha proclamado fundamentales. Puede tambien en nombre de los intereses sagrados de la tribuna y de la prensa, amordazar á todos los oradores y hacer callar á todos los escritores. Puede, en fin, sin llegar precisamente á la bandera roja como en 1793, plantar los árboles del terror (1) y cantar el himno de la guillotina.

¿Cuál es la monarquía que, en su cabal juicio, se atreveria á obrar con semejante independencia? El trono tiene personalmente una responsabilidad que salvar, un hombre que defender, y garantías que asegurar; tiene reglas, y límites. La *cosa pública*, al contrario, no teniendo nada individual y distinto, está en una esfera superior á las responsabilidades, á las garantías á los límites y á las reglas. Su gloria y su honor, esparcidos en todo y perteneciendo á todos, no son de nadie y no resguardan á nadie; se halla con toda holgura y libertad; nada de freno á su despotismo: porque lo mismo que no habria casi medio de distribuir premios honoríficos á cualquiera allí donde tuviera que darse palmas á la multitud, lo mismo no hay delitos que castigar allí donde es general el crimen.

Pero volvamos á la cuestion.

¿Qué es lo que en la actualidad busca el país?

Busca modo de deshacerse poco á poco de todos los que han creado su república y de todos los que su república ha creado.

El país ha tenido vergüenza de sus obras; vergüenza de su progenie.

Esta ha desbautizado las calles y liceos de que antes habia cambiado los nombres. Ha puesto en el índice la palabra *ciudadano* para restablecer en el *Monitor* la de *señor*.

Hubiera querido consolidarse, ¿pero puede hacerse nadie un punto de apoyo en el vacío? Quisiera reparar el mal, pero repararlo sin destruir la revolucion, tanto valdria creer que se puede vivir cuando se está bajo la lápida de una tumba.

Mirad, para mayor ejemplo, los actos de la república desde que tiene un presidente de su eleccion; no ha trabajado mas que para la caída de sus apóstoles de la víspera y para el esterminio de sus seides del día si-

(1) Cuando la plantacion de estos árboles, el año pasado, se hizo la cuarteta siguiente:

Debiera de ser la encina  
Arbol de la libertad,  
Porque al plantador pudiera  
Con su fruto alimentar.

guiente. Ha desconocido á sus corresponsales de Prusia, ha renegado de sus camaradas de Alemania, ha dejado azotar sus hermanas de Italia, ha desterrado su hija de Roma.

Pero en nuestras investigaciones presentes, hay alguna cosa mas que hacer. No basta con haber opuesto obstáculo á la propagacion del mal; es preciso llegar al restablecimiento del bien. No basta con dejar derribar; es preciso reedificar. ¿Por qué, despues de haber repudiado las falsas doctrinas, no proclamar los verdaderos principios?.....

Se está en buen camino: ¡valor!.....

## CAPITULO VI.

### Fiestas de la República.

DESPUES de la revolucion, las fiestas. Despues de las barricadas, la alegrías. Tales fueron en todos tiempos las costumbres de Paris.

Durante las abominaciones del terror, bailábase la carmañola bajo la guillotina. En los días de mas sangrientas demencias, celebrábase bacanales para festejar á la diosa *Razon*. La gran ciudad, uniendo lo burlesco á lo atroz, no faltaba en ninguna ocasion, bajo Robespierre y compañía, de cantar, beber, comer, iluminar y bailar en honor de todas las calamidades que sobre ella llovian. El uso se ha perpetuado.

El populacho parisiense ha manifestado siempre las mas alegres simpatías por todo lo que pone en desorden la tranquilidad del Estado. Recuérdense las *famosas lamparillas* que tanto aceite devoraron despues de los triunfos sucesivos de la república de Febrero sobre las repúblicas siguientes. Quién podria olvidar el consumo melodramático que hizo en seguida Paris de las figuritas de yeso amarillento, de columnas de carton con retazos de colores, de haces *tricolores* de cuatro colores, visto el del oro, y de trípodes proféticos en que ningun fuego sacro ardia. Ciertamente, todas esas pompas grotescas, en contrasentido con la situacion, eran obras maestras de mal gusto, que no saludaban ni francas alegorías ni dicha real, y que contemplaba, tristemente aturdida, la multitud honrada y cabizbaja. Pero, se decia á los estrangeros, "esto consolida la cosa." La *cosa* era... ya sabeis qué.

Entre esas asombrosas fiestas de *consolidacion*, señalaronse los cortejos fúnebres. Caminaban de la Magdalena á la Bastilla entre millares de varas (ó metros) de cintas tricolores que se balanceaban por las dos aceras de la calle, como cinturones de bailarinas. Cuántos caballos con plumas de luto! Cuántos tambores con gasas negras! Esplotáronse latamente los paseos, á imitacion de Luis Felipe, y para mejor gloria de la rebelion,

el género sarcófago y sepulturero. Era verdaderamente un espectáculo gratis de los mas curiosos esos catafalcos, llenos de ilustres víctimas insurreccionadas, de quienes nadie sabia ni el nombre ni las proezas y que se dirigian procesionalmente, con una solemnidad *real*, á no sé qué huesa comun, al cantar de *los Girondinos* á guisa de *De profundis*.

¡Irrisorias inmortalidades! Eran burlas sepulcrales; se jugaba con cadáveres (1).

Tambien se recordará la fiesta militar de la *Fraternidad* que tuvo lugar en el Arco de Triunfo de la Estrella. Nunca se habia visto surtido semejante al aire libre de sables y espadas, de fornituras y escopetas. Allí todos los guardias nacionales de Paris y de sus arrabales habian sido llamados á hacer primero exhibicion de sus juguetes, luego á contemplar los augustos rostros del *provisional*, llamado así, porque la mayor parte de los que le componian eran figuras de linterna mágica ó sombras chinescas que no estaban allí mas que para desaparecer; se habia puesto cuidadosamente en escena todo aquello. Véase, sobre un tablado, en el Arco de la Estrella, pavonearse como poder lo que, poco despues, iba á ser vilipendiado como proscrito. La humillacion tarpeya estaba á cuatro pasos de ese orgulloso Capitolio. ¡Oh grande siglo de los *cambios de mano*!

La fiesta siguiente tuvo eco mucho mayor aun: fué la de la *Concordia*. Habia oportunidad de alegrías? Vamos á juzgarlo. La capital, que se levantaba de un motin y que iba á precipitarse en una matanza, vacilaba entre dos desastres. Habia experimentado la penosa satisfaccion de ver abrirse 171 clubs en su seno, y, en la Bolsa, habiase tristemente conmovido á la vista de una baja de ochenta francos en la renta. No importa; la fiesta estaba destinada á hacer *concordiar* la Francia con sus demolidores; y la gala fué mandada; gala patriótica... y en ayunas.

Desde por la mañana, una profusion de carros de victoria se pusieron á arrastrar lentamente de la Bastilla al campo de Marte toda especie de mercaderias triunfales; maderos y lechos mecánicos; estatuas de hierro y haces de trigo; pianos y medias de algodón; ramilletes de plumas y dientes postizos. Era un paseo nacional de productos industriales, pasando, mas ó menos, por obras maestras, pero caminando todos en coche. Los productores seguian á pié. Todo esto iba acompañado de varios centenares de jóvenes, *encantadoras vírgenes*, segun el programa, pero que se hacian notar cabalmente por la completa ausencia de lo que debia constituir esos dos títulos.

Allí, dominándolo todo, debian aparecer bueyes del mercado de Poissy

(1) Entre los difuntos á quien se hicieron los honores de testa coronada, hallábase uno que habia muerto en las Tullerías por haberse tragado un diamante de la corona, á fin de robarlo. La piedra preciosa habia tenido la iniquidad de rasgar las entrañas de *aquel ilustre patriota*.

con largos cuernos dorados como en las fábulas; pero, despues de maduras reflexiones, se habia renunciado á ese rico aparato. Luego, las bestias de los misterios de Isis habian sido tambien suprimidas; y los *Apis* de matadero se habian visto reemplazados por gruesos jumentos de trabajo que parecian altamente asombrados de figurar en aquella especie de carnaval. Tenian que arrastrar sobre un tablado ambulante, toda una mitología campestre con sus instrumentos aratorios; homenajes á la agricultura. El todo estaba superado por dos medios brazos patrióticos y dorados, dándose un apretón de manos republicanas y relucientes. Despues, en fin, para que el pesado y rural tiro tuviera un aspecto chocante y patriótico, se le habia adornado con bandas tricolores, y, en cadencia ó no, cantábasele por el camino á voz en grito *la Marsellesa*. ¡Aturdidoras vaciedades! Nunca, en sus invenciones de regocijos ciudadanos, nunca lo estúpido se habia elevado á tan desmedida altura.

Pero hé ahí la solemnidad mas notable! la que se repetirá cada año! la fiesta de la *constitucion*. Esta tendrá su sello aparte.

Habiendo sido procreada la gran ley fundamental bajo la dictadura Cavaignac, era entonces llamada *la constitucion del estado de sitio*. Se la decia *constitucion de sable*, pero, qué importa! No por ello tenia menos derecho, segun los Sres. Marrast y Senard, á ser inaugurada en pleno sol. Pero, al dia y á la hora escogidas, *el sol*, ay! hizo falta. En lugar del astro, se tuvo la nieve.

Era en Noviembre, precisamente en el centro de una de las plazas mas ventiladas de Paris, y cerca de la ribera, donde, por una idea tan feliz como fresca, 44.000 maires, llegados de los *cuatro* puntos de la Francia, habian sido llamados á oír la lectura al aire libre y con la cabeza descubierta, de los *ciento diez y seis* artículos de la *duodécima* constitucion de nuestros *sesenta* últimos años (1).

Para esa grande obra nacional, se habian tomado infinidad de resoluciones; pero, por desgracia, se habian olvidado de consultar el barómetro y la estacion. La temperatura de la república hallábase este dia infinitamente bajo cero. El Estado al menos hubiera debido, á su costa, proveer en seguida á los representantes y á la comision ejecutiva con que resguardarse de las fluxiones de pecho, en medio de sus alegrías constitucionales; pero, ¿dónde hallar bastantes paraguas, gorros de seda, chalecos de flanela y calentadores para deshelar á la ilustre concurrencia! Se tomó el

(1) Nuestras once primeras constituciones han sido todas proclamadas *fundamentales y perpetuas*. Apareció entonces esta cuarteta.

Se acabó! . . . Dios sea loado!  
Ya tienen, en conclusion,  
Francia una constitucion  
Y Marrast un costipado.

partido de resfriarse, y todo fué servido con nieve, constitucion, lectura y fiesta.

No habia en el mundo mas que el obelisco de Luqsor que fuese capaz de aguantar impunemente una sesion de esta naturaleza; el obelisco, que ha visto morir tantas cosas, y cuyos misteriosos geroglíficos estaban allí no solamente como los emblemas de un pasado desconocido, sino tambien como los de un porvenir incierto.

Un resfriado inmenso, un coro de toses, un estornudar fenomenal se extendia en aquel momento sobre la *república entera* en la persona de sus 900 representantes, de sus 44.000 maires, de sus ministros, de sus generales, hasta de sus sargentos. Pero esos estornudos tenian su lado bueno: era quizá el único medio por el que se pudiera decir á la república: *¡ Dios os bendiga!*

*¡ Qué fiesta!*

Pasemos á otras.

Estamos ya en las mas modestas.

Aun cuando el sufragio universal hubo dado á Luis Napoleon un crecido número de votos bastante para que su exaltacion á la presidencia le mereciera un triunfo, la asamblea nacional habia decidido que su instalacion se haria *in petto et in cantimini*; era el género mas *Washington*. Habria en ese gran silencio una solemnidad magestuosa. Era mas *fraternal*, mas *intima*. Por lo demas, una proclamacion á la sordina, como por un nacimiento ilegítimo, una deliberacion en secreto como para un negocio escandaloso, tenian dos ventajas insignes: la una no herir la susceptibilidad del candidato vencido, la otra halagar la modestia del candidato elegido.

Luego, podia hacerse *extra* alguna demostracion imperialista. . . . y era preciso evitar este peligro. *El miedo* tuvo voz y voto en el consejo. En conclusion, las alegrías de la representacion nacional en dicho dia fueron el haber esquivado la fiesta. Abortó: *¡ Viva la república!*

Y va una; veamos la segunda.

Habia sido mandada una gran revista para el 24 de Diciembre. El nuevo presidente debia ser reconocido y saludado por el ejército y el pueblo. Túvose cuidado de no mandar *ni pompas ni festines*. Las iluminaciones y fuegos artificiales, se creyeron ser inútiles; suprimiéronse hasta las arengas. La solemnidad se redujo al estado negativo de una cabalgata á través de hileras de soldados. Nuevas alegrías para la asamblea; el imperio esta vez aun permanecia durmiendo en los Inválidos.

Sin embargo, Paris, conmovido, habia salido á la ventana ó se habia precipitado en las calles para ver levantarse un nuevo sol de *brumario*.

*¡ Ay! oscuridad sola. . .*

El 4 de Mayo de 1848, la asamblea nacional, á instancias del general

Courtais, habia, de buen ó mal grado, satisfecha ó no, proclamado la república en la gradería de su palacio; y habia sido decidido que cada año, en semejante época, se solemnizaria la fecha legal y cierta de la susodicha república.

Fué, pues, el 4 de Mayo cuando tuvo lugar esa otra fiesta de *consolidacion* cuya particularidad mas chocante vamos á describir aquí.

En medio de la plaza de *Luis XV*, por otro nombre de *la Revolucion*, ó si os parece mejor de *la Concordia*, tres títulos poco contentos de verse mezclados, se eleva un obelisco *africano*; habiase pegado á él un dosel *chinesco*, con lanzas y picas, *galas*, y guirnaldas de linternas coloradas, al uso del *Japon*; bajo este dosel habia una especie de capilla *cristiana* á la *rusa*, rodeada de estatuas *griegas*, una de las cuales, teniendo una especie de *Biblia inglesa*, debia representar todos los cultos; la escalinata estaba cubierta por un tapiz *turco*; y todo esto, de moda antipladosa, estaba para recibir un arzobispo *católico*, que iba allí para bendecir una república. . . . *cualquiera*.

Hubiera sido la ocasion de cantar aquello del Califa de Bagdad:

De todos paises  
Para complaceros,  
Los gustos y modas,  
Señor, escojemos.

## CAPITULO VII.

Junio de 1849.

LA república estaba definitivamente constituida; su presidente acaba de ser instalado en el Eliseo nacional, y sus ministros funcionaban. La Francia, pues, no tenia u ha ser otra cosa sino descansar apaciblemente en las glorias y prosperidades que su obra le prometia. *¡ Ay! ¡ ay!* allí estaba la obra, estaba allí; *¡ pero y las prosperidades! ¡ pero y las glorias!!*

Una nueva *montaña* se habia formado en la cámara como en la primera república. No quiera Dios que se establezca comparacion entre ésta y la antigua:

—“*¿ Qué son los montañeses?* preguntaba en 1792 el republicano Prudhom al ex-ministro de la justicia Danton.

La respuesta tuvo lugar en esos términos:

—“*¡ Los montañeses!*” Son una cuadrilla de bribones ignorantes, que no son patriotas mas que cuando están hartos. . . . y que tienen la canalla á sus órdenes (1).”

(1) Relacion escrita por el republicano Prudhom.

Ahora bien, los nuevos montañeses habían juzgado, en su alma y conciencia, que era indispensable una nueva insurrección para reposo de la Francia, de esa hermosa Francia á la cual también ellos querían asegurar á su manera *prosperidades y glorias*.

Llegaba un gran aniversario; era preciso celebrarlo dignamente, celebrarlo á tiros. Gritóse:

—“¡Pueblo! ¡levántate!

—“¿En nombre de quién, de la *Polonia*?

—“No, de *Roma*.

—“¡Bueno; sea por *Roma*!

Y dicho esto, empezó la danza. Pero aun cuando se siguiesen las *jornadas*, no se parecían los *Junios*.

Tiempo haría ya que estaría totalmente perdida la nación francesa á no existir en ella, y casi á pesar suyo, un instinto de bien que la arrastra sobre su impulso al mal. Había ya notado que los gefes del socialismo, al pronunciar estas palabras: *Somos hermanos*, no querían decir por esto: *toma pues la mitad de mi capa*; sino: *dadme la mitad de la vuestra*; y empezó á separarse de esos hombres con asustado desprecio.

Todo estaba pronto: arengas y barricadas; cada uno tenía su puesto y su papel. El más célebre de los gorros cuadrados de la montaña había mandado empuñar las armas. ¡Suenan cajas y atabales! ¡adelante!

—“¡Plaza! ¡plaza! ¡hélos ahí que vienen los gloriosos pilluelos de cada revolución!

—“¿Qué es lo que gritan hasta desgañitarse? ¿*Viva la carta*?

—“No.

—“¿*Viva la reforma*?

—“Ménos aún.

—“¿Pues qué? ¿porque es indispensable gritar viva alguna cosa?

—“Es *viva la constitucion*.

—“¡Bah! ¿tanto entusiasmo por ella?

—“Si, desde hace veinte y cuatro horas se le adora, se pierde la cabeza; no se vive más que en ella y por ella. Es un áncora, un título, un faro. Tan *perfecta* es en fin... que será *perpetua*.”

La manifestación italiana avanzábase solemnemente por las calles parisienses con el aspecto acostumbrado de todas las fraternizaciones nacionales que preceden á las carnicerías populares. Esos paseos *pacíficos*, ya ahora se sabe, son los resúmenes revolucionarios que preceden el momento en que hará fuego la pasión. Un gobierno provisional estaba en germen en el pensamiento de esa demostración *tranquila* de los profesores de barricadas. Ya una nueva constitución, redactada de antemano, estaba pronta á hacer pedazos á la que reunía en aquel momento todas las acla-

maciones de la rebelión. Unas nuevas casas consistoriales, con su programa y sus prosas, como en Julio y Febrero, aguardaban ya los nuevos timoneros que contaban adornar la inmortal figura de una nueva república, una é indivisible: “Esta también debía ser eterna y santa, como muchas otras del mismo género.” *La necesidad de esta*, según el sargento Boichot, futuro ministro de la guerra, *se dejaba sentir generalmente*.

Pero, ¡ó revés inesperado! La gran simpatía en favor de la república *polaca* (perdon, quería decir *romana*) que se deplegaba en largos anillos de serpiente desde el Chateau d'Eau hasta la Magdalena, es de pronto turbada en su marcha, y ante la calle de la Paz, es cortada en dos como un gusano. ¿Va en seguida á vengarse del general Changarnier por una resistencia heroica? No. Los dos extremos del reptil revolucionario, en lugar de unirse para salvar la nacionalidad *romana y democrática*, se escapan por derecha é izquierda á fin de salvar las individualidades *parisienses y socialistas*; hubiérase dicho que una carrera salvó el trage de los corredores y la figura de los corridos. Para estos últimos el premio de la carrera. Esta jornada, de estraña memoria, fué llamada *la jornada de los talones*... ROJOS.

Quedaba que someter el *Capitolio*; es decir: el *Conservatorio de artes y oficios*. Allí había ejércitos, municiones, artillería, soldados, todos los elementos que aseguran la victoria al valor. Allí, en sus sillas curules, decretando la disolución de la asamblea nacional y el cambio de Luis Napoleón, los inmortales de la montaña se preparaban á hacer palidecer todo lo que no fuese escarlata... cuando hé ahí que se dejó oír un ruido espantoso: se acercaba la otra república.

—“¿*Por dónde huir*?” esclama de pronto el gefe de la nueva convención. ¡Sublime exclamación... de la prudencia! ¡rasgo característico del momento y del hombre! palabras inmortales que burilará la historia para instrucción de la posteridad: ¿*Por dónde huir*?

Aquí, maravilloso efecto teatral. Alucinaciones, temblores. El aire es de tempestad. El viento silba, las puertas se abren, óyese un cristal que se rompe... un postigo abre paso... y *Rómulo* ha desaparecido. Aplaudid! se ha efectuado el cambio de decoración.

Los sabios de la antigüedad, á quienes aterraba la desesperación, rasgaban sus vestiduras y se arrancaban los pelos de la barba. Los héroes del Conservatorio, á imitación de las viejas edades, se ponen precipitadamente una blusa, y se hacen afeitar sus bigotes. Sabiendo ya *por donde huir*, aprovecharon con ligereza. Una parte de ellos se dirigen á la cámara como regresando de un paseo saludable, y se presentan con nuevo rostro.

—*Señor, cambiais de rostro*, decía Monime á Mitriades.

Pero allí, para semejante observación, no había ni *Mitriades* ni *Monime*.

Una república acababa de escarnecer á otra; acababa de desterrar, de aplastar y de zarandear á su antigua compañera; nada mas sencillo ni mas claro. Pero, á lo ménos, gracias á su trasformacion tan hábil como sagaz, los representantes del Conservatorio habian impedido á sus adversarios que se riesen de ellos *en sus mismas barbas*.

## CAPITULO VIII.

## Dos opiniones y cuatro partidos.

LA Francia actual vive para el día. En las circunstancias en que la república la ha colocado, cuando los mas sabios dicen vacilando: *Esta noche; ¿quién puede atreverse á decir: Mañana?*

El modo mejor de combatir y vencer las revoluciones seria invocar altamente el derecho y la justicia. Pero tocante á esto, el silencio ha sido el partido que han tomado las pálidas figuras que, desde Junio de 1848, se han proclamado *el partido del orden*. Acaso se complacen en creer que el derecho y la justicia llegarán solos al pais como las codornices del desierto á los Hebreos. Pero, entre tanto, y hace ya mas de un año, estos tipos de paciencia y de cortesanía, aclimatándose en toda clase de atmósferas, no han buscado mas que los medios de arreglarse lo mejor posible con la accion y la reaccion, la república y el cólera.

“Una muelle complacencia para con los rebeldes, decia en otro tiempo Tácito, no hace mas que aumentar su audacia; cuanto mas se les concede, mas exigen.”

Nuestros moderados de la asamblea nacional no son ciertamente de este parecer. Clavados en sus bancos y cruzados de brazos como los mudos del serrallo, la mayor parte oyen tranquilamente las vociferaciones de la montaña y no quieren que se choquen sus ideas. Los hay cuya táctica de defensa y los esfuerzos de resistencia consisten en no dejar subir las olas de la tempestad mas que poco á poco y por grados, pulgada por pulgada, linea por linea. Aplazar la sumersion y retardar el naufragio, es su lastimera ambicion. Desapareciendo durante la tormenta, dormitan delante del rayo.

Dos grandes opiniones hay en Francia.

La primera es la que, por el triunfo de los verdaderos principios, levantara el edificio social afirmándole en sus bases; ésta tiene corazones adictos, hombres de fidelidad que tienen la fé política, la fé que prescribe el valor y la abnegacion, la fé que triunfa y que salva (1).

(1) *La Libertad*, diario de contraria opinion, decia en su número del 17 de Julio último: “Solo conocemos un partido que no sea devorado por la lepra del egoismo y del interés y que tenga

Pero, entre los hombres de esta opinion, hay algunos que mirarian como una alta imprudencia decir al buque del Estado, próximo á naufragar: *¡Por ahí! ¡por ahí! ¡Allí está el puerto!* Se prohíben todo voto y toda idea que ataque demasiado abiertamente el genio de las revoluciones y que hiera demasiado vivamente las susceptibilidades de la demagogia. Quieren el mutismo, la inmovilidad, la estagnacion. Esas terribles palabras: *¡No removais!* vagan constantemente en sus labios. ¡Oh! sin duda, un letargo no es precisamente una muerte, pero es la interrupcion de la vida. ¡No ser nada! vale mas no ser.

Hay otros al contrario, que, aunque bajo las mismas banderas, no pueden admitir un justo medio, provisional, que no sea república ni monarquía, un alto en el seno de las miserias públicas, un *statu quo* bajo los desastres. Para ellos la inmovilidad es un estado de crisis, es la crisis perpetua. Estos están por la marcha y el ruido, por el movimiento y la lucha. Estos quizá tienen ménos lógica; pero no es de fijo el corazon el que les falta.

La segunda opinion es mas atrevida; pertenece á los herederos de Saint Just y de Robespierre que, recientemente en sus banquetes, brindaban por *Julian el Apóstata*, por *Marat*, y por *Atila*; á esos hombres que *no habian aceptado*, momentáneamente, á *Luis Felipe como rey de Julio*, mas que por ser *el hijo del convencional Felipe Igualdad* (1); á esos apóstoles del crimen que escriben aun en nuestros dias: *La matanza de los sacerdotes*, en Setiembre de 1792, *fué indispensable*; y, *en circunstancias iguales, obrariamos lo mismo* (2); á esos adoradores de la guillotina que se glorian de ser *los hijos de una generacion regicida*, y que esclaman: *La obra revolucionaria no quiere quedarse á medio hacer; á mas, ¡qué importa que una generacion sea sacrificada!* (3) Se entiende que los ciudadanos que hablan de este modo harian el papel de sacrificadores, siendo la Francia la víctima.

Estos, como sus precursores, tienen asegurado el principio de la destruccion. Tienen fé en el genio del mal. Son fuertes, no por sus talentos y su nombre, sino por el terror que inspiran.

Estas dos opiniones se hallan, pues, frente á frente. Tienen sus armas y sus banderas. ¿Va á pronunciar el pais entre ellas y á hacer triunfar una ú otra? No; entre esos dos implacables adversarios, hay aún dos grandes facciones rivales, y cada una, frente de su enemigo, se cree segura de la victoria.

aun en política una fé viva y un culto religioso: el partido legitimista, de todos es el que tiene mas hombres honrados, mas buenas intenciones, sentimientos mas generosos.”

(1) Discurso de M. Joly en la cámara, en Mayo de 1849. “Añadamos, que aceptando el hijo del regicida, aceptaba no solamente un rey sino un empleo.”

(2) La Ponneraye. *Curso público de historia de Francia*.

(3) *Veinte dias de secreto, ó el complot de Abril* por el ciudadano Marrats.

Estas no representan opiniones, sino intereses.

La primera es el orleanismo. Sin dogmas y sin lógica, es la ausencia de todo principio y la negación de todo derecho. Apoyándose tan pronto en el crimen, como en la virtud; en la licencia, como en el despotismo; corona la anarquía y combate la insurrección. Proclamó primero la legitimidad del desorden, y se asombró después de que el desorden la hubiese desanimado. Perteneció á todas las banderas, adoptó todos los colores. Arlequin revolucionario, fué la bastardía con púrpura.

Algunos actuales discípulos de ese partido ciego, hombres de concesiones, de temporizaciones y de miedo, sueñan una *regencia ilícita*, á la cabeza de la cual estaría una muger que, según la manera como la representan, no pensaría, como verdadera puritana extranjera, mas que en caminar con ellos por falsas vías políticas, como por falsas vías religiosas, y que, á su gusto, se colocaría siempre y constantemente fuera de todas las ideas cristianas y monárquicas del país. ¡Presérveme el cielo de creer en el apoyo que prestaría la duquesa de Orleans á ese nuevo lodazal político, absurdo *término medio* entre la república honrada y el trono! Prefiero juzgar mejor de su espíritu y de su alma.

Pero ¿dónde están los gefes de ejército que procuran estraviarla?.... Se mantienen apartados y en la sombra. Haciendo doblegar sus simpatías y votos entre las circunstancias, mientras que los hombres de verdadera fé hacen doblegar las circunstancias ante sus votos y convicciones, lo estorban todo y á nada se atreven. Revolucionarios conservadores, es decir, destructores permanentes, dan á los socialistas por su desvío de todo camino recto, la posición superior que estos últimos ocupan aisladamente. Allí está aún entre nosotros la gran fatalidad de la época.

La segunda es el *bonapartismo*. Las gentes de este partido, no tienen mas que un fin: el restablecimiento del imperio. Contentaríanse, por de pronto, con un *presidente perpetuo* ó un *primer cónsul*; pero solamente como preludeo á Napoleón III. Les es precisa la fuerza social concentrada en un solo hombre, como en los días de la consagración imperial; un reflejo, una copia.

Treinta años ó mas han pasado ya desde la despedida de Fontainebleau; los hombres de los grandes días de Friedland y de Jena que, también ellos, *ni han aprendido, ni olvidado nada*, se transportan á los bellos años de su juventud y se imaginan aun que el tiempo pasado puede volver á ser el tiempo presente. Pero les faltaría esa bayoneta coronada; ese soldado absoluto que estrujando la Europa con sus manos de hierro quería hacer una á su manera. Se guardan bien de reconocer que fuera su fa-

tal sed de conquistas la que arrojó dos veces el universo sobre París, y que dos veces hizo beber en las aguas del Sena á los caballos de las orillas del Don. Confiesan aun menos que sin la familia incontestable é incontestada que vino entonces á arrojarse entre la Francia destrozada y la Europa triunfante, habría concluido para siempre el hermoso reinado de San Luis. Dejan á un lado, sin hacer caso al parecer, y miran como no sucedidos, los cambios y transformaciones que se han operado después en las ideas y en las costumbres de las naciones. No han pasado aun de los *ciento y un* cañonazos que anunciaban á la Francia de 1811 que el señor del mundo tenía un hijo y que ese hijo era *rey de Roma*. El príncipe Luis Napoleón no es en manera alguna á sus ojos lo que parece ser á los de sus adversarios: una moneda falsa de la herencia monárquica; es á sus ojos el ariete imperial que primero va á batir en brecha la muralla republicana, y que, en seguida, abrirá la puerta de las Tullerías á todas las glorias de antaño.

Cada cual tiene sus ilusiones (1).

## CAPITULO IX.

### El sufragio universal.

“Todas las monarquías han caído, dicen los republicanos, las del derecho y de la herencia, lo mismo que las de la gloria y de la cuasi legitimidad. El país no volverá á ellas.”

Pero las repúblicas del directorio y del consulado han caído también; la de M. de Lamartine es difunta; la del ciudadano Ledru Rollin ha sido arrastrada por el fango; ¿sería acaso imperecedera la que hoy tenemos?.... No por cierto. Debemos concluir lógicamente que no habiendo podido sostenerse entre nosotros todos los géneros de autoridad, ¿ya no hay en lo sucesivo para la Francia ninguna esperanza de poder supremo?

Sea lo que fuere, si se debiera medir el valor y la bondad de los gobiernos por su duración, la ventaja no estaría en nuestro país por parte de las repúblicas.

Estudiemos el estado actual.

No tenemos ni terreno bajo nuestros pies ni abrigo sobre nuestras cabezas. El socialismo, osado minero, abre en todas partes vastos abismos. La fortuna pública se va por millares y todos los recursos se agotan.

(1) El diario *La Libertad* del 17 de Julio último se expresa así sobre el *orleanismo* y el *bonapartismo*. “La familia de Orleans no ha tenido partido nunca. Luis Napoleón personalmente no lo tiene. Porque jamás se ha dado el nombre de partido político á esa clase de honores sin con-

Nos parecemos al árabe acampado en el desierto. El agua falta, la arena afluye, la ráfaga amenaza y rujen los leones.

Tenemos un presidente nombrado por cinco ó seis millones de electores; una asamblea de siete ú ochocientos miembros; una constitucion de ciento diez y seis artículos; un presupuesto de mas de dos millones; ministros, telégrafos; ejércitos; correos y flotas; todo marcha... escepto el gobierno.

¿Por qué? Es que los derechos de la autoridad han caido ante el derecho de las insurrecciones y que el principio de 1830, que ha consagrado *la ley del mas fuerte*, ha quitado toda fuerza á la ley.

Julio concluyó su tomo primero en 23 de Febrero. El 24 del mismo mes empezó su tomo segundo. Tristes volúmenes son; pero paciencia, no hay libro que no llegue á su última página.

El voto universal es hoy la conquista del siglo; y si estuviéramos en la edad de la poesía, hubiera ya hechos veinte poemas, al menos, á la mayor gloria de las urnas nacionales y de los escrutinios patrióticos; pero, ¿qué se han hecho las musas? ¡Ay! con sus carros y sus palmas, sus coronas y sus perfumes, no estaban ya en relacion con el *democratismo* del siglo. Habrian merecido que se les tratara como potencias soberanas, es decir, que se las apedreara ó que se las proscibiera al menos. Plaza á otras mitologías: á las hijas libres de *Aniñado!* á los *emancipados* de la calle! á los *vesubianos* del motin! Ya no se trata del Olimpo. En vano se buscaria el llamar á los dioses que se han ido; aguardan que los reyes vuelvan.

El voto universal, tal como lo han establecido el actual sistema, tiene en efecto algo prodigiosamente notable por su espantosa movilidad, y por la multiplicidad de las diversas opiniones que en algun modo arroja al acaso. El Estado tiene á su cargo el coordinar este caos; es preciso que, en esa arena movediza, construya algo inamovible. De todas esas tinieblas es preciso sacar luces. Es la roca que empuja Sisifo, y bajo la cual Sisifo corre riesgo de ser aplastado.

Oid á los diversos electores del pais, dirigiéndose á los diversos candidatos á la cámara para trazarles la linea de conducta que tendrán que seguir y que miran como indispensable al reposo de la nacion:

—“¡ Ciudadano! has salido de las chozas del pobre. La riqueza es un privilegio; no es menester. ; *sé socialista!*”

—“¡ Señor mio! nosotros estamos por que se respete el poder, la reli-

viacion. sin patriotismo y sin afecciones, que están por el poder cualquiera que sea, por ser el poder la fuente de los empleos, de los favores, de los sueldos y de los tratados ventajosos; es la razon de los traidores, recaudadores y agiotistas de la calle Quin Champox que se ha perpetuado en los banqueros, usureros, hombres de negocio y bolsistas de Luis Felipe, y que continúa bajo Luis Napoleon..... ¿Qué han hecho esas gentes de Luis Felipe?....”

gion, la familia y la propiedad. ¡A cada cual sus bienes y su derecho! ; *sé legitimista!*”

—“¡ Guerra! ¿recuerdas el águila conquistadora, cuando, teniendo el rayo entre sus garras, iba á descender sobre todas las capitales de Europa?... ¡ Oh! ; era el hermoso tiempo de los valientes! Vivan el despotismo y la espada! ; *sé bonapartista!*”

—“¡ Filósofo! habeis estudiado los progresos de la época; habeis consistentemente trabajado en la mixtura de todos los sistemas, que se miraban como *inconciliables*; y á la ponderacion de todos los poderes que pasaban por *incompatibles*. ; Funcionad, funcionad, funcionad sin cesar! ; Id, *sé constitucional!*”

—“¡ Poeta! te complaces en los huracanés políticos; bueno: los huracanes purifican. ; Cómo no entusiasmarse con la pintura dramática de nuestras sublimes revoluciones! ; Vete! ; ve á *morir por la patria!* ; *la suerte mas bella &c.* ; *sé girondino!*”

—“¡ Abogado! habeis hábilmente tomado el hecho por el derecho, y el éxito por la justicia. Buen camino por mas que digan. Continudad, á despecho de todo vano clamor, arrojando en el mismo saco el bien y el mal, lo verdadero y lo falso, el órden y el desórden; mezcladlo todo con acierto; con esto se hace dinero. Tened, si menester es, diez rostros. ; Justo medio! ; *sé regencia!*”

—“¡ Hermano! ¿has meditado esas bellas páginas del libro de la Montaña? *Nada se hace en no cortando la cabeza á esa clase media BESTIA Y FEA.... El comité de salud pública, enfrente de los moderados que no comprende el pueblo, tomó PARTIDO PRUDENTE: la GUILLOTINA (1), ¿oyes, hermano? ; Sé montañés! (2)*”

Y toda esa gente tendrá sus votos; todo eso llegará á la cámara; todas esas ideas representarán la Francia. ; Qué armonía de desacuerdos!...

Así pues, ¿qué se ha visto en el palacio legislativo? *Discusiones* convertidas en *peleas*; injurias como en un bodegon; puños levantados como en la Courtille; gritos ; *A las armas!* como en las barricadas; bofetones dados como en las tabernas; la cámara convertida en cierta manera en arena de gladiadores; el pugilato en lugar del raciocinio, y el santuario de las leyes transformado en taberna de camorristas (3). ; Ay! y por el triunfo del voto universal, encontrándose de este modo haber sido la dislocacion de toda unanimidad nacional, la Francia, que hubiera querido ha-

(1) Breaute. tomo 1.º 1834. Pasage Choiseul. Pág. 41 y 44.

(2) No se crea que la guillotina funcionaba únicamente para los nobles y los ricos. He ahí el extracto de una carta de Maignete, convencional de mision en la Vancluse:

“La santa guillotina prosigue todos los dias. Marqueses, condes, procuradores montan en la señora. Dentro de pocos dias pasarán por ella sesenta traperos.”

Así es como la república roja entiende y practica el dogma de la igualdad.

(3) Sesion del 10 de Agosto de 1849 donde M. Pedro Bonaparte abofeteó á M. Gastier.

llarse libre de todo objeto de discordia, habrá dado, al contrario, toda la fuerza posible á los elementos de discordia. Cuando todas las ideas quieren su triunfo, nadie puede entenderse.

El ciudadano Prudhom lo ha comprendido: oigámosle tocante á este asunto:

“El medio mas seguro de hacer hablar al voto universal, es el de cerrarle la boca. . . . esperando que se le haya enseñado á espresarse convenientemente. Es preciso corregir su injusticia por un medio revolucionario (1).”

Y este medio sería el cadalso.

¿Qué ha dicho tambien el periódico *La Prensa*?

—“Si no se suprime el *sufragio universal* y si continúa manteniéndose la cifra escesiva del presupuesto; de esa monstruosa mezcla nacerá indudablemente una *revolucion social* [2].”

Y tambien el cadalso: ¡gracias!

Sacaremos de esto la consecuencia que el sufragio universal coloca á una nacion como el equilibrista sobre una cuerda con su balancin, en la imposibilidad de marchar derecho y firme, atendido á que, teniendo continuamente que atender á las manifestaciones populares que deben sucederse de vez en cuando, tendrá continuamente que saltar de aquí para allá, ya en una, ya en otra posicion. ¿Diremos que el sufragio universal deberá ser colocado un dia entre las grandes decepciones de la época? No, presérveme el cielo. El voto universal está llamado sin duda á una organizacion que, mas tarde, le hará digno de un gran pueblo. Entretanto, ¡que haga funcionar la máquina lo menos posible! El porvenir hará la prueba.

## CAPITULO X.

### ¿A dónde vamos?

¿A dónde vamos? Gran cuestion!

Escepto Dios, ¿quién podría responder?

“*La Francia boga hácia mares desconocidos,*” ha dicho en estilo poético M. de Lamartine.

Lo que quiere decir en estilo vulgar: “*La Francia no sabe ya donde se halla.*”

En otro tiempo, sin embargo, tenia un camino, una brújula, un piloto. Pero, hoy, esas cosas son muy viejas para un pais que quiere á todo precio cosas nuevas. Por lo mismo, es preciso ir adelante, vendados los ojos y al acaso. Llegaremos. . . . Dios sabe donde.

(1) Carta de M. Prudhom á la *revolucion democrática y social*.

(2) *La Prensa*, Setiembre de 1849.

Sin embargo, guardémonos de perder el ánimo. . . . A despecho de los *socialistas* que declaran que la Francia no tiene ya el derecho de escoger su forma de gobierno, nuestro pais será siempre dueño de sus destinos. En vano los que han escalado el sitio quieren que se derriben las escaleras para no dejar subir á nadie, poca gente adoptará el principio de M. de Montalembert que: *Es preciso sostener todos los gobiernos*. Luis XVI era uno, Robespierre tambien, Ledru Rollin y Prudhom hubieran podido llegar á ser gefes del Estado; hubiera sido preciso sostener igualmente á Luis XVI y Robespierre, á Prudhom y Ledru Rollin? . . . .

En medio de las grandes familias de las naciones europeas, la Francia es, sin contradiccion, una de las primeras. Es preciso que marche con la Europa ó que la Europa marche con ella. Los pueblos no tienen el derecho de decirle: *Haz como nosotros!* Tampoco tiene ella el derecho de decir á los pueblos: *Haz como yo*. Pero, no obstante, de grado ó por fuerza, la Europa y la Francia deben aceptar, hasta cierto punto, el mismo orden de ideas y seguir la misma línea de principios, sin lo que, por todas partes guerra y discordia; ningun reposo en ningun lugar.

Napoleon estaba penetrado de este sistema: así es que le habia puesto en práctica, cuando, apoderándose de la corona, con ayuda de los prestigios de la gloria, trató de fundar en Francia una monarquía nueva.

—“Antes de poco, decia, mi dinastía será una de las mas antiguas de la Europa, es preciso para que todas las naciones se armonicen con la Francia.”

Bien pronto, en efecto, la España, la Italia, la Holanda, la Westfalia, la Suecia, &c., formaron á la voz del Carlomagno moderno, un círculo de jóvenes tronos que, satélites coronados, giraban en derredor del grande astro. Solo este último resplandecia. Era un hermoso espectáculo. . . . para él.

La Francia, es muy cierto, no tenia entonces mas que pocas *libertades*; pero, en cambio, cuántos espectáculos! Sus cadenas de hierro eran brillantes como guirnaldas de pedrerías. Despues de los combates homicidas que le robaban sus mas queridos hijos, los *Te Deum* de la victoria, llegando á su oido, cubrian el *crespon* de los funerales. Esclava y reina, consolábase de la servidumbre por la gloria: tenia un dominador, pero dominaba á todo el mundo: un hombre la humillaba ante sí, pero el mundo se humillaba ante ella; y, aun cuando tuviera á menudo de qué quejarse, el orgullo ahogaba la queja.

† Reconstituida militarmente á la francesa, la Europa sierva estaba, pues, en perfecta armonia con la nacion encadenada. El derecho del sable habia llegado á ser por todas partes la autoridad fundamental. Napoleon.

ni fuera ni dentro admitia mas que dos virtudes patrióticas: la sumision y el silencio.

Pero la cuerda demasiado tendida se rompe: el imperio cae; el rayo estalla sobre el hombre del destino; y hé ahí la antigua monarquía francesa que, de en medio de los desastres y naufragios, reaparece como una áncora de salvacion. En el mismo instante todas las viejas dinastías brotaban de sus tumbas; y todas las nuevas coronas desaparecian.

El rey legitimo habia subido al trono de Francia; la Europa vuelve en seguida á recobrar sus reyes legitimos; y lo mismo entonces que antes, acuerdo perfecto entre la Europa y la Francia.

Las instituciones despóticas habian tenido su reinado, las ideas constitucionales tuvieron su turno. La espada no fué la *ultima ratio* de los pueblos y de los soberanos: Luis XVIII habia dado una carta á sus Estados; todos los Estados quisieron una carta á lo Luis XVIII. Paris rigió aun el mundo, y el mundo imitó á la Francia. Siguióse una paz general.

Entonces tuvo lugar la gran desmoralizacion de 1830, la mas fatal de las revoluciones modernas. Las otras se habian presentado sin máscara, declarando altamente la guerra á los principios del derecho; la fuerza y la arbitrariedad eran sus medios conocidos. Fuertes eran, pero francas. Esta al contrario, que era una *cobarde traicion*, proclamábase *regeneracion social*. Las asechanzas infames eran llamadas justicias nacionales. La *usurpacion* se declaraba *legitimidad* por el hecho de la voluntad pública, que, sin embargo, no habia nunca sido llamada á pronunciar. El crimen se llamaba virtud. La confusion estaba en las palabras como el desorden en las cosas; y los soberanos de la Europa, ciegos por la hipocresía de la semejanza de monarquía que se estendia humildemente ante ellos pidiéndoles la gracia de vivir, no repararon que al reconocer la ciudadanía real que brotaba de las barricadas republicanas, iban á lanzar las hordas demagógicas de la Francia y de la Europa al derribo general de las testas coronadas.

El gobierno de 1830, meditando en su posicion, habia conocido que le era preciso propagar las máximas revolucionarias para poner la Europa al nivel de la Francia. Fué pues abiertamente proclamado que las únicas monarquías convenientes á un siglo de progreso eran las monarquías republicanas salidas de las sediciones populares.

Las ramas menores fueron llamadas aquí y allí al derribo de las mayores, y bien pronto se vió la España, el Portugal, la Bélgica y otros Estados mas ó menos importantes, organizarse á ejemplo de la nacion de

Julio. Los *cuasi legitimistas* se pusieron como *gobiernos modelos*. Hubo dispersion general en todas las nociones de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Se llegó á no distinguirlos. Como complemento á ese trastorno general de todas las santas doctrinas, evocóse la *corrupcion*; y corrió esta á ponerse á la cabeza de todas las torpezas de la inconsecuencia política. El *becerro de oro* fué el dios del dia. Su carro triunfal, guiado por todos los genios de la pille-ria, diciéndose *el movimiento industrial*, atravesó la Francia y la Europa escoltado de accionistas arruinados, de banqueros en quiebra, de ministros acusados, de comerciantes en policia correccional y de manchas piramidales. Paris habia dado el sacudimiento, y todas las capitales remedaron á Paris. Depravacion universal.

¡ Veinte y cuatro de Febrero! salud. Nuevo cambio de decoraciones. Esta vez tambien fué preciso, para mantener el nuevo estado de cosas, poner al mundo entero en el mismo cambio y bajo el mismo pié que la Francia. El gobierno provisional organiza en seguida una combustion europea, y en los cuatro ángulos de la tierra soplan los vientos de la anarquía.

Habiamos tenido en Paris, en medio de los motines y de las desolaciones, los asesinatos del general Brea, del general Negrier y del arzobispo de Paris. Viena, Pesth, Berlin, Francfort y Roma tienen, en seguida, los asesinatos del general Latour, del conde de Lemberg, del príncipe Félix Lichnowsky, del general Auerswald y de Rossi. El emperador de Austria se ve obligado á abandonar á Viena; el rey de Prusia deja Berlin; el rey de Nápoles es sitiado en su palacio; el rey de Sajonia tiene que retirarse de Dresde! el gran duque de Baden se fuga. Casi toda la Alemania vese surcada de *gloriosas* insurrecciones y de *sublimes* barricadas. La Italia se ha alzado en todos los puntos; bátense del norte al mediodía. Ya nada hay sagrado, ya no mas diques; y el Papa es arrojado de Roma.

La lava republicana, partida del volcan de Paris, habia puesto la Europa á sangre y fuego. Era su derecho, era su papel. La república estaba en Francia; le eran precisas repúblicas á toda Europa. La demagogia triunfante arrojaba gritos de entusiasmo....

Entonces, pero un poco tarde para ellas y para sus pueblos, las grandes potencias del norte abrieron por fin los ojos: Habian reconocido á *Julio*, habian merecido á *Febrero*.

Reasumamos la cuestion en dos palabras. Es preciso una Francia monárquica ó una Europa republicana.

La Francia no puede vivir por cierto fuera de la ley de las naciones; las naciones no pueden tener una existencia completa fuera de la esfera de la Francia.

—“ Pero la Europa entera, se dirá, parece, positivamente, rechazar la “ república.”

—“ Pero la Francia, se contestará, rechaza verdaderamente la monarquía?”

A esto algunos replican:

—“ Aun está por saber, puesto que no ha sido definitivamente consultada.”

En tretanto, los acontecimientos marchan. La gran mayoría de la cámara, en Francia, recientemente, por su voto, ha consagrado, por decirlo así, el principio hereditario del conde de Chambord, reconociendo, á consecuencia del hermoso discurso de M. Berryer, que el nieto de Henrique IV no podía, como simple ciudadano, pisar el suelo de sus padres. La Alemania se constituye monárquicamente. La Hungría, cuya república no habia jamas existido mas que en las columnas de la prensa socialista, la Hungría ha capitulado. Venecia se ha sometido. Roma, despues de haber abierto sus puertas á nuestros bravos soldados, ha sacudido sus *Spartacus* de galeras. La Italia se ha pacificado. Las supremacías republicanas se han escapado aquí y allí, á través de las ruinas amontonadas, pero con los bolsillos repletos. Los *juegos de manos* comunmente acababan siempre por esto.

*Microslawski*, comandante en gefe de los insurjentes badenses, ha dejado el Piamonte para irse á Inglaterra, donde segun voz pública, ha llegado con cajas llenas de oro.

*Ledru Rollin*, sin carecer de nada, se halla en Lóndres con sus hermanos y amigos.

El sargento *Boichot* se halla en Suiza á la cabeza de una sociedad roja.

*Mazzini* está en Génova muy cómodamente.

*Garibaldi* se ha ido á Malta. (1)

*Kossuth* se halla provisionalmente en Turquía con los tesoros de que se supo apoderar. (2).

El gefe revolucionario *Bachonin* y los miembros del gobierno provisio-

(1) Algunos periódicos han afirmado despues, que estaba en *Turin*; otros que en *Génova*; otros que en *Ación*.

(2) *Kossuth* se habia apoderado de todos los diamantes de la corona de Hungría; hasta se le vi ódar uno de los mas hermosos como recompensa á uno de sus gefes.

nal de Dresde que habian obligado al rey de Sajonia á retirarse á la fortaleza de *Konigsten*, están en el dia prisioneros en esta misma fortaleza.

En cuanto á los defensores de Roma, los piadosos *cristianos* entusiastas de Pio IX, han tenido un *meeting* en Londres, donde han declarado que se hacian protestantes.

Por fin, *Bem*, el libertador *cristiano* de la Hungría, se ha hecho *pachá turco* en el Bósforo (1).

Todos los tizones revolucionarios no son pues hoy mas que carbones encendidos sobre cenizas frias. El orden y la confianza renacen en todas partes. Los tronos se aseguran. Será la Francia la única que se quede atrás en el movimiento europeo?.... No puede ser tal su papel. Acostumbrada á ir siempre adelante y á abrir la marcha, tiene un gran fin que esperar; grandes destinos que llenar.

## CAPITULO XI.

### La República Romana.

LA destruccion europea de las repúblicas salidas de la *Brutomania* francesa, habrá sido un espectáculo curioso y una leccion severa dadas á los siglos.

—“ ¿Qué quereis que hiciesen?” se preguntará.

El viejo Horacio hubiera respondido:

—“ ¡ Que murieran!”

Y bien, esto es hecho: han muerto. No pensemos ya mas que en sus funerales, y que no salgan ya de sus tumbas.

—“ ¡ Que murieran! Nada mejor, contestaria yo tambien á mi vez. Pero, al menos hubiera sido preciso heroismo en su momento supremo; y muchas de estas difuntas, al contrario, han fallecido que daba lástima verlas.”

Y es que los gefes republicanos de nuestros dias obran en opuesto sentido de las palabras del general Cambronne: “ *Se rinden y no mueren.*”

No muere mas que su causa.

La mayor parte de entre ellos mandan que se saque la espada; pero la suya permanece en la vaina. Ordenan el fuego, pero no van. Afirman que la república inmortal escapará de todos los peligros; y en efecto, en la persona de sus representantes se escapa.... por las ventanas.

El *Conservatorio* ha sido el payaso de la *Orangerie*.

(1) Varios de sus capitanes, tales como *Kmetty* y *Stein &c.*, se han hecho musulmanes con él por la misma causa.

Esceptúo la Hungría; allí ha habido el espectáculo de valerosos combates; allí no ha habido las miserias de una vergonzosa república.

¿Y qué ha sido de las santas insurrecciones de la Prusia, del Austria, de la Italia, de la Baviera y de las orillas del Rhin?... ¡Ay! Esas gloriosas explotaciones de la humanidad estúpida por la humanidad doliente han terminado por un lamentable; *¡Sálvese quien pueda!* La república madre, confesémoslo francamente, ha tenido que avergonzarse cruelmente de los hechos y gestos de su hormiguero de abortos.

—“¿Pero dónde están, pues, los realistas?” gritaban en otro tiempo los presuntuosos de 1830.

—“¿En donde están los republicanos?” pregunta hoy todo el mundo.

¡Ah! si de un lado los *desenvaina-espadas*, paladines del socialismo, invocan en vano soles de Austerlitz; de otro lado, en cambio, ¡cuántas triunfantes peroraciones en los labios de los *arriésgalo-todo* demagógicos! la victoria estaba siempre en ellos *palpitante de actualidades*. Veamos el conjunto de sus dramas.

*Acto 1º*—Regeneración popular: es decir, confusión general; el caos puesto en escena.

*Actos siguientes*.—Pillajes y devastaciones mandadas por los salvadores; ruina y desesperación de los salvados. Complemento de la anarquía.

*Ultimo acto*.—Necesidad del regreso al orden haciéndose sentir imperiosamente; y, al desenlace del drama, como cuadro consolador, derrota de la república.

¿Dónde está la regencia de Baden? ¿Qué ha sido de los revolucionarios de Manheim y de Dresde? ¿Dónde están los triumviros de Roma?

¡Roma! Me detengo al pronunciar este grande nombre. Y ¡qué! la capital de la cristiandad habrá osado derribar la sacra sede!

¡Oh! con el vicario de Cristo, Roma es el altar viviente del mundo católico y la vida eterna para siempre. Sin el Papa, Roma no sería la ciudad de la gloria y salvación en la cual se fijan las miradas respetuosas de todas las naciones fieles; no sería más que la gran tumba de la reina del universo. Los romanos, con el pontífice supremo, son los ciudadanos de un imperio espiritual que se engrandece de día en día por la extensión de la fé; de un imperio, el primero de todos, á quien ha sido prometido el mundo entero, y que, bajo la bandera de Cristo, sigue siempre adelante.

Destronando al Papa, se habrían los romanos quitado á sí mismos la corona.

¡Roma! A este gran nombre, al cual tantos recuerdos van unidos, có-

mo mezclar el burlesco cuadro de los Mazzini, de los Canino, de los Garibaldi y otros *ejusdem farinae!* La mayoría de los demócratas *romanos* eran *polacos, alemanes y belgas*, habian dejado sus comarcas del Norte para salvar sus nacionalidades del Mediodía. Las revoluciones son su vida; su patria, la insurrección.

¡Y qué pomposas eran sus frases!

“¡Las águilas del monte Aventino se elevan en el cielo resplandeciente de la resucitada ciudad eterna!”

¡Qué grandiosidad de espresión!....

Desgraciadamente, las nuevas águilas del monte Aventino hacian echar menos las viejas ocas del Capitolio.

Bajo el valiente Mazzini que, durante las batallas presentes, se reservaba para batallas futuras, las viejas ilustraciones de Roma, decian, acababan de reconocer sus cenizas más admirables que nunca. Sin embargo, aun cuando cada uno de los habitantes de la ciudad quisiera poner mano al pastel republicano, en vano se buscaba un *Scévola* para presentar su brazo al fuego. Los nuevos *Horacios Cocles* del Tíber estaban por conservar sus dos ojos sanos y salvos para contemplar, desde lejos, ese puente célebre donde ningun deseo tenían de batirse. Los *Curcios* abrian muchos abismos, pero ni uno solo se arrojaba.

“*Para salud de la patria*, decia el antiguo Bruto con voz heroicamente antipaternal, *que se mate en el acto á mis dos hijos.*”

La nueva república de Roma se espresaba aun más enérgicamente: “*Para el triunfo de mi causa*, decia con la sublimidad anticristiana de una calculada abnegación, *que todos mis hijos mueran, si es preciso.*”

¡Pensamiento evidentemente más ámplio!

## CAPITULO XII.

### Luis Napoleon.

HABIASE creído que con el trono caería la corte: era un error.

*Lamartine*, gefe del gobierno provisional, era el *bardo-rey* de la época. Su gloria fué elevada hasta las nubes; y, antes que la lira de que habia querido hacer una trompeta, no se transformase en sonaja, proclamábasele el *Orfeo libertador*.

El soldado *dictador* que, después de haberse vivamente interesado en las bayonetas de la república progresiva, habia acabado por tirar metrallazos contra las barricadas de sus hermanos, *Cavaignac*, era saludado tanto en prosa como en verso, con todos los títulos de héroe sublime y piramidal que se conceden comunmente á todo guerrero más ó menos *César*.

Los *Sobrier*, los *Barbés*, los *Raspail*, los *Blanqui*, todas esas guillotinas de las que se había querido hacer tronos, antes que el pié de Dios, apoyándose en esos sangrientos barro, los hubiera hecho volver al lodazal, esos tenían también sus antesalas, sus aduladores y sus poetas. No existe monstruo que no tenga sus altares.

Los *Luis Blanc*, los *Caussidiere*, los *Marrast*, los *Dupont de l'Eure*, todas esas banderas que no son más que sudarios, han tenido su tiempo como los otros. Cuando erguían su frente en medio de los desastres con que se honraban, veían también á sus piés esos eternos hornillos....donde arde un incienso eterno.... ¡ay! no importa por quién!

Y ahora, en el Eliseo, Luis Napoleón á su vez. Cada uno el suyo. Otros en seguida. Así lo quiere la misma constitucion.

Pero antes de oír los ditirambos, ¡cuántas injurias tuvo que sufrir!

“¿Qué ha hecho, decían, ese sobrino de Bonaparte? *Strasburgo* y *Bonia*. Después del primero, un perdón; después de la segunda, una cárcel. Hé ahí su *Austerlitz* y su *Wagram*.”

M. Prudhom, después de haber hecho una visita á Luis Napoleón que llegaba de Londres y que había manifestado deseos de verle, escribía estas palabras en su librito de memorias: *Genio mediano*; ¡DESCONFIAR DE EL!

Pero dejémonos de vanos ultrajes. Ocupémonos en este instante de las aclamaciones lisonjeras que saludan, en el palacio del Eliseo, al heredero del héroe de Jaffa. ¡*Jaffa!* en tiempo de epidemia, este nombre debía asomar á mis labios; porque, aunque allí fuese grande el emperador, es un recuerdo de la peste.

El incienso arde, suenan las liras, el presidente de la república vé ahora á sus piés, no á todos los príncipes de la tierra como en tiempo del Señor del mundo, sino á todos los adoradores de las causas triunfantes, lacayería admiradora de todos los regímenes pasados. Estos no comprometen nunca ni su posición ni su porvenir; el vencido cae, reniegan de él; el vencedor se eleva, le inciensan. ¡Y aun si no hicieran más que *apoteoscar* al que sube! ¡pero insultan al que ha caído!

Hubo en otra tiempo hombres, llamados *conservadores* que pluma en mano, elevaban hasta el séptimo cielo al rey de las barricadas de 1830.

Y qué escriben hoy?

“El hijo de *Igualdad*, el discípulo de la señora de *Gentis*, no cria ni en el catolicismo ni en el trono; he ahí porque un pobre soplo revolucionario ha bastado para derribar á la caña que se creía una encina real (1).”

Pero en fin, el sobrino de Napoleón tiene por qué gloriarse de la extraña posición en que se encuentra?

(1) Periódico el *Diez de Diciembre*, Julio de 1849.

*Presidente* de la república, es responsable de todas las faltas que puedan cometerse, y la *Asamblea* no puede serlo; él es superior á la asamblea, él es el jefe. Está obligado á ejecutar de buen ó mal grado los decretos de la dicha asamblea y corre todos los riesgos. ¿Es inviolable? no; puede ser procesado. Da órdenes al ejército y no puede mandarlo en jefe. No es más que un magistrado móvil, y ni siquiera es independiente. Finalmente, no tiene más que el simulacro del poder, la realidad está en otra parte.

Luis Bonaparte, es cierto, tiene el recurso de los golpes de Estado: tiene *brumarios* y *Waterloo*; pero jugaría en ellos más que su suerte, jugaría la de la Francia. También puede cambiar de ministros á su placer; puede colocar al frente del gobierno hombres enteramente adictos á su política personal, y á su interés particular: esto contentaría al Eliseo, pero el Eliseo no es la Francia.

Sin embargo, el electo del diez de Diciembre ha visto el último invierno llenarse sus salones de los nombres los más admirados de verse juntos, nombres que, hasta entonces, habían permanecido perseverantes en las nobles vías de la adhesión y de la fidelidad.

Ha recorrido en seguida diversas provincias; y en cualidad de presidente de la república; el príncipe ha sido recibido con solemnidades régias. Un obispo le ha dado el título de *augusto* en medio de sus *ciudadanos*. Arengas oficiales, banquetes espléndidos, entusiasmos nacionales, todo le ha sido ofrecido como á sus predecesores; y todos los corazones han volado con *embriaguez* hácia él, mientras que aguardaban el lanzarse con *transporte* hácia otro. El hombre cambia, pero la fiesta nunca. Otro ídolo, ovación igual.

Una cosa que importa hacer constar son los gritos de *Viva la república!* y *Viva la constitucion!* mirados como sediciosos al paso del presidente. Después de los excesos de la anarquía, el pueblo se arroja con avidez en las exageraciones contrarias. Cuando se le ha saciado de desorden, acaba por pedir más que orden. Hé ahí el significado de los últimos entusiasmos de provincia.

No han faltado por cierto á Luis Napoleón ni serenatas, ni campaneos, ni salvas de artillería, ni arcos triunfales, ni luces, ni fuegos de bengala; pero tocante á aclamaciones, no las recibió más frenéticas que las que recojieron los *ciudadanos* Lamartine, Ledru Rollin, Flocon y compañía cuando se pavoneaban en las calles, tras de los difuntos de Febrero.

Pero Luis Napoleón no sería el sobrino de un grande hombre si no supiera hacerse superior á las adulaciones de la fortuna y á la embriaguez del poder. Noble enviado de la Providencia, tiene que cumplir una alta

mision, mision que está al nivel de su nombre. ¡Ojalá pueda mostrarse digno de ella!

La Francia, en las épocas nefastas, tuvo siempre para arrancarse á su pérdida, un socorro imprevisto del cielo, una égida reparadora. Luis Napoleon, salido de en medio de los huracanes como para rechazar el rayo, será, no lo dudemos, del número de esas naturalezas privilegiadas que Dios creó para la patria, que se sacrifican . . . . y que la salvan.

¡Grandes destinos hay en frente de él . . . . Hay una página en la historia de Francia, una página, conservada aun en blanco hasta aquí: en que el heredero del mas gran genio de los tiempos modernos podria inscribir su nombre en caracteres inmortales.

Que llene esta página, y el sobrino reemplazará al tio: porque, de la misma manera que la adhesion es lo sublime del valor, la abnegacion es el *nec plus ultra* de la gloria.

En una tierra monárquica hay algo mas grande que ser rey; hay el saber, con abstraccion de todo interés personal, reconstruir el trono.

Es hermoso conquistar un vasto imperio, pero es mas hermoso levantar un edificio social. El uno no prosigue mas que una carrera; el otro llena un vasto sacerdocio.

Es una dicha el poder citar siempre los versos de un gran poeta. He ahí unos del *realista* Lamartine al prisionero de Santa Helena:

Si á legítimas manos el cetro retornando,  
Y á víctimas reales alzando en tu pavés,  
Su trono y su derecho, altivo proclamando,  
Devuelto su diadema hubieses á su sien:  
Soldado de los siglos, en la futura historia  
Mas grande que los reyes, de reyes vengador,  
La dicha de los pueblos, la aureola de la gloria,  
Hubiera proclamado tu nombre triunfador.

¡Napoleon murió en el destierro! . . . . ¡y qué destierro! . . . . ¡y qué muerte!

¡Oh! cuantas veces el preso de *Ham*, á imitacion del cautivo de Santa Helena, ha tenido ocasion de meditar tras las rejas de su prision, sobre la posicion de la Europa. Sabia que la Francia y el mundo entero eran surcados y removidos por las ideas fatales que desorganizan toda sociedad; oia los sordos rugidos de una próxima tempestad; presentia los nuevos triunfos de la anarquía; veia, de lejos, las circunstancias en poder de los hombres del socialismo; y cuantas veces en fin, desde el fondo de su alma adicta á la patria, demasiado sabio para soñar en el imperio, ha podido decir tambien:

—“¡Plaza al derecho!”

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## SEGUNDA PARTE.

### El Trono y Frohsdorf.

#### CAPITULO XIII.

##### Viaje.

DESDE Julio de 1830, no habia visto mas que una vez al rey Luis Felipe: fué el 24 de Febrero, al pié del obelisco de Luqsor, cuando pasaba la justicia de Dios.

Los salones del Eliseo Nacional no me han visto bajo el presidente de la república, como no me vieron bajo la monarquía ciudadana.

Tenia pues derecho para ir á Frohsdorf.

Tras las desgracias y la vergüenza, los consuelos y la esperanza.

Partí de Paris el 5 de Setiembre.

Pero antes los representantes del pueblo soberano entraban en vacaciones por seis semanas. Sus Majestades de á 25 francos por dia, habian ido á descansar, sobre sus laureles, de los combates del palacio legislativo. Habia sido tarifado á 200 francos el valor de cada bofetón que cada uno de ellos podia en adelante recibir en el ejercicio de sus funciones (1), y Paris no tenia ya á los 750 reyes. . . . bajo los cuales florecia la época.

Habiase pasado el 15 de Agosto sin que una sola *vela romana* y ni la mas pequeña *linterna japonesa* hubiesen públicamente festejado el dia de San Napoleon. Habia habido sobre esto desesperacion entre los seides del Eliseo. Y, en efecto, cómo creer en la estabilidad de un poder al cual no se ha concedido no solo un dia, sino que ni algunas horas de lamparillas y algunos minutos de cohetes! Estas cosas por efimeras y fugi-

(1) Sentencia del tribunal correccional en el asunto de los ciudadanos Bonaparte y Gastier, representantes del pueblo.

mision, mision que está al nivel de su nombre. ¡Ojalá pueda mostrarse digno de ella!

La Francia, en las épocas nefastas, tuvo siempre para arrancarse á su pérdida, un socorro imprevisto del cielo, una égida reparadora. Luis Napoleon, salido de en medio de los huracanes como para rechazar el rayo, será, no lo dudemos, del número de esas naturalezas privilegiadas que Dios creó para la patria, que se sacrifican . . . . y que la salvan.

¡Grandes destinos hay en frente de él . . . . Hay una página en la historia de Francia, una página, conservada aun en blanco hasta aquí: en que el heredero del mas gran genio de los tiempos modernos podria inscribir su nombre en caracteres inmortales.

Que llene esta página, y el sobrino reemplazará al tio: porque, de la misma manera que la adhesion es lo sublime del valor, la abnegacion es el *nec plus ultra* de la gloria.

En una tierra monárquica hay algo mas grande que ser rey; hay el saber, con abstraccion de todo interés personal, reconstruir el trono.

Es hermoso conquistar un vasto imperio, pero es mas hermoso levantar un edificio social. El uno no prosigue mas que una carrera; el otro llena un vasto sacerdocio.

Es una dicha el poder citar siempre los versos de un gran poeta. He ahí unos del *realista* Lamartine al prisionero de Santa Helena:

Si á legítimas manos el cetro retornando,  
Y á víctimas reales alzando en tu pavés,  
Su trono y su derecho, altivo proclamando,  
Devuelto su diadema hubieses á su sien:  
Soldado de los siglos, en la futura historia  
Mas grande que los reyes, de reyes vengador,  
La dicha de los pueblos, la aureola de la gloria,  
Hubiera proclamado tu nombre triunfador.

¡Napoleon murió en el destierro! . . . . ¡y qué destierro! . . . . ¡y qué muerte!

¡Oh! cuantas veces el preso de *Ham*, á imitacion del cautivo de Santa Helena, ha tenido ocasion de meditar tras las rejas de su prision, sobre la posicion de la Europa. Sabia que la Francia y el mundo entero eran surcados y removidos por las ideas fatales que desorganizan toda sociedad; oia los sordos rugidos de una próxima tempestad; presentia los nuevos triunfos de la anarquía; veia, de lejos, las circunstancias en poder de los hombres del socialismo; y cuantas veces en fin, desde el fondo de su alma adicta á la patria, demasiado sabio para soñar en el imperio, ha podido decir tambien:

—“¡Plaza al derecho!”

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## SEGUNDA PARTE.

### El Trono y Frohsdorf.

#### CAPITULO XIII.

##### Viaje.

DESDE Julio de 1830, no habia visto mas que una vez al rey Luis Felipe: fué el 24 de Febrero, al pié del obelisco de Luqsor, cuando pasaba la justicia de Dios.

Los salones del Eliseo Nacional no me han visto bajo el presidente de la república, como no me vieron bajo la monarquía ciudadana.

Tenia pues derecho para ir á Frohsdorf.

Tras las desgracias y la vergüenza, los consuelos y la esperanza.

Partí de Paris el 5 de Setiembre.

Pero antes los representantes del pueblo soberano entraban en vacaciones por seis semanas. Sus Majestades de á 25 francos por dia, habian ido á descansar, sobre sus laureles, de los combates del palacio legislativo. Habia sido tarifado á 200 francos el valor de cada bofetón que cada uno de ellos podia en adelante recibir en el ejercicio de sus funciones (1), y Paris no tenia ya á los 750 reyes. . . . bajo los cuales florecia la época.

Habiase pasado el 15 de Agosto sin que una sola *vela romana* y ni la mas pequeña *linterna japonesa* hubiesen públicamente festejado el dia de San Napoleon. Habia habido sobre esto desesperacion entre los seides del Eliseo. Y, en efecto, cómo creer en la estabilidad de un poder al cual no se ha concedido no solo un dia, sino que ni algunas horas de lamparillas y algunos minutos de cohetes! Estas cosas por efimeras y fugi-

(1) Sentencia del tribunal correccional en el asunto de los ciudadanos Bonaparte y Gastier, representantes del pueblo.

tivas que fueran, hubieran, sin embargo, estado en armonía. . . . con el conjunto de la posición.

El congreso de la paz, llamado por M. Prudhom una *truhanería maltesa* acababa también de disolverse en el salón de los cantos y las danzas de Chaussee de Autin. Habíanse reunido gentes de todos países, ideas de toda especie y figuras de todo género. Todo esto se amalgamaba sin ponerse de acuerdo y se aplaudía sin comprenderse. Algunos se elogiaban á cada dicho, varios se abrazaban á cada instante, muchos reían á cada arenga. En una palabra, habían pensado que el momento en que todos los gobiernos estaban sobre las armas para salvar la sociedad de una sumersión completa, era una época admirablemente escogida para pedir, en provecho sin duda de las catástrofes, el desarme general de la Europa. Se quería un pacto de paz universal entre todas las naciones; salvo el correr el riesgo de las barricadas patrióticas en los cuatro ángulos del mundo.

—“¿Pero qué hacer, preguntaban, en el caso probable en que un país resistiera al deseo del congreso de la paz, ó faltara al tratado?”

—“¡Y bien! apresurábase á responder, se le haría la guerra. . . . para impedirle hacer la guerra.”

¡Bravo! ¡viva la paz! y. . . . ¡á las armas!

Me había detenido en Bélgica en la hermosa quinta de Dúras, en casa la señora condesa de Oultremont, y había partido para atravesar el Rhin. No oía hablar en todas partes mas que del augusto viage que Ems había tenido la dicha de poseer un momento. Franceses de todas condiciones, grandes y pequeños, ricos y pobres, habían corrido á su paso; todos mezclados sin distinción, habían recibido la misma acogida; era verdaderamente una fiesta de familia, y de otra cosa no se hablaba que del efecto extraordinario que en todos había producido el príncipe. Cada uno repetía con entusiasmo una multitud de palabras amables y de expresiones dichosas que habían tenido la felicidad de oír, y en que se desarrollaba la grande alma del príncipe, alma eminentemente francesa. Muchos ojos habían derramado lágrimas á su vista, muchos corazones habían latido al escucharle.

Sus reales infortunios, soportados con tan simpática resignación; tanta sencillez enlazada con tanta grandeza; la belleza de sus rasgos, unida á la dignidad de sus modales, todo en él había tenido sobre la multitud un prestigio irresistible, la había cautivado, fascinado.

La verdad no mata inmediatamente el error y las prevenciones, pero,

poco á poco, las ayuda á morir. En el momento mismo en que el conde y la condesa de Chambord atraían á Ems una multitud de peregrinos, tanto gente del pueblo como titulados, la duquesa de Orleans y sus hijos seguían también las orillas del Rhin. Solo que estos pasaban tristes y silenciosos, sin que los pueblos tomasen interés, sin despertar el menor entusiasmo: ninguna aclamación á su paso; el viento del cielo soplaba en otra parte.

¡Estraño destino el de las dos razas! La primera arrojada por la segunda; y esta herida después de la otra. Ambas en los campos del desierto; y una y otra clavada la vista en Francia!

Pero, en el terreno del mismo infortunio, ¡que enorme diferencia entre ellas! La una tenía los remordimientos y la falta, y la otra una vida sin mancha y el derecho. ¡Qué papeles tan diversos!

Y ahora, que se vaya á negar la fuerza del principio hereditario y de la monarquía legítima. El conde de Chambord, saliendo de su retiro habitual, no puede moverse un paso sin remover la Francia entera, y, con ella todas las naciones de que es el centro y el punto de mira. Los menores movimientos del príncipe ocupan y agitan á la Europa. Por todas partes el edificio social ha estado á punto de derribarse bajo los truenos de Febrero; ¡qué ha hecho el conde de Chambord? Retirado sabiamente á un lado, ha dejado pasar los acontecimientos; y bien! poco á poco esos mismos acontecimientos se han vuelto en cierto modo hácia él como para pedirle la solución de un espantoso poema, y el desenlace de un drama fatal; tan cierto es que la Francia siempre grande, aun en sus desgracias, en sus reveses y en sus caídas, se encuentra ser todavía árbitra del mundo hasta en el proscrito que la llora.

Cuando no hay estabilidad en Francia, no hay seguridad en ninguna parte. Me confirmaba por todas partes en esta opinión. A lo largo de mi camino, mezclábame á todas las conversaciones de wagones, de posadas, y de mesas redondas; y, como conocían que yo era francés, poco mas ó menos, resultaba por todas partes el diálogo siguiente:

—“Venis de París?”

—“Sí señor.”

—“Y bien! y la república? . . . .”

Me callaba y una carcajada general se dejaba oír.

En seguida se me preguntaba.

—“Pero será cosa de no salir nunca la Francia de su estado provisional?”

—“Eh!”

—“Evidentemente tiene necesidad de llegar á un puerto tras de tantos huracanes.”

—“ Es cierto.

—“ Le es precisa ó la legitimidad con el conde de Chambord, ó la re-  
gencia con el conde de Paris, ó el imperio con Luis Napoleon.

—“ Ah! bah!

—“ Creéis acaso en la república?

Esto pedía una contestacion categórica. Entonces recurria á esas fra-  
ses elásticas, como aquellas de que se hace tanto consumo en la diploma-  
cia, que á todo responden y nada significan.

—“ Seguramente no, replicaba yo. Sin embargo, permitid, es preciso  
“ ver. Sobre todo, fuerza es no apresurarse. Los acontecimientos mar-  
“ chan. Solo falta dejar hacer. Dios es grande. La Francia es inté-  
“ ligente. Esperemos.”

Veía entonces encogerse á todos los hombres; y, mostrándome con el  
dedo, murmurábase en voz baja:

—“ Quién es, pues, ese señor? Es estúpido.”

Me espesaba sin embargo á la manera de ciertos espíritus de nuestra  
época, indiferentes que se llaman moderados, y que, jugadores de age-  
drez político, siempre están temiendo mover una pieza por miedo de agi-  
tar algo.

Atravesé Berlin rápidamente. Los periódicos estaban llenos del efec-  
to que habia producido en Francia la carta del presidente de la repúbli-  
ca á M. Edgardo Ney, relativa á Roma y al Papa.

—“ Si se queria imitar al emperador Napoleon, decian los órganos de  
“ la prensa, no es su conducta hácia el Papa lo que era preciso tomar  
“ por modelo.

—“ Acaso Luis Bonaparte se cree no solamente heredero del imperio  
“ francés, sino tambien *rey de Roma*. . . . Quisiera acaso rehacer un *depar-*  
“ *tamento del Tíbre*?

—“ Su carta está fechada en el Eliseo: parece haber sido escrita en  
*Strasburgo* ó *Bolonia*.

Tales eran las acusaciones de todas partes formuladas contra el presi-  
dente. Su carta era mirada como una señal de dislocacion.

Y sin embargo, su carta, que no era por cierto un acto político, no te-  
nia realmente ningun carácter oficial. La firma de un ministro hubiera  
solo podido darle un valor constitucional: no era pues mas que una con-  
fianza íntima. Ahora bien, si las correspondencias del presidente, salien-  
do aquí y allí de todos los bolsillos, iban á ser publicadas como boletines  
de leyes, resultaria una política epistolar estra-judicial que por el correo y

bajo cubierta, quitaria toda unidad al poder, y á cada correo pondria en  
cuestion el reposo de la Europa.

En último resultado, esta carta habrá acaso parecidosse á esas tocatas  
que hacen prestar el oido á los transeuntes; pero que, cuando su último  
son se ha desvanecido en los aires, nada dejan detras de ellas.

#### CAPITULO XIV.

##### Llegada á Frohsdorf.

DE Berlin á Viena, habia caminado noche y dia, y no permanecí mas  
que algunas horas en esta última capital donde resonaban las mas atur-  
didoras aclamaciones. El mariscal Radetzki acababa de hacer su entra-  
da triunfal; el mismo emperador habia salido á su encuentro; y el entu-  
siasmo de la ciudad habia llegado á su colmo.

Viena, lo mismo que toda Europa, tenia ya bastantes glorias de barrí-  
cadas y prosperidades de república. Los ojos empezaban allí á abrirse  
como en todas partes.

Tomé el camino de hierro de *Neustadt*. Las estaciones se mostraban  
aun guarnecidas de guiraldas y trofeos. La ruta estaba alfombrada de  
flores; Radetzki habia pasado por allí.

Encaminéme en seguida hácia Frohsdorf. Desplegábase á mis ojos un  
valle fértil y risueño, engastado en el horizonte por una larga cadena de  
montañas dominada por el nevado pico de *Scheiberg* (1); iba yo en cale-  
sa descubierta; y bien pronto distinguí, á lo lejos, el noble y apacible re-  
tiro en que el nieto de San Luis aguarda, con la resignacion de una gran-  
de alma, la hora de Dios y de la Francia.

Paróse por fin mi carruage en el término de su carrera. Acudióme á  
la mente mirar el castillo, sus fosos, sus estatuas, sus ojivas y sus pórti-  
cos? No; un solo pensamiento absorvia entonces todas mis facultades;  
iba á ver á *Enrique de Francia*!

Recordaba que pocos años antes habia ido á saludarle bajo otro techo:  
*Kirchberg*. Habia llegado á la caída de la noche. El castillo, por el es-  
terior, estaba poco iluminado, y suspiraba entonces pensando en las Tu-  
llerías que noche por noche resplandecian de luces, tanto era lo que Luis  
Felipe parecia empeñado en persuadir á los parisienses que habia allí un  
rey de Francia continuando la monarquía de Luis XIV.

Esta vez, todo habia cambiado. No mas luces en las Tullerías; la no-  
che, la soledad y el silencio habian reemplazado el brillo, el ruido y la

(1) *Scheiberg*, montaña de nieve. Es uno de los picos mas altos de la comarca,

autoridad. La vida, la vida nacional habia salido de la real posada parisiense, donde, desde la primera revolucion, se habian sucedido, para vergüenza del pais, tantos poderes efimeros, tan mentirosos ídolos y tantos esplendores de taracea.

La vida monárquica y real, las tradiciones de gloria francesa, la grandeza y la virtud, recibiendo la consagracion de los sufrimientos y de la desgracia, se hallaban ahora en el poético y solitario castillo donde entraba yo como fiel peregrino. Habia allí mas que las bujías de un palacio y que las luces de una noche, habia la jóven y brillante estrella que la Providencia mantiene allí misteriosamente en reserva y cuyos rayos para salud de la Francia, empiezan á despuntar.

Aguardábanme en el castillo. El señor conde de Montbel me introdujo primero ante la augusta hija del rey mártir. Con qué respetuosa emocion me incliné de nuevo ante esa santa desterrada cuyas largas adversidades son perpetuas palmas! . . .

Se admira uno con las alegrías de la tierra; se engrandece con las pruebas á que le somete Dios. La serenidad de los rasgos de la reina Maria Teresa penetróme de admiracion; su voz tiene inflexiones mas dulces; su mirada ha tomado un nuevo encanto. La vejez retrocede ante esa grande y magestuosa figura que parece haberse embutido, de antemano, en los reflejos del cielo que la aguarda.

Dirigióme conmovedoras palabras. Preguntóme sobre la Francia. Mucho tenia yo que contar: se experimenta tal encanto en hablar de su pais en orillas extranjeras y ante seres escogidos! . . . Era escuchado como una voz de la tierra natal, como un eco de los dias dichosos. Hablábale de sus antiguos amigos de Francia; sonreía ella con felicidad á todos los nombres permanecidos fieles, y procuraba excusar aquellos cuya adhesion habia parecido vacilar. Ella no puede mas que amar ó compadecer, y compadecer tambien es amar.

Habíala yo entristecido un momento por el cuadro de nuestros últimos acontecimientos revolucionarios.

—“ *Y á donde vamos?* me dijo.

—“ *Regresamos*, le respondí. Cuando el poder, flotando al gusto de los caprichos populares, ha cesado de ser un derecho inamovible, no es mas que un pasajero acontecimiento. La Francia, que hace ya algun tiempo que marcha por un camino funesto, lo nota en fin, y se para. Cuando se para vuelve atras.”

La conversacion no tardó en terminarse; y el señor duque de Levis me acompañó á presencia del señor conde de Chambord.

El señor duque de Levis, debo decirlo aquí, es uno de los hombres mas sabios y mas distinguidos de la época. Su mérito se halla á la altura de

su adhesion. Dotado de un juicio sólido, tiene en su mente y en su alma las ideas mas patrióticas y mas nacionales. Todo lo que es progreso real y verdadera libertad halla en él un noble apoyo. El príncipe no podia escoger ni mas fiel amigo ni mas ilustrado consejero.

Entré en la habitacion de Enrique V. Este momento, uno de los mas felices de mi vida, no se borrará nunca de mi recuerdo. El príncipe salió á mi encuentro: y, tendiéndome la mano con una sonrisa llena de afecto y de bondad:

—“ Bien venido seais! me dijo. Os aguardaba con impaciencia.”

Y las mas lisongeras palabras se sucedieron en sus labios. No me atreveria á repetir las en alta voz, pero cuántas veces, embriagado de dicha, me las he repetido en voz baja! . . .

Quando la mano de ese augusto heredero de San Luis estrechó la mia con efusion, cuando su mirada, tan dulce y brillante á un mismo tiempo, me rodeó con sus prestigios, cuando su voz varonil y sonora, hablándome de *Dios lo quiere* y de mi proceso en la *cour de assises*, me dirigia expresiones de gratitud de las que me creia digno, ¡oh! como hubiera querido tener diez existencias para sacrificárselas todas! Mi corazon latia aceleradamente; hubiera querido hacerle hablar; pero lo que habia en el fondo de su pensamiento, no lo encontraba por cierto en mis expresiones.

Ah! los escépticos del dia, esos hombres que no creen ni en su Dios, ni en su soberano, y que se rien de los ímpetus del entusiasmo como de una moneda sin valor, esos, digo, no comprenden todo lo que hay de poderoso en la fé, de goce en los sacrificios, y de dicha en la adhesion: es natural; les falta un alma. Búrlense de mí; yo les compadezco.

El señor conde de Chambord se apresuró á preguntarme sobre la Francia. Su lenguaje tenia esa lealtad, esa franqueza, ese valor, ese amor de patria que Dios da á las naturalezas superiores que guardan un alto destino. Enrique de Francia ejerce una especie de fascinacion sobre todo lo que se le aproxima. Nadie sabria resistir, tanto que sus mismos adversarios convienen en ello. Así es que sea cual fuese la opinion antimonárquica de la persona que admite á su presencia, esta persona cede al encanto, y, de buen ó mal grado, se sorprende al oírse decir al separarse:

—“ *Es preciso confesar que seria un gran rey!* ”

No trazaré aquí por cierto el retrato físico del príncipe: la pintura, la escultura, el grabado y la litografia han reproducido sus facciones con bastante exactitud: dónde no se encuentra hoy su retrato? Me ceñiré á repetir una frase encantadora de la reina de Sajonia á su vista:

—“ *Es hermoso como la esperanza!* ”

Mi primera entrevista con él, aunque muy larga, me pareció breve co-

mo la luz de un rayo: tenía tantas cosas que decirle! Y, tratándose de su tierra natal, escucha tan placenteramente!

Admirado de su alta inteligencia y de los dones en todo género que del cielo ha recibido, habiaseme escapado esa exclamacion de dolor:

—“Es posible que os haya podido desterrar la Francia!”

—“Oh! no, no acuseis á la Francia, me contestó vivamente el príncipe; ella ni me ha rechazado ni proscrito. Qué reproche hubiera podido hacerme para ello?... No soy uno de sus mas adictos hijos?... Si ha habido crueles jornadas y funestas ofuscaciones, de quién es la culpa?... De las circunstancias solo.”

Comprendí su noble pensamiento. No queria hallar merecedor de culpa á nadie mas que á los acontecimientos; no queria acusar á los hombres.

—“Pero, repliqué, un destierro tan largo!...”

—“Habrá tenido sus ventajas, interrumpióme sonriendo; así he tenido tiempo para el estudio: se trabaja tan bien en el retiro! Así habré aprendido, lejos de toda intriga, á ser digno de la Francia. Luego, la desgracia es un gran maestro; y por lo regular, para juzgar como cumple á los acontecimientos y á los hombres, mejor se ve de lejos que de cerca.”

Levantóse el príncipe al decir estas palabras.

—“Aun no conoceis, creo, á la condesa de Chambord? me preguntó de pronto.”

Y á mi contestacion negativa, fué él mismo á buscarla.

No tardó en presentarse.

La princesa tiene un noble ademan, una elegante estatura, una encantadora mirada y los mas distinguidos modales. Dotada de un ingenio verdaderamente notable, su fisonomía está llena de atractivos. Todo en ella es eminentemente francés: acento, lenguaje y corazón. Agradar no es en ella un arte, no; es un derecho, es su carácter. Por lo demas, ejerce la superioridad de esas ventajas con la mas modesta sencillez. Hay magia en su voz, magestad en su menor ademan; y aun cuando no haya recibido del cielo esa perfeccion de rostro que les place soñar á los poetas, se comprende, mirándola, que se la puede amar con pasión, que se la puede mirar como un ídolo.

Y luego, cuando su mirada se clava en el conde de Chambord, oh! como la anima de espresion y encanto su amor al reflejarse en sus rasgos! Es bella entonces, verdaderamente bella, de esa belleza que no dimana solamente de algunos contornos de rostro, sino que debe su brillo al alma.

Conócese que hay en ella, bajo las suaves palabras de una muger, los graves pensamientos de una reina; así es que, segun las circunstancias,

tan pronto se hallaria á la altura de todos los peligros como estaria al nivel de todas las glorias.

Acogióme con esas palabras halagadoras y sentidas que halla siempre el espíritu, cuando el corazón hace hablar los labios. La miraba con interés. Su tocado era sencillo, pero de un gusto perfecto; su talante elegante, pero lleno de dignidad; y me repetia en voz baja, á su aspecto, este verso del poeta Delille:

“La gracia vale mas que la belleza.”

## CAPITULO XV.

### El castillo y la capilla.

ME habia sido preparada una habitacion en el castillo de Frohsdorf; el señor duque de Levis me acompañó á ella.

—“Es una celda, me dijo.”

Habitacion ninguna me habia parecido nunca mas bella.

El castillo de Frohsdorf, sin ser notable bajo el aspecto de su arquitectura, es sin embargo un hermoso edificio (1), cuadrado, de bastante vasta dimension, con cuatro fachadas, y situado en un magnífico pais. La entrada principal tiene una puerta cochera abovedada, adornada por dentro con ocho columnas y que da á un patio interior con arquerías. La mas bella fachada es la que mira al parque; está adornada con estatuas y graderías con balaustradas. Anchos fosos rodean esa morada feudal; y hermosos jardines, mitad á la francesa y mitad á la inglesa, ofrecen encantadores paseos.

Es una bella posesion sin duda; pero una palabra cruel se clava allí, una palabra que desencanta y que rasga la ilusion: DESTIERRO.

En otra época escribia estas líneas: era diez años antes de 1830.

“Solo tiene verdadero aislamiento la insensibilidad, no hay verdadero proscrito mas que el olvido (2).”

¡Ah! la augusta familia, en este caso, no está ni *aislada* ni *proscrita*. El sentimiento, arrojándola fuera de su retiro por el pensamiento, la tiene y la hace vivir sin cesar en medio de una multitud de amigos. Frohsdorf no está nunca *aislado*; nunca hay *olvido* para Frohsdorf.

Entre los obreros llegados últimamente á *Ems*, hubo dos á quienes la sola curiosidad atrajo allí. Pues bien, estos mismos, al partir, dirijieron al príncipe estas palabras:

(1) Frohsdorf fué habitado algunos años por la viuda del rey Murat, condesa de Lipona.

(2) El Solitario, capítulo VII.

mo la luz de un rayo: tenía tantas cosas que decirle! Y, tratándose de su tierra natal, escucha tan placenteramente!

Admirado de su alta inteligencia y de los dones en todo género que del cielo ha recibido, habiaseme escapado esa exclamacion de dolor:

—“Es posible que os haya podido desterrar la Francia!”

—“Oh! no, no acuseis á la Francia, me contestó vivamente el príncipe; ella ni me ha rechazado ni proscrito. Qué reproche hubiera podido hacerme para ello?... No soy uno de sus mas adictos hijos?... Si ha habido crueles jornadas y funestas ofuscaciones, de quién es la culpa?... De las circunstancias solo.”

Comprendí su noble pensamiento. No queria hallar merecedor de culpa á nadie mas que á los acontecimientos; no queria acusar á los hombres.

—“Pero, repliqué, un destierro tan largo!...”

—“Habrá tenido sus ventajas, interrumpióme sonriendo; así he tenido tiempo para el estudio: se trabaja tan bien en el retiro! Así habré aprendido, lejos de toda intriga, á ser digno de la Francia. Luego, la desgracia es un gran maestro; y por lo regular, para juzgar como cumple á los acontecimientos y á los hombres, mejor se ve de lejos que de cerca.”

Levantóse el príncipe al decir estas palabras.

—“Aun no conoceis, creo, á la condesa de Chambord? me preguntó de pronto.”

Y á mi contestacion negativa, fué él mismo á buscarla.

No tardó en presentarse.

La princesa tiene un noble ademan, una elegante estatura, una encantadora mirada y los mas distinguidos modales. Dotada de un ingenio verdaderamente notable, su fisonomía está llena de atractivos. Todo en ella es eminentemente francés: acento, lenguaje y corazón. Agradar no es en ella un arte, no; es un derecho, es su carácter. Por lo demas, ejerce la superioridad de esas ventajas con la mas modesta sencillez. Hay magia en su voz, magestad en su menor ademan; y aun cuando no haya recibido del cielo esa perfeccion de rostro que les place soñar á los poetas, se comprende, mirándola, que se la puede amar con pasión, que se la puede mirar como un ídolo.

Y luego, cuando su mirada se clava en el conde de Chambord, oh! como la anima de espresion y encanto su amor al reflejarse en sus rasgos! Es bella entonces, verdaderamente bella, de esa belleza que no dimana solamente de algunos contornos de rostro, sino que debe su brillo al alma.

Conócese que hay en ella, bajo las suaves palabras de una muger, los graves pensamientos de una reina; así es que, segun las circunstancias,

tan pronto se hallaria á la altura de todos los peligros como estaria al nivel de todas las glorias.

Acogióme con esas palabras halagadoras y sentidas que halla siempre el espíritu, cuando el corazón hace hablar los labios. La miraba con interés. Su tocado era sencillo, pero de un gusto perfecto; su talante elegante, pero lleno de dignidad; y me repetia en voz baja, á su aspecto, este verso del poeta Delille:

“La gracia vale mas que la belleza.”

## CAPITULO XV.

### El castillo y la capilla.

ME habia sido preparada una habitacion en el castillo de Frohsdorf; el señor duque de Levis me acompañó á ella.

—“Es una celda, me dijo.”

Habitacion ninguna me habia parecido nunca mas bella.

El castillo de Frohsdorf, sin ser notable bajo el aspecto de su arquitectura, es sin embargo un hermoso edificio (1), cuadrado, de bastante vasta dimension, con cuatro fachadas, y situado en un magnífico pais. La entrada principal tiene una puerta cochera abovedada, adornada por dentro con ocho columnas y que da á un patio interior con arquerías. La mas bella fachada es la que mira al parque; está adornada con estatuas y graderías con balaustradas. Anchos fosos rodean esa morada feudal; y hermosos jardines, mitad á la francesa y mitad á la inglesa, ofrecen encantadores paseos.

Es una bella posesion sin duda; pero una palabra cruel se clava allí, una palabra que desencanta y que rasga la ilusion: DESTIERRO.

En otra época escribia estas líneas: era diez años antes de 1830.

“Solo tiene verdadero aislamiento la insensibilidad, no hay verdadero proscrito mas que el olvido (2).”

¡Ah! la augusta familia, en este caso, no está ni *aislada* ni *proscrita*. El sentimiento, arrojándola fuera de su retiro por el pensamiento, la tiene y la hace vivir sin cesar en medio de una multitud de amigos. Frohsdorf no está nunca *aislado*; nunca hay *olvido* para Frohsdorf.

Entre los obreros llegados últimamente á *Ems*, hubo dos á quienes la sola curiosidad atrajo allí. Pues bien, estos mismos, al partir, dirijieron al príncipe estas palabras:

(1) Frohsdorf fué habitado algunos años por la viuda del rey Murat, condesa de Lipona.

(2) El Solitario, capítulo VII.

—“ Se nos habia engañado, monseñor ; pero os hemos visto y oido, y ahora que os conocemos, os haremos conocer á nuestros camaradas ; podeis contar enteramente con nosotros. ¡ Ah ! por qué no os hemos conocido mas pronto ! ”

Así se espresan los obreros de Francia que van á orillas del Rhin ; así hablan los que vienen de Frohsdorf, y vienen muchos. Es en todos uno mismo el lenguaje.

La capilla de Frohsdorf es sencilla, pero curiosa. Nótanse en ella dos hermosos cuadros, representando el uno á San Luis y á la santa Virgen el otro ; han sido pintados con raro talento por la jóven duquesa de Parma.

Habia yo llegado un domingo y asistí al oficio divino. La reina María Teresa estaba en la tribuna que domina el recinto piadoso. Junto á ella se hallaban el conde y la condesa de Chambord. Allí se hallaban tambien las damas de la casa : las condesas de Montbel, de Choiseul y de Cabannes.

Estaba yo sentado en uno de los bancos de la capilla con el duque de Levis, el conde de Montbel, y el marqués de Pissy. El dia empezaba á bajar. Una música llena de armonía se dejaba oír ; el incienso humeaba al pié del altar ; y dulces voces, ocultas detrás del santuario y cantando sagrados cánticos, se elevaban en coro hácia el cielo.

El abate Trebuquet estaba en el altar. Pronunció un discurso completamente evangélico antes de dar la bendición ; y noté ese pasaje :

—“ ¿ Cómo quiso Dios que empezara la carrera del salvador de los hombres ? . . . Por la *espatriación*. La huida á Egipto antes de la entrada triunfal en Jerusalem. Las pruebas antes que el premio. El Calvario antes que la resurrección. ”

En seguida, volviéndose hácia la familia real, prosiguió en estos términos :

—“ ¡ Ay ! ¡ y nosotros tambien ! tambien estamos espatriados. Esa tierra querida por la cual late sin cesar nuestro corazón, esa noble tierra que buscan de lejos nuestras miradas, esa tierra de Francia fuera de la cual parece que no se puede vivir. . . . ¡ Oh ! no. . . . no la pisamos con nuestros piés. ”

Imposible es decir la impresion que estas palabras me causaron. De rodillas, la cabeza entre mis manos, y procurando ocultar mi turbacion, llamé á la oracion en mi auxilio. Despues, elevé mis ojos hácia el príncipe ; quizá, á pesar de todos mis esfuerzos, iban á mojarse en lágrimas viendo allí al ilustre vástago de nuestros mas grandes monarcas, al jóven descendiente de los fundadores del mas hermoso reino de la Europa, obligado á rezar lejos del suelo de sus padres, lejos de la tierra de San

Luis, lejos de los franceses, esos franceses cuyo ídolo y orgullo seria, si la Francia le conociera. . . . Pero no, su aspecto cambió mis ideas. Ni suspiros ni lágrimas ; hubiérame sido imposible alimentar temores y conservar la impresion del dolor mirando á aquel hijo de la Francia, en otro tiempo llamado *el hijo de la Europa*. ¡ Habia tanta serenidad y confianza en su fisonomía ! ¡ parecia su ancha frente tan radiante de porvenir !

La sonrisa volvió á mis labios : ya no vi delante de mí mas que los altos destinos de la Francia.

—“ ¡ Oh ! me decia dando un giro á las palabras de la reina de Sajonia ; ¡ la esperanza es hermosa. . . . como él ! ”

## CAPITULO XVI.

### La vida de los desterrados.

El señor conde de Chambord se levanta cada dia á las seis de la mañana y trabaja en su gabinete hasta la hora de desayuno. Lee los periódicos de todos los países ; pues que, gracias á la brillante educacion que ha recibido, escribe y habla con facilidad la mayor parte de los idiomas extranjeros. Así es que no hay ningun hombre de Estado que le iguale en erudicion, y que esté mas al corriente que él de todo lo que pasa en Europa.

Despues de la lectura de periódicos, viene la correspondencia particular. El señor conde de Chambord se encuentra por lo mismo en disposicion de estudiar á un mismo tiempo cada mañana los hechos, los hombres y la época. Le llegan cartas de todo género y relaciones de toda naturaleza ; ni uno solo de esos papeles, depositado sobre su bufete, pasa desapercibido. Atraen su atencion lo mismo los pensamientos del mas simple obrero que las frases del mas sabio diplomático. Aun algunas veces, despues de haberlo meditado, responde con preferencia á las primeras ; porque, en sus compatriotas, lo que pesa es el mérito y no los títulos.

No pierde de vista las notabilidades de Francia. Ninguna obra notable, ninguna accion honrosa le quedan desconocidas. Orgullosos de los hombres que honran el nombre francés y que son adictos á su patria, sabe lo que han hecho, examina lo que hacen y cuenta con lo que podrán hacer.

Personas hay que por haber hablado un instante con el duque de Burdeos, se creen capaces de juzgarlo : “ *Me parece estar falto de iniciativa y carácter.* ” ha dicho un escritor conocido, en un folleto célebre ; pero el que así se espresaba y que, por lo demas, en sus páginas hacia una bri-

llante justicia á los desterrados de Frohsdorf, ese publicista distinguido, no vió al príncipe mas que algunas horas. Ahora bien, con la corta entrevista de una mañana y las rápidas conversaciones de una comida hay acaso bastante para sentar un juicio sólido y definitivo sobre Enrique de Borbon! sobre el jóven hijo de Francia, de quien decia el célebre obispo de Hermópolis: *Estará á la altura de todas las circunstancias cualesquiera que puedan ser!*... sobre el augusto proscrito que juzgaba así el autor de *Los mártires*: *Dios le ha dotado de una inteligencia trascendental!*... sobre aquel en fin á quien escribia Chateaubriand: *Saludo con lágrimas de alegría el porvenir que anunciais!*

El *falta de carácter y de iniciativa!* No: ninguna de las fuerzas que reclama su difícil posición y que necesitan sus altos destinos, le hará falta á su intrépida naturaleza. Ya, en toda circunstancia, ha hecho prueba de una voluntad fuerte y poderosa, siguiendo, con constancia, y sin separarse nunca, el camino que se había trazado! La sangre de los héroes circula por sus venas: pues bien! cuántas y cuántas veces no se ha hecho hervir esa noble sangre presentándole las imágenes seductoras de un trono reconquistado á través de aventuradas hazañas y de gloria caballerescas coronando temerarias empresas!.....

Oia en estos casos con el corazón palpitante, con la mano pronta á empuñar la espada; *¡Vamos!* le gritaba su valor, y sin embargo, permanecía firme; imponía silencio á su imaginación; invocaba toda su energía para lograr moderar su fogosidad; y, con una perseverancia infatigable, rechazaba y hundía en la mar tempestuosa en que navegaba su proscrita juventud, las ilusiones de la travesía. Iluminado por su razón, conocía que esas ilusiones encantadoras que delante de ellas ofrecían la victoria, no tenían detrás mas que un abismo.

El! *falta de carácter y de resolución!* Tiene al contrario, un vigor de persistencia y de firmeza que en ninguna ocasión se ha desmentido. En ninguna parte se deslizará furtivamente y en la sombra por el estrecho sendero de las intrigas; pero pasará sin temor por todas partes donde se pueda entrar con la frente erguida.

Cuantas veces ha dicho estas palabras:

—“Nada de conspiraciones, nada de sangre! Con servirse de conductos tenebrosos y violentos se alteraría la pureza del principio que re-presento.”

Mil veces ha tenido que luchar contra sus amigos y contra sí mismo. Hay consejos que tienen tantas seducciones, promesas que ofrecen tanta seguridad!... Oh! sí, cuando el alma es jóven y ardiente, es necesario á menudo mas valor para hacerse atrás que para ir hácia adelante. Des-haciéndose de las embriagadoras tentaciones con que iban á envolverle,

el conde de Chambord veía con profunda sabiduría que, en la mira de sus intereses personales, podrían conducirle á comprometer los destinos de su patria.—“*Ante todo! Ante todo la Francia!*” Fué su grito en todo tiempo; será su divisa eterna.

Pero que, fatigado de sus miserias, el país se vuelva hácia él! que le desee! que le llame! Oh! entonces la Francia y el mundo verían lo que en el destierro, en la soledad y en las desgracias se puede haber adquirido en energía, virtudes y superioridad, cuando tiene uno en las venas sangre de Enrique IV.

A las nueve y media se dice misa en la capilla, pero no es misa de obligación. Se puede dejar de asistir. No es una orden; es un llamamiento.

El desayuno es á las diez. El comedor del castillo es de la mas modesta sencillez. Paredes desnudas; sillas de cerda. Ningun lujo de ningún género.

Después del desayuno, se pasa al salón. La reina María Teresa, la condesa de Chambord y las damas del castillo, se sientan en torno de una mesa de labor y trabajan. Se leen allí los periódicos de la mañana.

El salón es de bellas proporciones. Se ven muchos retratos de familia, y entre otros el de la reina María Antonieta en todo el brillo de su belleza. El ajuar de esta pieza y de la sala de villar contigua, son lo mas sencillo posible. Algunas flores, una estufa; sillones y sofás de caoba, cubiertos de terciopelo violeta con cintas de tapicería trabajadas por la reina; papel en las paredes; un piano; ningún rico tapiz; nada de dorados.

Hay allí un admirable pensamiento, una delicadeza real. El heredero de San Luis, en tierra de destierro, no debe considerarse en domicilio fijo. Es un desierto; y acampa en él. No busca oasis; para él no puede haberlos en climas extranjeros. Nadie se instala en arenales; se hace alto, y nada mas. Allí, bajo la tienda de prueba, se espera la tierra prometida.

El señor conde de Chambord, al mostrarme sus habitaciones, habia reparado mi sorpresa.

—“Soy un campamento ambulante, me dijo. En una tierra que no es “la de mis padres, bajo un cielo que no es el de nuestra patria, no se debe adornar una morada. No me fijo; atravieso.”

A mediodía todos se retiran y vuelve el príncipe á sus acostumbradas ocupaciones; escribe mucho y de la manera mas notable. Tiene el arte de decir infinitas cosas en pocas palabras; siempre lo bastante, pero nunca demasiado.

Al entrar en sus habitaciones, da audiencia á todos los que van á visitarle, sean quienes fueren. En él ni altivez ni ceño: es tan sencillo como digno. En busca de la verdad y entregado por completo al deseo de conocer los votos y necesidades de la Francia, se complace en interrogar todas las opiniones y estudiar todos los sistemas. A menudo se le dirigen graves cuestiones sobre puntos difíciles de resolver; sus respuestas son siempre una precisión llena de franqueza y cordura.

Hubo uno que le preguntó cuales serian las instituciones que daría á la Francia en caso de subir al trono. Ese hombre quería *garantías*; no creía ya, por cierto, en *promesas de casas consistoriales*: pero hubiera aun tenido fé en un *programa de Frohsdorf*.

—“No tengo el derecho, le respondió el príncipe, de comprometer el porvenir de la Francia. Si fuese llamado al trono, marcharía con la época. Pertenezco á todo y á todos. Lo que parece convenir hoy, podría parecer funesto mañana. Quiero las libertades nacionales; quiero las glorias de la Francia; y si vuelvo al país no tendré mas pensamiento que el de obrar de modo que me sea fácil devolverle, con el orden y la paz, las prosperidades y la dicha.”

A las tres sale el duque de Burdeos á dar un paseo ó caballo ú en coche; y, á las seis en punto, se come.

La mesa está bien servida, pero sin fausto; todo es bueno, pero sin ser esquisito. Pocos vinos, ningun licor. El príncipe es sóbrio en extremo. Habla con su gracia acostumbrada, mientras dura la comida; y no se tarda mas de una hora en comer.

La reina María Teresa está en su casa en el castillo de Frohsdorf: pero sin embargo, por un esquisito sentimiento de delicadeza y de abnegación, parece estar en casa del príncipe. Está donde quiera, cuando él entra, se levanta, á pesar de su rango y edad, con el respeto debido al jefe de la casa de Borbon.

Un uso establecido por ella en la comida, parecióme digno de ser notado. Un día la reina está en el sitio de honor con su sobrino á su derecha, y á su izquierda su sobrina; al día siguiente, Enrique V está en medio de su mesa con su tía á la derecha, y á su izquierda su esposa; un día despues, es la condesa de Chambord la que ocupa el sillón de ama de ca-

sa, con su marido á su derecha y á su izquierda su tía. Y así en seguida á cada comida; constante reciprocidad de homenajes tributados, de atenciones mútuas y de simpáticos procedimientos. Entre esos tres augustos poderes, nadie manda y cada uno reina (1).

La reina María Teresa, despues de comer, juega comunmente una partida de villar con el señor duque de Levis. El conde de Chambord juega tambien algunas veces, pero no siempre. Reúnense en seguida en el salón; y entonces empiezan las íntimas conversaciones donde brilla la verbosidad del príncipe.

La hija de Luis XVI que, levantándose á las cinco de la madrugada, empieza su jornada por ir á visitar á los pobres del país, se retira antes que se concluya la velada. Pero primero le agrada leer; y, desde el día siguiente de mi llegada, me preguntó si había traído alguna producción inédita; en efecto, me había llevado una novela titulada *El castillo de Chaumont* (2) que había escrito á orillas del Loire; y todas las miradas se fijaron en las dos augustas princesas, en el momento en que leí este pasaje:

—“La he hallado en medio de los pobres de la comarca, aliviando las miserias públicas. Los desgraciados la miraban como su madre. Oía ella enternecida las espresiones de su gratitud, espresiones sinceras todas. Oh! hay, en general, una enorme diferencia entre la generosidad de los hombres y la beneficencia de las mugeres; la de los hombres asiste y obliga, la de las mugeres alivia y consuela. Bastante á menudo es en los unos costumbre, honor y deber; en los otros, casi siempre, es instinto, necesidad y dicha.”

A las nueve, la reina María Teresa deja el salón, y entonces se pasa, ya sea á la habitación del duque de Levis, ya á la del conde de Montbel, ya á la de la condesa de Choiseul. El duque de Burdeos va á veces á esas pequeñas reuniones; y su amable alegría añade un encanto inesplicable. Nadie sabe mejor que él conservar con el tono de la mas amable familiaridad la dignidad de un rey de Francia.

Estando en una de esas famosas veladas me trajo la famosa encuadernación de *Dios lo quiere*, que le había sido enviada por *M. Micolis* en nombre de los obreros suscritores de Paris. La conocía, pero no por ello me alegré menos de volverla á ver; la abrí, y, en uno de los pliegues secretos de aquella obra maestra de tafilete, con admirables embutidos, descubrí una vista del palacio de las Tullerías, al pié de la cual estaban escritos los siguientes versos en letras de oro:

(1) Resulta de semejante arreglo, que las personas convidadas al castillo, tienen el honor de comer, alternativamente, al lado de cada uno de los miembros de la familia real. Es esto una amable atención.

(2) Será publicada dentro de poco.

Ven á ese bello edificio,  
De Luis el grande morada,  
Memoria de tus abuelos  
Y palacio de tu raza.  
Oh! no tardes! Ven, Enrique!  
Ven, ven, la Francia te llama;  
Ven, Enrique! *Dios lo quiere!*  
Paris entero te aguarda.

## CAPITULO XVII.

## Paseo en coche.

Se me habia hablado de la botica del castillo; fui á visitarla, y encontré todos los recursos del arte para alivio de la humanidad doliente. El doctor Bourgon, cuya adhesión ignala á su sabiduria, estaba allí, en su laboratorio. Supe que cuidaba gratuitamente á los enfermos del llano, y que, á las cabañas mas pobres, iba á llevar no solamente sus socorros y cuidados, sino tambien sus pociones y remedios.

Serian poco mas ó menos las tres. El señor conde de Chambord me hizo proponer un paseo en coche; hacia un tiempo magnífico, me apresuré á aceptar, y partimos.

Estaba solo con él en el coche. El marques de Pissy cabalgaba al estribo. Qué felicidad experimenté! Podía hablar libremente y sin estorbo ninguno con el noble príncipe á quien habia consagrado mi vida. Estaba allí á mi lado, amable, benéfico y contento. Divisaba guerra y combates con ese ardor caballeresco y esa franca fisonomía que recordaba los hermosos dias de valor y de honor, esos dias en que, segun espresion del gran Federico, *Ni un solo cañonazo podia tirarse en Europa sin permiso de la Francia.*

Creíame entonces junto al Bearnés ó junto á Francisco I, yendo á los campos ó volviendo de la guerra.

Luego, hablábame de política; y su pensamiento tranquilo y severo, su mirada viva y penetrante, su ademan digno y firme, me recordaban á Luis XIV.

—“Es una dicha—decia en Ems un representante que se sienta en la cámara en los bancos de la izquierda,—cuando es uno adicto á un príncipe, verle personificado en un hombre de tal ademan, de tan alta inteligencia y de tanto saber (1).”

(1) M. Benoit Champy, ex-embajador de Florencia. (Recuerdo de la permanencia del señor conde de Chambord en Ems, por M. Augusto Johanet, pág. 38.)

En los contornos de Frohsdorf, el pais tiene raras bellezas. Noté una poblacion que me interesó vivamente y hé ahí el porqué. En 1846, una súbita inundacion desoló la comarca. El conde de Chambord despertado en mitad de la noche por gritos de angustia y socorro, se levantó y corrió en persona á auxiliar á las víctimas del desastre. Estaba metido en el agua hasta media pierna; arrostraba fatigas y peligros:

—“Cuánto deberian sufrir mis compatriotas en la inundacion de Loirre! decia. . . . Como siento no haber estado allí para socorrerles!

La comarca que recorriamos tiene sitios tan pintorescos como los de los Alpes y Pirineos; el príncipe me los hacia notar de cuando en cuando; pero, á pesar de mi pasion por las vistas románticas, solo trabajosamente podía separar de un punto mis pensamientos, mis miradas y mi atencion. Me hallaba entonces tan lejos de las cosas de la naturaleza! tan elevado en mis esperanzas por la patria!

Pasamos por cerca del castillo de *Pitten*, fortaleza construida en una roca escarpada que forma parte del antiguo señorío de Frohsdorf.

—“Henos ahí en vuestro dominio, me dijo el príncipe con amable y graciosa sonrisa; esta tierra está llena de leyendas. Encontrareis aquí un mundo de maravillosas tradiciones. Veis allí abajo aquella roca? Es llamada *el salto de los Turcos*. Desde allí en 1532, varios batallones de *infielos* fueron arrojados al precipicio; habian perdido la gran batalla de Eugersfeld. En cuanto á *Pitten*, habia sido llamado en la edad media *el castillo del Diablo*. Ya veis que hay materia para escribir.

—“Sí, monseñor, le repliqué, pero aquí hay cosa mejor para mi pluma.”

Atravesamos varias gargantas de montañas que recordaban la Suiza, y llegamos al viejo castillo de *Sebenstein*. Era el fin de nuestra correría.

Sebenstein, colocado como un nido de águila en la cumbre de una roca salvaje, erizada de abetos, es una antigua ciudadela que data del año 1092. Destruida y construida varias veces, ha tenido que sufrir todas las vicisitudes de la guerra. Una parte de ella solo ofrece ruinas. La otra ha sido puesta en buen estado, y sus torreones, sus alamedas, sus puentes levadizos y sus saeteras, están perfectamente conservadas. Todo esto domina un valle que era en otro tiempo un lago, y que ahora presenta vastas praderas serpenteando á través de montes escarpados y cortados por anchos torrentes (1).

Nos apeamos, y trepamos por la escarpada roca que conduce al fuerte de *Sebenstein*. Trabajo me costaba seguir al príncipe que atravesaba barrancos y se abria paso á través de los espinos y las piedras con la agi-

(1) El príncipe de Lichtenstein, á quien pertenece el viejo fuerte, ha construido en el valle, al pié de sus murallas, un encantador castillo moderno. Está entre hermosos jardines.

Ven á ese bello edificio,  
De Luis el grande morada,  
Memoria de tus abuelos  
Y palacio de tu raza.  
Oh! no tardes! Ven, Enrique!  
Ven, ven, la Francia te llama;  
Ven, Enrique! *Dios lo quiere!*  
Paris entero te aguarda.

## CAPITULO XVII.

## Paseo en coche.

Se me habia hablado de la botica del castillo; fui á visitarla, y encontré todos los recursos del arte para alivio de la humanidad doliente. El doctor Bourgon, cuya adhesión ignala á su sabiduria, estaba allí, en su laboratorio. Supe que cuidaba gratuitamente á los enfermos del llano, y que, á las cabañas mas pobres, iba á llevar no solamente sus socorros y cuidados, sino tambien sus pociones y remedios.

Serian poco mas ó menos las tres. El señor conde de Chambord me hizo proponer un paseo en coche; hacia un tiempo magnífico, me apresuré á aceptar, y partimos.

Estaba solo con él en el coche. El marques de Pissy cabalgaba al estribo. Qué felicidad experimenté! Podía hablar libremente y sin estorbo ninguno con el noble príncipe á quien habia consagrado mi vida. Estaba allí á mi lado, amable, benéfico y contento. Divisaba guerra y combates con ese ardor caballeresco y esa franca fisonomía que recordaba los hermosos dias de valor y de honor, esos dias en que, segun espresion del gran Federico, *Ni un solo cañonazo podia tirarse en Europa sin permiso de la Francia.*

Creíame entonces junto al Bearnés ó junto á Francisco I, yendo á los campos ó volviendo de la guerra.

Luego, hablábame de política; y su pensamiento tranquilo y severo, su mirada viva y penetrante, su ademan digno y firme, me recordaban á Luis XIV.

—“Es una dicha—decia en Ems un representante que se sienta en la cámara en los bancos de la izquierda,—cuando es uno adicto á un príncipe, verle personificado en un hombre de tal ademan, de tan alta inteligencia y de tanto saber (1).”

(1) M. Benoit Champy, ex-embajador de Florencia. (Recuerdo de la permanencia del señor conde de Chambord en Ems, por M. Augusto Johanet, pág. 38.)

En los contornos de Frohsdorf, el pais tiene raras bellezas. Noté una poblacion que me interesó vivamente y hé ahí el porqué. En 1846, una súbita inundacion desoló la comarca. El conde de Chambord despertado en mitad de la noche por gritos de angustia y socorro, se levantó y corrió en persona á auxiliar á las víctimas del desastre. Estaba metido en el agua hasta media pierna; arrostraba fatigas y peligros:

—“Cuánto deberian sufrir mis compatriotas en la inundacion de Loirre! decia. . . . Como siento no haber estado allí para socorrerles!

La comarca que recorriamos tiene sitios tan pintorescos como los de los Alpes y Pirineos; el príncipe me los hacia notar de cuando en cuando; pero, á pesar de mi pasion por las vistas románticas, solo trabajosamente podía separar de un punto mis pensamientos, mis miradas y mi atencion. Me hallaba entonces tan lejos de las cosas de la naturaleza! tan elevado en mis esperanzas por la patria!

Pasamos por cerca del castillo de *Pitten*, fortaleza construida en una roca escarpada que forma parte del antiguo señorío de Frohsdorf.

—“Henos ahí en vuestro dominio, me dijo el príncipe con amable y graciosa sonrisa; esta tierra está llena de leyendas. Encontrareis aquí un mundo de maravillosas tradiciones. Veis allí abajo aquella roca? Es llamada *el salto de los Turcos*. Desde allí en 1532, varios batallones de *infielos* fueron arrojados al precipicio; habian perdido la gran batalla de Eugersfeld. En cuanto á *Pitten*, habia sido llamado en la edad media *el castillo del Diablo*. Ya veis que hay materia para escribir.

—“Sí, monseñor, le repliqué, pero aquí hay cosa mejor para mi pluma.”

Atravesamos varias gargantas de montañas que recordaban la Suiza, y llegamos al viejo castillo de *Sebenstein*. Era el fin de nuestra correria.

Sebenstein, colocado como un nido de águila en la cumbre de una roca salvaje, erizada de abetos, es una antigua ciudadela que data del año 1092. Destruida y construida varias veces, ha tenido que sufrir todas las vicisitudes de la guerra. Una parte de ella solo ofrece ruinas. La otra ha sido puesta en buen estado, y sus torreones, sus alamedas, sus puentes levadizos y sus saeteras, están perfectamente conservadas. Todo esto domina un valle que era en otro tiempo un lago, y que ahora presenta vastas praderas serpenteando á través de montes escarpados y cortados por anchos torrentes (1).

Nos apeamos, y trepamos por la escarpada roca que conduce al fuerte de *Sebenstein*. Trabajo me costaba seguir al príncipe que atravesaba barrancos y se abria paso á través de los espinos y las piedras con la agi-

(1) El príncipe de Lichtenstein, á quien pertenece el viejo fuerte, ha construido en el valle, al pié de sus murallas, un encantador castillo moderno. Está entre hermosos jardines.

lidad de la gamuza. Se ve que se burla de los obstáculos, se conoce que ha nacido para vencerlos.

El sendero que seguíamos nos ofreció repentinamente una vieja encina, en medio de la cual se habia practicado un nicho. Habia en este nicho la figura de un santo (San Roque); y estaba allí, segun una inscripcion recientemente escrita en frente del árbol, para salvar al pais del cólera.

¡El cólera! por todas partes ese azote: evidentemente en su carrera ha querido marchar al par, de compañero con la epidemia revolucionaria. La república, despues de Febrero, pretendia dar la vuelta al mundo; pero, adelantada por el cólera, ha tenido este la superioridad en la lucha; habian rivalizado en éxito.

En vano la litografía y el grabado nos representaban á la heredera del 93 paseando su gorro frigio y vencedor por las cuatro estremidades de la tierra, las carreras triunfales de la República no han sido mas que derrotas europeas. El cólera ha triunfado; él solo ha reinado por todas partes: ya habia lo bastante con una peste.

Llegamos á la ciudadela. En sus almenas no faltaban mas que caballeros cubiertos de hierro para acoger dignamente á uno de los sucesores de Felipe Augusto. Nos detuvimos ante el puente levadizo; y el marqués de Pissy tocó la campana del torreón.

Nadie le contestó. Enmudeció la campana y el castillo permaneció cerrado.

Sonóse varias veces y siempre inútilmente; era ya cuestion de retirarse, pero el conde de Chambord, perseverante en sus ideas, no queria dejar el sitio.

—“¡Abrid! gritó desde fuera.

—“¡Abrid! repeti yo en seguida; ¡es la fortuna de la Francia!

El príncipe se volvió hácia mí, y con tono firme y profético:

—“¡Paciencia! Se abrirá, me dijo.

Y, aunque no se oyera ningun ruido, aunque el fuerte permaneciera mudo, abrióse en el acto la puerta.

Fué como un efecto mágico.

Una jóven y linda niña de la montaña nos introdujo bajo los muros de la ciudadela. Allí, vi salones con trofeos de armas, esplanadas de maravillosas vistas, escaleras de esculturas góticas, ojivas y cristales; vi una capilla con cirios, un calabozo con esqueletos, pero nada de todo esto me hablaba en aquel momento á mi imaginacion, y me repetia en voz baja:

—“Cosa mejor hay aquí para mi pluma.”

Por la noche, en el salon de Frohsdorf, el conde de Chombord se me acercó.

—“Esta mañana os he arrancado á vuestras inspiraciones, me dijo.

“Os he impedido escribir.

—“Os lo agradezco, monseñor, mañana emprenderé mejor mi trabajo.

—“¡Cuidado con la *cour de assises*!

—“Contra el régimen actual, monseñor, yo no sabria escribir nada mas fuerte que esta frase inserta en los periódicos: *la exaltacion de la república no ha sido mas que una usurpacion indigna, un robo infame*. Esto ha sido llevado á la *cour de assises* y se ha encontrado perfectamente justo. El autor ha sido absuelto (1).”

El duque de Burdeos, que sabia que yo habia recorrido las orillas del Loire en Julio, me preguntó si habia visitado á Chambord.

—“He hecho esa excursion, respondí yo, con el conde Rodolfo de Appony: y, sentado en una piedra del castillo, he borseado mis impresiones.

—“¿Las teneis?... Leédnoslas.”

Fuí á buscar mi manuscrito y leí las páginas siguientes:

“El aspecto de ese monumento causa una extrema sorpresa. Su arquitectura, que no se puede definir, participa á la vez del estilo griego, del romano, del bizantino, del morisco y del gótico. Piérdese la mirada á través de ese laberinto de flechas, de cúpulas, de pórticos, de terrados, de estatuas, de balaustradas, de arabescos y de arquerías que se elevan de todas partes. Los innumerables techos de esa morada están erizados de pirámides, de torreoncillos, de obeliscos, de cúpulas y de columnas, de las que cada piedra dentellada es un objeto de arte ante el cual se estaria uno meditando horas enteras, si no faltara el tiempo á la admiracion. Son esplendores sin nombre que no sabria el arte analizar, pero que el genio solo ha podido lanzar así á través de los aires como mágicas fantasías. No se ve allí ni regularidad ni plan; pero ese desórden grandioso, y, por decirlo así, esa sublime locura, parecen mucho mas maravillosos.

“¿Entraré en los promenores de ese castillo de las mil y una noches, con sus dragones y sus salamandras? de ese prestigioso ensueño? No, seria preciso escribir demasiadas páginas. ¿Quién no ha oido hablar de la doble escalera de Chambord? ¿Quién no ha contado sus desconocidas particularidades? Hay algo de inconcebible y predestinado en ese monumento sin igual que los siglos han respetado, tanto es lo que tiene adquirida la inmortalidad. Una gigantesca flor de lis corona

(1) Cour de assises del 11 de Setiembre de 1849. Negocio de M. Henry, edictor responsable del Diario del pueblo.

“ la cúspide; respetada en 93 y salvada en 1831, ha arrostrado las revoluciones y los tiempos. Está aun allí, intacta y de pié sobre el torreon, elevándose con serenidad hácia el cielo, como un talisman protector.

“ Y sin embargo, ante esa magnífica residencia de Francisco I, donde tantos triunfadores y reyes se mostraron sucesivamente con la doble aureola del poder y de la gloria, siéntese uno el corazón entristecido. ; Qué ha sido de esos grandes príncipes, de esos héroes valerosos y de esas bellezas encantadoras que atravesaron por allí, rodeados de todas las riquezas del lujo, de la poesía y del amor! ; Ah! cuán cambiados están los tiempos y lugares! . . . Hoy están desiertos los patios; no se ve mas que yerba y espinos; los viejos salones de dorados harapos no son mas que inmensas galerías arruinadas; el viento muge tristemente á través de esas arquerías dignas de *la Alhambra*, donde no se oye ya ni el choque de las armas, ni el arpa de los trovadores, ni el bullicio de las fiestas. Todo es silencio sombrío y helado.

“ Solo la imaginación no puede enfriarse en medio de esas magestuosas soledades; sueña, con una creciente emoción, en el real heredero de Francisco I, en ese joven descendiente de sesenta reyes, en ese misterioso desterrado en el cual reposan aun los destinos de la Europa, y al cual se une, en este momento mas que nunca, todo lo que aspira á la afirmación del orden social. No está allí, verdad es, en el fantástico dominio cuyo nombre lleva, y que parece haberle sido dado por la Francia como un lazo indisoluble entre ella y él, como una dichosa piedra de espera, pero su imagen está fija; se mira en las nubes tanto de cerca como de lejos; se la busca en el porvenir y este porvenir. . . . se invoca (1).”

### CAPITULO XVIII.

#### Altas cuestiones políticas.

HALLABAME una mañana en el gabinete del señor conde de Chambord, verdadero museo donde se ven los numerosos y brillantes regalos que ha recibido de su país. Había en su rostro una tan pura y tan noble calma, estendiéndose á su alrededor una atmósfera de confianza y de virtudes que casi no podía creer en el infortunio.

En efecto, el joven príncipe al frente de una fortuna considerable, hermoso, lleno de ingenio y de talento, gozando de una salud perfecta, en

(1) El señor conde de Chambord gasta cada año sumas considerables, pero hay tanto que hacer! Tiene este castillo 365 cámaras y 13 escaleras, sin contar los peristilos, los pórticos, arcadas, &c. El parque que tiene 10.000 fanegas, tiene una pared que cuenta 8 leguas de contorno y encierra 14 estanques.

medio de una familia que le adora, rodeado de las bendiciones de un país y dotado del mas amable carácter, ha recibido todos los dones de la Providencia; posee todo lo que puede hacer agradable la vida. Se lo hice así notar, miróme tristemente, y con acento profundamente sentido:

—“ Señor de Arlincourt, me respondió, he recibido la luz del día en las Tullerías. Me falta el aire de la patria, el aire natal que es la verdadera vida. Un nombre, es un destino: el mio no puede dejarme respirar libremente y á gusto, fuera del camino que me traza y de la esfera á que me llama, y luego, cuando se ha nacido en el suelo de la Francia, ¿se puede ser dichoso en otra parte?”

Levantóse el príncipe al decir estas palabras, y, para arrojar tan tristes pensamientos, fué á buscar y me mostró las magníficas pistolas que le habían sido ofrecidas en Ems y en nombre de un gran número de obreros por el fabricante de papel Jeanne. Sus miradas se fijaban sobre todo con vivo enternecimiento en el libro de suscritores que acompañaban el regalo: las firmas eran infinitas. Estos nombres quedarán grabados en su memoria (1).

—“ No nos dejareis aun, ¿es verdad? me dijo de repente el príncipe estrechándome la mano. Es preciso que nos otorgueis todo el mes. Pasareis aquí la fiesta de *San Miguel*.”

Inclinéme profundamente, y prosiguió la conversación.

El señor conde de Chambord, acostumbrado á tratar las mas abstractas materias políticas, asombra por la profundidad de sus miras y la sabiduría de sus pensamientos; pero, cosa embarazosa para el que procura dar una justa idea del príncipe es la de que, aun limitándose á no decir mas que las verdades mas exactas, parece como que se entrega uno á las mas exageradas lisonjas. Quisiera recordar todas las expresiones para repetir las; pero, si por una parte experimento el deseo de repetir las todas, por otra tambien me siento detenido por el temor de faltar á los deberes de la discreción, permitiéndome publicar íntimas conversaciones. Hay terribles escollos en una posición semejante; no decirlo todo, es una injusticia; decir demasiado, una falta.

(1) Ya se sabe cual fué la respuesta del príncipe.

“ Con la mas viva emoción es como he recibido el obsequio que me ha sido ofrecido por obreros de todas clases de la villa de Paris. Me ha conmovido profundamente el ver á sus comisionados venir á buscarme en suelo extranjero, y les encargo ser, cerca de sus camaradas, los intérpretes de mi gratitud y afecto. Saber que mi nombre es pronunciado con simpatía en mi país, en mi ciudad natal, es el consuelo mas dulce que en mi destierro puedo recibir.

Recorriendo las listas numerosas que se me han entregado, me he considerado feliz y orgulloso de contar tantos amigos en las clases laboriosas. Estudiando sin cesar los medios de serles útil, conozco sus necesidades, sus sufrimientos, y mi mayor sentimiento es el que mi ausencia de la patria me priva de la dicha de ayudarles y mejorar su suerte; pero ya llegará un día, tal es mi mas querida esperanza, ya llegará un día en que me será dado servir á la Francia y merecer su amor y confianza.”—ENRIQUE.

Ems, 25 de Agosto de 1849.

“ Monseñor, repliqué yo despues de un instante de silencio; gentes existen en Francia que hacen circular indignas acusaciones contra la rama mayor de los Borbones. Tratan en el interés de sus intrigas, de persuadir á la Francia que con Enrique V se estableceria un gobierno de nobles y de sacerdotes.”

El príncipe se encojió de hombros con un gesto de impaciencia.

—“ ¿Y es posible, me respondió, que pueda dar fé á tales absurdos la nacion mas inteligente y mas distinguida del mundo? Es acaso posible un gobierno tal con el estado de Europa? Son odiosas calumnias. Creedlo así: si llegara yo á ejercer la autoridad suprema, la cuna no seria, á mis ojos, para llegar á los altos empleos del Estado, ni un privilegio, ni una exclusion; la preferencia, en primer lugar, seria dada al mérito personal. En cuanto á la autoridad religiosa, para que tenga derecho á los respetos debidos, es preciso, á mi parecer, que no se mueva del pié de los altares del Dios de las misericordias, y que no invada el terreno de las luchas políticas.

“ En una palabra, no quisiera ver á la cabeza de los asuntos del pais mas que el mérito, el talento y los servicios prestados, con tal sin embargo que á esos títulos se juntara tambien una alma recta y un espíritu concienzudo. Honor y probidad ante todo! Esto es lo que falta á un gran pueblo.”

¿Quién no hubiera aplaudido la cordura y sabiduría de un lenguaje semejante? ¡Oh! Hubiera yo deseado que la Francia entera le hubiese oído.

“ Teneis razon, le dije, pero los partidos que dividen la Francia...”

Interrumpióme en seguida:

—“ No conozco partido en Francia; no veo mas que opiniones diversas, y estas opiniones son las que es preciso conducir á la unidad; la Francia entonces seria dichosa en el interior y fuerte en el exterior. Hay una alta mision que llenar, y es la de trabajar por la persuasion y dulzura, á la conciliacion general de los espíritus. Que todos mis amigos, á mi voz, no tiendan mas de ahí en adelante que á este fin, y se salvará el pais.

—“ Pero, y el socialismo? repliqué yo. Qué pensais de esa cuestion?

—“ El Sr. de Lamartine va á contestaros en este punto,” díjome el príncipe presentándome un número del *Consejero del pueblo*.

Se encontraban en él las siguientes palabras:

“ *El socialismo!* Ah! permitidme que por fin os abra mi corazón. Veinte años hace que estudio el socialismo y es cuestion que conozco. Por lo mismo, me avergüenzo por mi siglo y por mi pais de que, en una nacion que pasa por ingeniosa, jóvenes salidos de la escuela del Estado

“ hayan podido descender á ese grado de necedad y de embaucamiento!... Qué quereis que se piense de nosotros en el porvenir!... ¿Es entonces cierto que hay momentos de decadencia y de idiotismo en el genio eclipsado de un pueblo?... ¿Es entonces cierto que estamos próximos á caer, nosotros los franceses, en una de esas noches del espíritu en que hasta se pierde la memoria misma del sentido comun?... ¿Es, pues, cierto, que Dios cuando quiere perder las naciones, comienza por herirlas de ceguera moral?... Sí, lo que me confunde, lo que me humilla, lo que me desespera por vosotros en una doctrina falsa, no es el crimen: el crimen!... el crimen se detesta y se combate, pero se le comprende; LA NECEDAD es la que no se comprende.”

Con otro príncipe que no fuera el conde de Chambord, nadie se atreveria á proseguir por mucho tiempo una conversacion política por miedo de ser importuno; pero el augusto proscrito no se cansa jamas de las cuestiones que interesan á la Francia. Proseguí pues, en estos términos:

—“ Desde el 24 de Febrero, monseñor, se han esparcido singulares teorías acerca del trabajo; teorías que han revolucionado la clase obrera.

—“ Lo sé, replicó el príncipe. Numerosas controversias han tenido lugar á ese efecto; y he prestado á ellas una extrema atencion. Lo que es cierto es, que hasta el dia los gobiernos no se han ocupado ni poco ni mucho de las clases trabajadoras. El mejorar su suerte seria mi mas caro pensamiento. El trabajador tiene derechos sagrados al interés público. Su vida es necesaria al Estado; y el Estado debe ocuparse de su vida. En cuanto á mí, no he cesado nunca de decir y repetir á los predilectos de la fortuna, en los cuales puedo tener alguna influencia, que si Dios les ha dado bienes y riquezas, es para hacer un noble y digno uso de ellos, corriendo en ayuda de las clases desgraciadas y velando por su bienestar. El rico tiene por mision en este mundo ser la Providencia del pobre; si falta, desgraciado de él!”

El rostro del duque de Burdeos, pronunciando estas palabras, tenia una admirable expresion; y me recordaba esa frase de Chateaubriand: *Hay verdaderamente en ese joven príncipe un rayo divino.*

—“ Monseñor, proseguí, vos habeis unido el ejemplo al precepto; habeis abierto talleres en Chambord para dar trabajo al pais.

—“ Sí, dijo el príncipe con vivacidad, pero desgraciadamente no he podido hacerlo mas que encerrado en los límites de mi fortuna actual y de mi posicion presente: Oh! si tuviera mas poder!...”

Estas últimas palabras me impresionaron; habia en su acento tanta verdad! tanta caridad en su sentimiento! (1).

(1) He aquí la carta que escribia el príncipe á M. Pastoret, el 30 de Octubre de 1846, relativamente á los talleres de Chambord:

La conversacion fué á caer poco despues sobre la familia de Orleans. Me atreví entonces á decir estas palabras:

—“ La Liga y la Honda, monseñor, terminaron por una reconciliacion general. El nieto de San Luis tendria los brazos bastante grandes para recibir indistintamente á todos los franceses, y para abrirse á todos los corazones que corrieran hácia él. Durante doce años he tenido odio contra las situaciones, pero no lo he tenido contra las personas. Los hechos solo me eran odiosos, no los hombres. He escrito contra el trono de Julio; pero hoy, para mí, el conde de Neuilly no es ya Luis Felipe. Hago justicia á lo que de útil ha hecho bajo su reinado, á todos los conocimientos que ha desplegado; me parece que, si querian, el bien que de ellos pudiera esperarse, borraría el mal que hayan podido hacer. El señor conde de Chambord que tan cruelmente ha conocido la adversidad, debe compartir mejor que nadie la de los jóvenes príncipes de Orleans.

“ Bajo el punto de vista de los principios, en su poder, no eran nada; en su desgracia, son algo. El 7 de Agosto les habia desterrado de las alturas de su origen; el 24 de Febrero no muestra en ellos mas que á los vástagos de Enrique IV. Si comprenden su posicion, las desgracias de la fortuna pueden ponerles en situacion de servir doblemente á la patria en un camino nuevo y recto. No les falta talento; que sea lo mismo con el honor.”

El príncipe me escuchaba con atencion.

Proseguí:

—“ Una dama de alta distincion, volviendo de casa de la duquesa de Orleans, me aseguraba últimamente, que la madre del conde de Paris estaba pronta á hacer todos los sacrificios que pudieran asegurar el reposo y la dicha de la Francia. En el mes de Agosto me hallaba en el camino de hierro de Blois á Amboise, y encontré en él al duque de C. . . . que regresaba de Londres. Luis Felipe, me dijo, tiene los mas nobles sentimien-

“ Señor marques, ya sabeis que es sobre todo por socorros distribuidos á las clases indigentes por lo que deseo señalar la feliz época de mi matrimonio y dar gracias á la Providencia por haber desviado los obstáculos que hasta hoy se habian opuesto. Aunque precisado á vivir en tierra estrangera, nunca puedo permanecer insensible ni indiferente á los males de la patria. Pensando en la carestía de los alimentos y en los justos temores que inspira por la estacion rigurosa en que vamos á entrar, busco el modo de poder contribuir al alivio de la miseria pública.

“ Hame parecido que el mejor empleo que podia hacer de las sumas de que puedo disponer, es el consagrarlas á establecer en Chambord y en los bosques que aun nos pertenecen, talleres de caridad que ofrezcan á los habitantes de esas comarcas un trabajo seguro durante el próximo invierno, y les provean de medios con que acudir á sus necesidades y á las de su familia.

“ Os doy, pues, el encargo de tomar las medidas necesarias para la ejecucion de un proyecto que seria feliz si pudiera estender por toda la Francia. Me quedará á lo menos la dicha de haber contribuido á suavizar la suerte de los franceses desgraciados que, por su posicion particular, tienen aun mayores títulos á mi interés.

“ Os renuevo . . . &c. . . . &c. . . .”

(Esta carta fué publicada en los periódicos de entonces.)

“ tos; desearia vivamente, lo mismo que la reina Maria Amalia, una reconciliacion general.”

El conde de Chambord me interrumpió.

Una palabra fué su respuesta:

—“ Aguado.”

Y cuán digna y noble era esta palabra! cuántas cosas encerraba! Habia allí llamamiento y dignidad, esperanzas y fé. *Aguado*: palabra de paz, de seguridad, de promesas y de porvenir; palabra de Dios á los corazones que llama á sí.

## CAPITULO XIX.

### Excursion á Hungría.

De cuando en cuando, el duque de Burdeos va á caza; pero, en él, la caza no es una pasion pronunciada, no es mas que una pasagera distraccion.

Propúsome una mañana un paseo á caballo.

—“ Iremos á Hungría, me dijo. Frohsdorf se halla á poca distancia de la frontera. Sois ginete?”

“ Monseñor, he comenzado mi vida por llenar funciones militares. Fui una temporada oficial de ordenanza en España. Estuve en el asalto de Tarragona, y subí uno de los primeros la escala. . . .”

“ Si, pero no á caballo, supongo, respondió alegremente el príncipe.”

Una hora despues galopábamos por en medio de las montañas que separan la Hungría y el Austria.

El conde de Chambord es un excelente ginete. Es imposible montar á caballo con mas gracia y arrogancia. Tiene una gran circunstancia, la de ser infatigable.

Nada mas pintoresco que las rocas, los torrentes y los árboles, por en medio de los cuales atravesábamos. No se podrian ver sitios mas salvajes. Verdes árboles gigantescos, hayas de una dimension prodigiosa, elevan allí su frente hasta las nubes. Hubiérase podido uno creer en los bosques druidicos de las antiguas edades.

Y sin embargo, hendiendo los aires por entre aquellos encantadores lugares, hablábamos aun de la Francia. El príncipe, grave como es en ciertas discusiones, es de la mas afable alegría en los mas ordinarios acontecimientos de la vida. Su risa tiene un encanto inesplicable, una cordialidad que satisface, y sin salir de los límites de la alegría, nadie bromea con una malicia mas ingeniosa.

Hay republicanos en Francia que se imaginan que el desterrado estará lleno de prevenciones y resentimientos. Bien al contrario, estas son

La conversacion fué á caer poco despues sobre la familia de Orleans. Me atreví entonces á decir estas palabras:

—“ La Liga y la Honda, monseñor, terminaron por una reconciliacion general. El nieto de San Luis tendria los brazos bastante grandes para recibir indistintamente á todos los franceses, y para abrirse á todos los corazones que corrieran hácia él. Durante doce años he tenido odio contra las situaciones, pero no lo he tenido contra las personas. Los hechos solo me eran odiosos, no los hombres. He escrito contra el trono de Julio; pero hoy, para mí, el conde de Neuilly no es ya Luis Felipe. Hago justicia á lo que de útil ha hecho bajo su reinado, á todos los conocimientos que ha desplegado; me parece que, si querian, el bien que de ellos pudiera esperarse, borraría el mal que hayan podido hacer. El señor conde de Chambord que tan cruelmente ha conocido la adversidad, debe compartir mejor que nadie la de los jóvenes príncipes de Orleans.

“ Bajo el punto de vista de los principios, en su poder, no eran nada; en su desgracia, son algo. El 7 de Agosto les habia desterrado de las alturas de su origen; el 24 de Febrero no muestra en ellos mas que á los vástagos de Enrique IV. Si comprenden su posicion, las desgracias de la fortuna pueden ponerles en situacion de servir doblemente á la patria en un camino nuevo y recto. No les falta talento; que sea lo mismo con el honor.”

El príncipe me escuchaba con atencion.

Proseguí:

—“ Una dama de alta distincion, volviendo de casa de la duquesa de Orleans, me aseguraba últimamente, que la madre del conde de Paris estaba pronta á hacer todos los sacrificios que pudieran asegurar el reposo y la dicha de la Francia. En el mes de Agosto me hallaba en el camino de hierro de Blois á Amboise, y encontré en él al duque de C. . . . que regresaba de Londres. Luis Felipe, me dijo, tiene los mas nobles sentimien-

“ Señor marques, ya sabeis que es sobre todo por socorros distribuidos á las clases indigentes por lo que deseo señalar la feliz época de mi matrimonio y dar gracias á la Providencia por haber desviado los obstáculos que hasta hoy se habian opuesto. Aunque precisado á vivir en tierra estrangera, nunca puedo permanecer insensible ni indiferente á los males de la patria. Pensando en la carestía de los alimentos y en los justos temores que inspira por la estacion rigurosa en que vamos á entrar, busco el modo de poder contribuir al alivio de la miseria pública.

“ Hame parecido que el mejor empleo que podia hacer de las sumas de que puedo disponer, es el consagrarlas á establecer en Chambord y en los bosques que aun nos pertenecen, talleres de caridad que ofrezcan á los habitantes de esas comarcas un trabajo seguro durante el próximo invierno, y les provean de medios con que acudir á sus necesidades y á las de su familia.

“ Os doy, pues, el encargo de tomar las medidas necesarias para la ejecucion de un proyecto que seria feliz si pudiera estender por toda la Francia. Me quedará á lo menos la dicha de haber contribuido á suavizar la suerte de los franceses desgraciados que, por su posicion particular, tienen aun mayores títulos á mi interés.

“ Os renuevo . . . &c. . . . &c. . . .”

(Esta carta fué publicada en los periódicos de entonces.)

“ tos; desearía vivamente, lo mismo que la reina María Amalia, una reconciliacion general.”

El conde de Chambord me interrumpió.

Una palabra fué su respuesta:

—“ Aguado.”

Y cuán digna y noble era esta palabra! cuántas cosas encerraba! Habia allí llamamiento y dignidad, esperanzas y fé. *Aguado*: palabra de paz, de seguridad, de promesas y de porvenir; palabra de Dios á los corazones que llama á sí.

## CAPITULO XIX.

### Escursion á Hungría.

De cuando en cuando, el duque de Burdeos va á caza; pero, en él, la caza no es una pasion pronunciada, no es mas que una pasagera distraccion.

Propúsome una mañana un paseo á caballo.

—“ Iremos á Hungría, me dijo. Frohsdorf se halla á poca distancia de la frontera. Sois ginete?”

“ Monseñor, he comenzado mi vida por llenar funciones militares. Fui una temporada oficial de ordenanza en España. Estuve en el asalto de Tarragona, y subí uno de los primeros la escala. . . .”

“ Si, pero no á caballo, supongo, respondió alegremente el príncipe.”

Una hora despues galopábamos por en medio de las montañas que separan la Hungría y el Austria.

El conde de Chambord es un excelente ginete. Es imposible montar á caballo con mas gracia y arrogancia. Tiene una gran circunstancia, la de ser infatigable.

Nada mas pintoresco que las rocas, los torrentes y los árboles, por en medio de los cuales atravesábamos. No se podrian ver sitios mas salvajes. Verdes árboles gigantescos, hayas de una dimension prodigiosa, elevan allí su frente hasta las nubes. Hubiérase podido unocrear en los bosques drúidicos de las antiguas edades.

Y sin embargo, hendiendo los aires por entre aquellos encantadores lugares, hablábamos aun de la Francia. El príncipe, grave como es en ciertas discusiones, es de la mas afable alegría en los mas ordinarios acontecimientos de la vida. Su risa tiene un encanto inesplicable, una cordialidad que satisface, y sin salir de los límites de la alegría, nadie bromea con una malicia mas ingeniosa.

Hay republicanos en Francia que se imaginan que el desterrado estará lleno de prevenciones y resentimientos. Bien al contrario, estas son

las cosas que rechaza mas su carácter. He leído, en Frohsdorf, en un periódico, una de sus respuestas á un amigo, á propósito de la amnistía que el gobierno francés solicitaba en favor de los insurgentes romanos y que no concede á sus propios rebeldes.

Llamóme la atención. Es esta:

*¿Sabéis cuál sería mi mayor dicha si un día regresara á Francia? La de amnistiar inmediatamente á todas las víctimas de nuestras discordias civiles, fuese cual fuera su opinion. Como nada tengo que perdonar por mi propia cuenta, fácil me sería olvidarlo todo. Enrique IV decía hablando de los de la Liga que se le presentaban sañudos: "Están aun incomodados, es preciso esperar." Pues bien, si hubiera franceses incomodados conmigo, yo esperaría tambien; pero haría por manera de no tener que esperar mucho.*

—“El conde de Chambord está llamado á altos destinos, decía en Ems el director de uno de los periódicos mas notables de Paris, después de una conversacion con el príncipe; diez y ocho años hace que se nos ha estado engañando indignamente con respecto á él.”

El tiempo era hermoso, el cielo sin nubes; llegamos á la cumbre de una elevada montaña donde está construida una capilla (*rosalia chapel*). Allí, arrojé un grito de sorpresa. Frente de mí se desplegaba hasta perderse de vista uno de los mas hermosos países de la tierra: la Hungría. ¡No, en mi vida he visto mas admirable espectáculo! Las vastas llanuras de ese reino con sus villas, pueblos, rios, bosques y fortalezas se desarrollaban á mis piés como vistas desde lo alto de las nubes.

A lo lejos, á un lado, estaba Viena, al otro, un lago inmenso se extendía á la estremidad del cuadro mágico, confundiendo sus azuladas aguas con el azul del firmamento. Allí no habia horizonte: y, sin linea visible de separacion, el cielo continuaba la tierra.

—“¡He ahí el castillo de *Forkenstein*! dijo el príncipe mostrándome un no muy lejano punto. Pertenece al príncipe de Esterhazy, uno de los mas ricos propietarios de Europa.”

En efecto, cien villas forman parte de este señorío; casi todo el país es suyo. El príncipe de Esterhazy ejerce un poder supremo; tiene tropas propias en su ciudadela; y *Forkenstein* tiene de curioso que es un resto de las viejas soberanías del tiempo feudal. Sin embargo es un resto que muere.

Habíamos echado pié á tierra bajo los muros de la capilla; y desde allí el señor conde de Chambord me mostraba las principales villas del país. Dotado de una memoria prodigiosa, me contaba los acontecimien-

tos históricos, tanto antiguos como nuevos, que habian tenido lugar en aquellas comarcas; me describía los últimos combates que allí habian tenido lugar, y me hablaba como oficial consumado de todas las evoluciones de cada ejército. Por lo demás, no me asombraba. Recordé muy bien que en 1839 el príncipe habia hecho un viage de estudios estratégicos en Italia con varios generales franceses; que habia asistido en las llanuras del Adige, á las grandes maniobras de otoño del feld mariscal Radetzky, y que este célebre guerrero que cada dia iba á buscarle á la cabeza de su estado mayor para conducirlo á su campo, de donde le volvía á acompañar á su casa, se admiraba de hallar en él á un mismo tiempo la ciencia que da el estudio y la energía que da el corazón.

El sitio en que estábamos habia sido recientemente ocupado por avanzadas del ejército húngaro, y veíanse aun huellas de sus pasos.

—“En tiempo de las guerras de Austria contra los turcos, me dijo el conde de Chambord, un príncipe de Esterhazy habia amontonado un tesoro considerable en la ciudad de *Forkenstein*, que vamos á visitar. Este tesoro, segun su ley formal, estaba destinado á pagar el rescate de los miembros de la familia que pudieran ser hechos prisioneros por los infieles. Ahora bien, un primo del príncipe actual, estando últimamente de embajador en Roma, y sabiendo que los alrededores de la ciudad eterna estaban infestados de bandidos, escribió al señor de *Forkenstein* para preguntarle si le rescataría con los dineros de su tesoro en caso de ser cogido por los *Juan Sbogar*, los *Cartuchos* y los *Fra Diavolo* de las Lagunas Pontinas.”—“No, le respondió Esterhazy, á menos que se pruebe que son turcos.”

Volvimos á montar á caballo, y emprendimos el camino de *Forkenstein*.

—“¡A las armas!” gritó el centinela reconociendo desde lejos al hijo de Francia.

Y en el acto, con el tambor á la cabeza, la pequeña guarnicion del señor feudal se alineó en fila bajo la grande torre del reloj.

Se habia bajado el puente levadizo. Los soldados del fuerte presentaron las armas á Enrique V; y pasamos por debajo de la grande bóveda de entrada, como si tomáramos posesion de la plaza.

*Forkenstein* es una pequeña raiz viviente del reino, para siempre muerto, del feudalismo.

Nada mas curioso que el interior del castillo. Los retratos de los abuelos del príncipe de Esterhazy están cuidadosamente conservados y se cuentan por centenares. El árbol genealógico está en la primera sala y parte de la costilla de Adán; no podía remontarse á mas altura. Luego, bajo el nombre biblico de *Seth*, empiezan los Esterhazy. En seguida, y después del diluvio, uno de los primeros antepasados es *Cham*. De sus

hijos descende *Attila*. Plúgome mucho ver el retrato, bastante singularmente pintado, de ese gefe célebre de los Hunos: es espantoso. Ya me lo habia yo trazado asimismo.

Junto á *Attila* se ve á su muger, y á su alrededor sus descendientes: es una línea de rostros atroces. Luego, se ven gefes mas modernos, entre los cuales los hay de rara belleza. En esa ilustre familia, ha habido no solamente grandes guerreros, sino tambien hombres notables en todo género. Varios de entre ellos salvaron el Austria.

Deseé ver el famoso tesoro; pero no se nos pudo enseñar más que una parte, en atencion á que la otra guardada en cajas, habia sido cuidadosamente ocultada para sustraerla á los azares de la guerra.

Visitamos el arsenal que contiene aun muy bellas cosas.

Hay allí seis ó setecientas escopetas de caza, y en muchas ví el nombre del armero francés *Lepage*: son obras maestras del arte. Muchas banderas tomadas á los turcos, están desplegadas á lo largo de las paredes. Véanse tambien una cantidad de equipos militares. Pero, ¡ay! todos los hermosos cañones de la ciudadela, los fusiles de munición, los morteros, los cascos, las corazas, &c. han sido entregados al ejército húngaro. Un soldado de la guarnición lloraba enumerándonos esas pérdidas.

La Hungría, al principio, habia saludado con transporte las luces regeneradoras que iban á levantarse en ella á ejemplo de las auroras de París. Que no se reedifique por todas partes, decian, el movimiento revolucionario! ¡Oh sueño!... En materia de construcciones políticas, cuando el arquitecto es la rebelion, ¿qué son los monumentos?... Escombros.

Quién hubiera podido figurarse en Hungría, cuando sus primeras victorias, que *BEM*, el héroe cristiano de la Transilvania, seria un día el *musulman* *AMURAT*, pachá de tres colas en Turquía (1)!

*Emancipacion, libertad, regeneracion*, palabras de decepcion, de ruina y de sangre, suicidas de la razon. Implacables desafios á muerte arrojados por el desorden y el crimen á la ambicion y al orgullo, esas palabras de fuego lanzadas á Dios mismo por el primero de los revoltosos, debian abrasar la Hungría; desolaban la Europa con delirio.

Por fortuna, muchos pueblos hoy, fatigados de esos esterminadores eternos del género humano, comienzan á querer librarse de los que de emanciparles tratan. En efecto, ¿hay alguno mas desastroso que esas continuas regeneraciones, que esas continuas emancipaciones? La sangre es siempre el agua bautismal de las espoliaciones, la ardiente necesi-

(1) Daily-News, Octubre de 1849. "El general Culmann y veinte oficiales, á ejemplo de *BEM*, han abrazado el islamismo." Gaceta de Colonia, Octubre de 1849.

dad de las felonías, lo sagrado de las tiranías populares. La nacion que por el derecho de las asonadas y de la traicion, cambia de señores y de leyes, cae en el triste estado del cadáver que explotan los empíricos, en el cual hacen sus experimentos, que le hacen honor de descuartizar y que arrojan luego en fragmentos al sepulcro.

"Cuando la rebelion ha triunfado, escribia yo en 1835, id, vosotros los que habeis aplaudido con entusiasmo! id á predicar el honor y la justicia á los vencedores! Pedidle á la anarquía el orden, á las apostasias la fidelidad, á la iniquidad las virtudes: Vuestros hermanos continuando sus obras de destruccion, se reirán de vosotros y á mansalva, porque ellos estarán en su camino, mientras que vosotros os habeis desviado del vuestro (1)."

## CAPITULO XX.

### La hacienda y el ejército.

LA víspera de mi llegada á Frohsdorf, el archiduque Fernando, tío de la señora condesa de Chambord, habia partido para Viena. Pocos dias despues, el duque de Módena y el príncipe su hermano venian á visitar á Enrique V.

El duque de Módena es de un exterior agradable y de alta estatura; su fisonomía, llena de bondad, recuerda la de su hermana. Pero, sea cual fuere la affluencia de estrangeros y los homenajes con que se le rodee, las costumbres del conde de Chambord no cambian nunca; por esto continúa siempre entregado á sus estudios políticos.

Hablándole estaba un dia del estado financiero de la Francia.

— "¡He ahí la posicion! me dijo."

Y sobre la mesa de su gabinete me mostró las siguientes notas:

"Cuando llegó la Restauracion, tuvo primero que pagar los millones de millones que habian costado dos invasiones dirigidas contra el imperio; libertó en seguida el territorio consagrand otro millar á emancipar las conciencias y á doblar el valor de las propiedades raices, indemnizando la desgracia.

"Luego, todavía tuvo que gastar sumas considerables para arrancar, á pesar de la Inglaterra, al rey de España de su cárcel; luego en fin, le fué preciso hacer armamentos dispendiosos para la expedicion de Morea y la libertad de la Grecia, para la guerra en Africa y la conquista de Argel, todo esto aun á despecho de la Gran Bretaña.

(1) Doble reinado.

“ Ahora bien, habia hallado las cajas del Estado vacías y la hacienda arruinada. Qué sucedió, pues? qué hizo? En menos de quince años pagó todas sus deudas, se desembarazó de todos sus gravámenes, hizo frente á todos sus gastos, rescató por la amortizacion mas de seiscientos millones de la deuda pública, redujo el impuesto de noventa y dos millones por año; y, en medio de una prosperidad sin ejemplo, no dejó mas que un presupuesto anual de unos novecientos cincuenta millones.

“ Vino en seguida Luis Felipe, subió á cuatrocientos millones de interés la deuda pública que, bajo la Restauracion, no subia mas que á doscientos cincuenta millones, setenta y tres de los cuales pertenecian á la amortizacion. Dilapidó los bienes del Estado, devoró las reservas de la amortizacion, el fondo comun de la indemnidad y los tesoros de la Casaba. Dejó una deuda flotante de novecientos sesenta millones, mas de un triple de lo que era bajo la legítima monarquía. No hubo mas descargo en los impuestos; y, finalmente, el presupuesto que, bajo Carlos X, solo subia á novecientos cincuenta millones, elevóse, bajo Luis Felipe, á MIL SEISCIENTOS millones.

“ La república de Febrero prosiguió la obra de la destruccion. En un año, aumentó aun la deuda pública en sesenta y dos millones de renta (un impuesto proyectado aun debe añadir diez millones), ha gravado el impuesto de cuarenta y cinco céntimos, y aun va á crear otros. Antes de poco, la deuda pública se encontrará ser de cien millones de renta al capital de diez mil millones; y, en medio de la ruina general, el presupuesto de los gastos ha sobrepujado el número de mil ochocientos millones.

“ Cuál sería, gran Dios! el presupuesto de una república roja!!!”

Semejante cuadro comparativo es la mejor respuesta que hacer á los enemigos de la rama mayor de los Borbones. Quién ha administrado mejor la Francia!.....

Nada hay tan implacable como las cifras: su lógica es sin misericordia; sin apelacion su sentencia.

Notemos aquí que en tanto que nuestros presupuestos se saldan por déficits sin fin (el de 1849 será de doscientos treinta millones poco mas ó menos) los presupuestos ingleses presentan continuos escedentes de los cargos. La Francia, en nuestros últimos años, ha aumentado sus gastos de setecientos cuatro millones. La Inglaterra, en el mismo periodo, ha disminuido sus impuestos setecientos cincuenta millones.

Y por qué esa diferencia? Porque la Francia rueda de revolucion en revolucion, y la Inglaterra va de progreso en progreso. Aquí está la solucion del problema.

El señor conde de Chambord ha hecho sérios estudios sobre las cargas y recursos de la Francia. Consultado hace algunos años, relativamente á un gran establecimiento de *créditos raices* que se queria fundar en Paris para favorecer la agricultura y la industria, el príncipe respondió estas palabras:

“ He recibido la carta y las notas que me habeis dirigido, y las he leído con mucho interés. Siempre aplaudiré los esfuerzos que se hagan para acercar y unir entre sí las clases de la sociedad. Renunciando á una vida de holganza y trabajando para el bienestar del pueblo, para su instruccion, para su moralizacion sobre todo, es como las personas que pertenecen á las clases, deben procurar disipar las lamentables prevenciones que contra ellas existen, y reconquistar esa influencia saludable que naturalmente están llamadas á ejercer, y que tan útil para el pais puede llegar á ser un dia.

“ Existen en algunas partes de la Alemania, ciertas instituciones de *crédito raiz*, análogas á la de que me hablais. Han producido ya buenos resultados; y creo que sería posible fundar con ventaja en Francia establecimientos de ese género; contribuirían poderosamente á descargar la propiedad raiz de esa masa enorme de créditos hipotecarios que pesa sobre ella y daña á la prosperidad y á los progresos de la agricultura, verdadera fuente de la riqueza de las naciones. Hago, pues, completa justicia al celo y desprendimiento que os lleva á ocupar tan útilmente vuestros ocios, vuestros talentos y la actividad de vuestro espíritu. Deseo firmemente que el éxito llegue á coronar vuestros esfuerzos &c. (1).

“ ENRIQUE.”

—“ Dadme buena política y os daré buena hacienda,” decia el baron Luis á M. de Audiffret.

El conde de Chambord está penetrado de ese sistema; sabe, y ningun hombre sensato lo pone en duda, que la posicion financiera del Estado nada tendria de alarmante si un gobierno sólido, apoyado en un principio incontestable, viniera por fin á devolver al pais la confianza y la prosperidad. Tiempo es ya de salir de los ensayos, de las utopias y de las ficciones; tiempo es ya de volver á una fuerza gubernamental, á una fuerza de derecho, aceptada por todos, que arrastrara las convicciones, que disipara las dudas, que tuviera en su favor la consagracion de los tiempos, y que tan necesaria fuera á la libertad como al órden.

Con una fuerza semejante, no sería verdaderamente indispensable te-

(1) Esta carta, inédita hasta el dia, me ha sido comunicada por un fino amigo. Se notará que en esta como en todas las otras, es siempre la mejora de la suerte de las clases pobres el pensamiento dominante del príncipe.

ner bajo un pié de guerra ejércitos ruinosos; entonces se veria reaparecer la abundancia de los capitales, y se harian tratados de comercio con el mundo entero; porque, recobrando á la vez el crédito, el reposo y la estabilidad, la Francia, recobrado su rango en Europa, tendria una seguridad verdadera, garantida por principios, en lugar de una ficticia sumision, impuesta por bayonetas.

Hablé al príncipe del ejército. Inflamóse su mirada al citarme los hermosos nombres guerreros de nuestra época. Oh! cómo quisiera, á ejemplo de sus abuelos, marchar algun dia á su cabeza! Tiene en ellos una confianza extrema; conoce su valor, su carácter, sus hazañas y su vida; así es que, pensando en ellos, escribia estas palabras, despues de Junio de 1848, á uno de nuestros mas distinguidos militares:

—“ Esos hombres son necesarios al pais y deben ejercer en su porvenir una grande y útil influencia. Hé ahí porque me ha afligido tanto la muerte del general Negrier y la de tan bravos oficiales, generosas víctimas de nuestras discordias civiles, que la Francia siente haber perdido, y que por largo tiempo aun hubieran podido combatir por su defensa y gloria.  
Etc., etc., etc.

“ ENRIQUE. ”

## CAPITULO XXI.

### Anécdotas.

ENTRE los regalos enviados de Francia á Frohsdorf, y esto por todas las clases de la sociedad, el conde de Chambord hizome uno de una belleza incomparable. Es un libro de oraciones, con viñetas iluminadas, láminas en oro, y encuadernacion de pedrerías. Cada página es la obra de una dama francesa, y lleva la firma de la que ha consagrado sus vigili-  
as y talento! Muchos nombres ilustres hay allí. Ante ese maravilloso trabajo, caen eclipsados todos los prodigios que en ese género ha dejado la edad media.

La condesa de Chambord me mostró con satisfaccion el magnífico brazalete que le fué enviado por la ciudad de Marsella; mostróme tambien una soberbia manteleta de hilo de ananas, ricamente bordada, que un marino francés le trajera de los mares de la India. Despues, en uno de los invernaderos del castillo, vi con emocion el famoso *fuchsia* de las Tullerías, en su jarro venido de Paris y creciendo en su tierra francesa. El príncipe lo cuida estremadamente.

Ama las artes y con pasión. Cuántas veces le he oído ensalzar las celebridades artísticas de Paris! El mismo tiene una voz encantadora, y es excelente músico.

La condesa de Chambord pinta á las mil maravillas. Una noche, una de las damas de la reina María Teresa, la condesa de Choiseul, cantó con gracia infinita una romanza francesa intitulada: *Dios lo querrá*. La música era deliciosa, y todos, fija la vista en el príncipe, se repetian en voz baja esos versos de la romanza:

Dios quiere que llegue  
nuevo Salomon.

Muchas veces, en el salon de las princesas, se cuentan anécdotas: me apunté la siguiente:

El general baron Rukavina, de raza eslava, estaba encargado últimamente de la defensa de Temeswar.

—“ Cuánta tropa necesitais? se le preguntó al enviarle á esta plaza fuerte.

—“ *Tres mil hombres* me bastarán, respondió, si no hay guardia nacional; en caso contrario *seis mil*. ”

Diéronse los tres mil hombres, pero al llegar á Temeswar encontró seis mil guardias nacionales. Qué hizo el general austriaco? Convocó la milicia ciudadana á una gran revista militar; y la hizo rodear por su artillería y sus soldados.

—“ Amigos míos, dijo en seguida á los ciudadanos armados, vamos á ser sitiados por los rebeldes. Tengo la mayor confianza en vuestra adhesion por el emperador; y voy á pedirlos una nueva prueba. ¡Dejad las armas al momento!”

Indignacion general.

—“ Bravo, amigos míos! prosiguió el gefe. Conozco en vuestros transportes que vais en seguida á obedecerme: me hubiera á la verdad sido altamente cruel el tener que emprenderla con vosotros á metrallazos. Y sin embargo, mis cañones estaban prontos: mirad!”

En efecto, los artilleros de la fortaleza solo aguardaban una señal para hacer fuego.

La guardia nacional tomó su partido. Dejose inmediatamente desarmar sin mas resistencia. El general Rukavina de edad de 77 años, recluta en seguida tropas por la campiña y les distribuye los sables y fusiles de la milicia ciudadana. Su guarnicion se encuentra de este modo compuesta de seis mil hombres.

Entonces comenzó un sitio espantoso. El viejo general le sostuvo, por espacio de cuatro meses, con un valor desconocido. Atacado se hallaba Temeswar por un ejército numeroso; le fueron arrojadas ochenta mil bombas y balas rasas; su destruccion fué completa. El intrépido anciano habia perdido mas de las tres cuartas partes de su guarnicion.

ner bajo un pié de guerra ejércitos ruinosos; entonces se veria reaparecer la abundancia de los capitales, y se harian tratados de comercio con el mundo entero; porque, recobrando á la vez el crédito, el reposo y la estabilidad, la Francia, recobrado su rango en Europa, tendria una seguridad verdadera, garantida por principios, en lugar de una ficticia sumision, impuesta por bayonetas.

Hablé al príncipe del ejército. Inflamóse su mirada al citarme los hermosos nombres guerreros de nuestra época. Oh! cómo quisiera, á ejemplo de sus abuelos, marchar algun dia á su cabeza! Tiene en ellos una confianza extrema; conoce su valor, su carácter, sus hazañas y su vida; así es que, pensando en ellos, escribia estas palabras, despues de Junio de 1848, á uno de nuestros mas distinguidos militares:

—“Esos hombres son necesarios al pais y deben ejercer en su proveer una grande y útil influencia. Hé ahí porque me ha afligido tanto la muerte del general Negrier y la de tan bravos oficiales, generosas víctimas de nuestras discordias civiles, que la Francia siente haber perdido, y que por largo tiempo aun hubieran podido combatir por su defensa y gloria.  
Etc., etc., etc.

“ENRIQUE.”

## CAPITULO XXI.

### Anécdotas.

ENTRE los regalos enviados de Francia á Frohsdorf, y esto por todas las clases de la sociedad, el conde de Chambord hizome uno de una belleza incomparable. Es un libro de oraciones, con viñetas iluminadas, láminas en oro, y encuadernacion de pedrerías. Cada página es la obra de una dama francesa, y lleva la firma de la que ha consagrado sus vigili-  
as y talento! Muchos nombres ilustres hay allí. Ante ese maravilloso trabajo, caen eclipsados todos los prodigios que en ese género ha dejado la edad media.

La condesa de Chambord me mostró con satisfaccion el magnífico brazalete que le fué enviado por la ciudad de Marsella; mostróme tambien una soberbia manteleta de hilo de ananas, ricamente bordada, que un marino francés le trajera de los mares de la India. Despues, en uno de los invernaderos del castillo, vi con emocion el famoso *fuchsia* de las Tullerías, en su jarro venido de Paris y creciendo en su tierra francesa. El príncipe lo cuida estremadamente.

Ama las artes y con pasión. Cuántas veces le he oído ensalzar las celebridades artísticas de Paris! El mismo tiene una voz encantadora, y es excelente músico.

La condesa de Chambord pinta á las mil maravillas. Una noche, una de las damas de la reina María Teresa, la condesa de Choiseul, cantó con gracia infinita una romanza francesa intitulada: *Dios lo querrá*. La música era deliciosa, y todos, fija la vista en el príncipe, se repetian en voz baja esos versos de la romanza:

Dios quiere que llegue  
nuevo Salomon.

Muchas veces, en el salon de las princesas, se cuentan anécdotas: me apunté la siguiente:

El general baron Rukavina, de raza eslava, estaba encargado últimamente de la defensa de Temeswar.

—“Cuánta tropa necesitais? se le preguntó al enviarle á esta plaza fuerte.

—“*Tres mil hombres* me bastarán, respondió, si no hay guardia nacional; en caso contrario *seis mil*.”

Diéronse los tres mil hombres, pero al llegar á Temeswar encontró seis mil guardias nacionales. Qué hizo el general austriaco? Convocó la milicia ciudadana á una gran revista militar; y la hizo rodear por su artillería y sus soldados.

—“Amigos míos, dijo en seguida á los ciudadanos armados, vamos á ser sitiados por los rebeldes. Tengo la mayor confianza en vuestra adhesion por el emperador; y voy á pedirlos una nueva prueba. ¡Dejad las armas al momento!”

Indignacion general.

—“Bravo, amigos míos! prosiguió el gefe. Conozco en vuestros transportes que vais en seguida á obedecerme: me hubiera á la verdad sido altamente cruel el tener que emprenderla con vosotros á metrallazos. Y sin embargo, mis cañones estaban prontos: mirad!”

En efecto, los artilleros de la fortaleza solo aguardaban una señal para hacer fuego.

La guardia nacional tomó su partido. Dejose inmediatamente desarmar sin mas resistencia. El general Rukavina de edad de 77 años, recluta en seguida tropas por la campiña y les distribuye los sables y fusiles de la milicia ciudadana. Su guarnicion se encuentra de este modo compuesta de seis mil hombres.

Entonces comenzó un sitio espantoso. El viejo general le sostuvo, por espacio de cuatro meses, con un valor desconocido. Atacado se hallaba Temeswar por un ejército numeroso; le fueron arrojadas ochenta mil bombas y balas rasas; su destruccion fué completa. El intrépido anciano habia perdido mas de las tres cuartas partes de su guarnicion.

—“ Es preciso rendiros, se le dijo, á vuestro alrededor todo arde y cae en ruinas.

—“ Cuando yo haya caido y cuando arda mi pañuelo en mi bolsillo, entonces se rendirá Temeswar.”

Poco despues llegó socorro, y Temeswar se vió libre. Fué un triunfo completo.

Cada día venian nuevas visitas á Frohsdorf. Uno de los recién llegados nos contó este hecho:

“ Hallándose en Londres un francés de distincion, se encontró con M. Guizot en casa de la princesa Lieven. Hablábase de las desgracias y humillaciones de la Francia.

—“ Nuestro pais, dijo el antiguo ministro de Luis Felipe, no podrá recobrar su reposo y dignidad mas que volviendo á la *monarquía*.

—“ A cuál? se le preguntó.

—“ No se puede llamar *monarquía*, respondió gravemente M. Guizot, mas que al trono legítimo.

—“ El del derecho?

—“ Y de los principios.

—“ Pareceis admirado de este lenguaje, dijo en voz baja la princesa de Lieven al viajero francés; pues bien, es el de la conviccion. M. Guizot no duda que Enrique V, elevado al trono de sus padres, sea llamado al restablecimiento del orden social, no solamente en Francia, sino en Europa; y lo que aún acaso os asombre mas, Luis Felipe piensa lo mismo.”

La reina María Teresa, indulgente y misericordiosa, se halla pronta constantemente á atenuar las faltas y á perdonardas. Solo la duplicidad es á sus ojos sin disculpa.

Hablábase en su salon de una dama de noble alcurnia que habia sido colmada de los favores de la corte bajo la Restauracion, y cuya linda figura, éra, en tal época, estremadamente notable.

—“ Imposible es que haya corazon mas ingrato, decia uno de los concurrentes; su conducta ha sido indigna desde 1830.”

—“ Sí, verdad es, respondió la reina; pero, á lo menos, es francamente mala. Prefiero á una muger como esta á esas almas de doble rostro que se espresan de una manera y piensan de otra, que escriben de un modo y que obran en sentido contrario, que, en fin, soplando lo frio y lo caliente, tratan de engañar á todo el mundo.”

Las caballerizas del conde de Chambord, están perfectamente montadas. Una mañana venia yo de admirar sus caballos de mano, cuando, de pronto, dos perros daneses, de la mas rara belleza, excitaron mi atencion. Se me contó así su historia:

Un obrero del mediodia de la Francia (del departamento del Tarn) llamado *Cebe*, habia cuidadosamente criado á los daneses, quienes llegaron á ser el objeto de la pública admiracion.

Un conocedor dijo á su amo:

—“ Teneis ahí unos perros que serian dignos de pertenecer á un rey.”

Estas palabras hicieron impresion en el trabajador.

—“ Pues bien, se dijo en el acto, *al rey* pertenecerán.”

Y partió al dia siguiente.

¿Cómo? A pié. ¿Para dónde? Para Frohsdorf. ¿Habíase informado de las distancias? No. Sabia solamente que tenia que andar mucho, mucho, é ir lejos, muy lejos, hácia el norte: solo una cosa temia ese nuevo peregrino de las edades monárquicas, que fueran á fatigarse en el camino sus fieles compañeros. Ellos no tenian su pensamiento, y por lo mismo no podian sentir su valor.

Llegó primero á Paris. Fué hace cosa de dos años.

Pasó por delante de las Tullerías donde habia entonces un monarca.

*Mis daneses irán á otra parte*, se dijo *Cebe* volviendo la cabeza, *no es aquí donde está el rey de Francia*.

Permaneció algunos dias en Paris para descansar. Quiso la casualidad que el duque de Nemours oyera hablar de la admirable belleza de los perros transeuntes. Hízole ofrecer por ellos 500 francos.

*Cebe* contestó echándose á reir:

—*No es él quien los tendrá, respondió desdeñosamente: no los vendo, los doy, pero se los doy á quien de derecho pertenecen.*

Y partió para Alemania.

Habia atravesado la Francia, atravesó la Bélgica y la Prusia. Infatigable en su marcha, llega á la otra orilla del Rhin. Cuántas leguas y cuántas fatigas!... Pero los daneses se conservan bien, prosiguen alegremente su ruta, y *Cebe* no puede quejarse.

En el camino, pierde sus papeles; no hallándole en regla, se le prende. Nuevos sufrimientos... nuevos obstáculos. Pero no se abate su fuerza, pues no se le ha separado de sus daneses: aboga por él y por ellos. Se les admira á los tres y á los tres se les deja en libertad para proseguir su camino.

Pisa el suelo austriaco. No se detiene en Viena. Sus zapatos caen á pedazos; está pálido, flaco, cansado; marcha trabajosamente; llega por fin á Frohsdorf, y hele ahí ante su príncipe.

—“ Monseñor, dijo el obrero con voz trémula presentándole sus daneses y olvidando todas sus fatigas; me han dicho que eran dignos de un rey. Ahora bien, á mis ojos, *un rey es el rey*; y he venido á buscarle.”

—“ ¿De muy lejos? pregunta el príncipe.

—“ ¡Oh! si, replicó el obrero. He atravesado no sé cuantas tierras, bosques, villas, rios, ciudades y reinos. No puedo mas, pero no importa: mis daneses se conservan bien. Es lo que tenia en el mundo mas caro y mas precioso: os amarán como les amo yo, y como yo os serán fieles. ¿Les aceptais, monseñor?”

—“ ¡Oh! ciertamente, dijo el príncipe.

En seguida los ojos del obrero se llenaron de lágrimas; se apaga su voz y se doblan sus rodillas.

—“ Es respeto, decian unos.

—“ Es fatiga, decian otros.

—“ ¡Oh! no, es de dicha, decia Cebe.”

Enrique V besaba á sus daneses.

Cebe quiso partir al dia siguiente, negándose á recibir toda recompensa. Verdadero desprendimiento de épocas pasadas: en Francia aun existen almas parecidas. Es inútil añadir que el conde de Chambord no dejó en manera alguna partir así al obrero, y que le colmó de presentes, de favores y de señales de interés.—Había llegado el 20 de Setiembre de 1847.

## CAPITULO ULTIMO.

### El dia de San Miguel y la partida.

NADIE tiene mas moderacion en sus miras que el señor conde de Chambord; pero no confunde ciertamente la moderacion con la indiferencia: porque, con un espíritu lleno de calma, tiene un alma llena de fuego.

Ciertos espíritus se creen cuerdos y moderados porque acogen el bien y el mal con la misma tranquilidad. Cuando el gobierno provisional se llegaba á todo para destruirlo todo, decian:—*¡Sostengámosle! ó estamos perdidos.* Estas mismas gentes, antes de la jornada del 16 de Marzo, murmuraban aun estas palabras: *Guardaos, es preciso no oponerse á las manifestaciones populares.* En seguida, antes del 15 de Mayo y 15 de Junio, decian tambien: “ *No irritéis á los clubs Barbés y Blanqui, no les ataqueis, caílaos.*” Y es que bajo el nombre de moderados esos medrosos no buscan mas que el reposo, quieren dormir á pesar de la tempestad, y procuran olvidar que, en la gran partida que se juega, la Francia es el premio.

El augusto desterrado de Frohsdorf comprende perfectamente su época; reprocha poco, escusa mucho; pero, al mismo tiempo que prescribe la calma y la prudencia, no quiere ni el sueño ni la inmovilidad. Cuando la moderacion en materia politica es la indiferencia ó el miedo, es culpable, es una vergüenza.

Las horas y los dias transcurren rápidamente en Frohsdorf. El señor conde de Chambord habia exijido que permaneciese á su lado hasta el dia de *S. Miguel*, aniversario de su nacimiento: llegó el 29 de Setiembre.

Pocas fiestas hay en el castillo del destierro, pocas reuniones bulliciosas y placenteras; pero hay allí las alegrías del corazón: se está en una region de paz, de lealtad, de beneficencia y de honor. Allí, hay una verdadera Francia, un modo aparte, un gran porvenir. Allí, no se está bajo la fatal opresion de las ideas revolucionarias. Se espera. . . y se respira.

El 29 de Setiembre, Frohsdorf vió llegar á una porcion de almas fieles. El castillo estaba lleno de franceses á quienes ni la distancia ni la fatiga habian podido detener, y que iban á celebrar el dia de San Miguel á cuatrocientas ó quinientas leguas de su morada. Entre ellos, notábase al conde y á la condesa de Blacas, al conde de Bouillé y á su sobrino, al marqués de Choiseul, al de Coislin, á M. Prevost de Saint Marc, á la condesa de Poutbellanger, al marqués de Villette, al vizconde de Nicolai, etc., etc.

El tiempo era magnífico; el cielo estaba sereno; un hermoso sol iluminaba aquel pequeño rincón de la tierra del destierro, hácia el cual se volvan entonces tantos pensamientos franceses y donde tantas fidelidades bebían en el manantial del verdadero patriotismo y de la verdadera grandeza. Henrique V en medio de esa pequeña patria que se improvisaba en Frohsdorf, en medio de esas adhesiones inalterables que le traían un poco de aire del país de Francia, hubiera podido creerse en el suelo natal. Su hermoso rostro hallábase radiante de felices presentimientos. Se sentía renacer con él, en él y por él. Todos los corazones latían cerca del suyo.

Pero tambien qué encantador espectáculo!. . . El mas grande nombre del mundo entero, el hijo de los héroes y de los reyes, el representante de todas las ideas de orden y de justicia, un modelo cumplido de cordura y virtudes, hallábase allí sin fausto y sin corte, lleno de calma y de dignidad, sin reproche como sin miedo, contando con el cielo y con la Francia.

Se habia dicho por la mañana una misa en la capilla. María Teresa quiso dar un desayuno campestre en medio del bosque de Neustadt, á orillas de un seductor rio; y una larga hilera de carruajes partió del castillo, en direccion á ese poético punto de reunion. El señor conde de Chambord era el alma de esa linda fiesta; y su noble compañera hacia

tambien los honores de ella con una gracia esquisita. Fué una encantadora mañana.

Una gran comida tuvo lugar á las siete (1) La señora condesa de Chambord se presentó en ella con un traje deslumbrador; llevaba el magnífico brazaletes de Marsella.

Viéndome mirar su vestido con admiracion:

“Es de Paris, me dijo; ningun adorno me pongo que no venga de Francia.”

Ya lo habia yo reparado.

Al dia siguiente me despedi de la familia real....

Y dejé la tierra del destierro.

(1) El salon se llenó de gente despues de comer, y se cantaron coplas. Me atreveré á citar las mias.

En los dias de desgracias  
las virtudes y talentos  
se han fugado de Paris;  
los amores y las gracias  
en sus dias turbulentos  
han dejado su pais.  
En orillas extranjeras  
los atrajo Henrique á sí,  
y, bajo fieles banderas,  
hoy..... hoy la Francia está aquí.

Si al alma fuerte amedrenta  
ver la turba bulliciosa  
hollando fueros y ley,  
para calmar la tormenta,  
aun cuando rujá furiosa,  
hay un grito: *Viva el rey!*  
Era el grito de esperanza,  
la adhesion lo sabe así.....  
hoy es dia de confianza,  
que la *esperanza* está aquí.

En sus jornadas de gloria,  
de la triunfadora Francia  
la bandera era su rey,  
y estaba en su rey su historia,  
su poder y su arrogancia,  
su honor, su vida y su ley.  
Quiso el Dios que nos inspira  
darnos un príncipe así.....  
Nos le ha dado!..... Francia, mira,  
tu *porvenir*..... está aquí.

En ese dia dichoso  
de tu ilustre natalicio  
vela su suerte, ó Miguel!  
y al demonio tenebroso  
arrójale al precipicio  
con su maldad y su hiel.  
Del crimen y la asonada  
termine el reinado, si.....  
luzca espléndida alborada.....  
Tu *suerte, Europa*, está aquí!

Tambien el señor conde Fernando de Boillé, que tiene una de las mas hermosas voces de Paris cantó preciosos versos compuestos por su tio, y fué aplaudido con transporte.

Y, reflexionando acerca del actual estado de la Francia, me decia á lo largo de mi camino:

“—Hoy el presente es *la ausencia*. El futuro será *el regreso*.”

Esto es estremadamente sencillo, y sin embargo pide necesariamente una explicacion.

Primero, porque, en general, lo que es demasiado conciso, es necesariamente un poco vago.

En seguida, porque es prudente salvar sus frases de las interpretaciones, definiciones é insinuaciones que podrian buscar las querellas.

Luego, en fin, porque hay gentes que solo dificilmente comprenden, otras que comprenden al revés; y otras últimamente que no comprenden ni al revés ni al derecho.

Si, *el presente*, es LA AUSENCIA, la ausencia, entre nosotros de toda conviccion moral, política y religiosa; la ausencia, en el fondo de las almas, de todo sentimiento desinteresado, reflexivo, caballeresco y adicto; la ausencia, lo mismo en Paris que en las provincias, de las constantes fidelidades al honor y al deber; la ausencia, en fin, en el hermoso pais de Francia, de un principio verdaderamente nacional, superior á los caprichos populares, dominando las revoluciones, y devolviéndonos con él, al mismo tiempo la seguridad, el crédito, las artes, la riqueza, la confianza y la dicha.

Si, *el futuro*, SERA EL REGRESO, el regreso del camino de travesía al camino real, el regreso de los prevaricadores á la justicia, de los insensatos á la razon, de los incrédulos á la fé; el regreso de la fortuna al comercio del trabajo al obrero; el regreso de la luz á la ceguedad.

Y me repetia:

PLAZA AL DERECHO!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE GENERAL.

### DIOS LO QUIERE.

	Pág.
<i>Proceso del Sr. Vizconde de Arlincourt.</i> . . . . .	1
PRIMERA PARTE.— <i>República.</i> . . . . .	7
SEGUNDA PARTE.— <i>Monarquía.</i> . . . . .	34
<i>Entrada de Carlos VII en Paris.</i> . . . . .	55

### PLAZA AL DERECHO.—Primera Parte.

I. <i>Citas y reflexiones.</i> . . . . .	1
II. <i>Cuestiones que resolver.</i> . . . . .	5
III. <i>Los estados de sitio.</i> . . . . .	11
IV. <i>Lo que ha hecho últimamente el país.</i> . . . . .	13
V. <i>Lo que busca hoy el país.</i> . . . . .	17
VI. <i>Fiestas de la república.</i> . . . . .	19
VII. <i>Junio de 1849.</i> . . . . .	23
VIII. <i>Dos opiniones y cuatro partidos.</i> . . . . .	26
IX. <i>El sufragio universal.</i> . . . . .	29
X. <i>Dónde vamos?</i> . . . . .	32
XI. <i>La república romana.</i> . . . . .	37
XII. <i>Luis Napoleon</i> . . . . .	39

### Segunda Parte. ®

XIII. <i>Viaje.</i> . . . . .	43
XIV. <i>Llegada á Frohsdorf</i> . . . . .	47
XV. <i>El castillo y la capilla.</i> . . . . .	51
XVI. <i>La vida de los desterrados.</i> . . . . .	53
XVII. <i>Paseo en coche.</i> . . . . .	58
XVIII. <i>Altas cuestiones políticas.</i> . . . . .	62
XIX. <i>Excursion á Hungría.</i> . . . . .	67
XX. <i>La hacienda y el ejército.</i> . . . . .	71
XXI. <i>Anécdotas.</i> . . . . .	74
<i>Ultimo.</i> . . . . .	78



OTEC